

DOS CUÑADAS.

DOS CUNYAS.

DOS GUÑADAS,

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. ARNAUD

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR



TOMO II.

SEVILLA.—1850.

Imprenta de Gomez, editor, á cargo de D. Antonio
Cordoncillo, calle de la Muela, n. 32.

LOS CUÑADOS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR M. A. RAYNAUD.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DE

TOMO II.

SEVILLA.—1850.

Imprenta de Gomez, éditor, á cargo de D. Antonio
Cordonillo, calle de la Huelga, n. 32.

I.

Venganza secreta.

Serafina pasó lo restante del día encerrada en su cuarto con el ama de gobierno. No se entregaba allí á su dolor, ni lloraba sus ilusiones perdidas, ni sus sueños de felicidad, destruidos para siempre, sinó solo pensaba en su venganza. Dotada de mayor serenidad y de mayor grandeza de alma, habria conocido que ella era la única culpable y que, por decirlo así, se habia herido de muerte con sus propias manos; que no era víctima de ninguna traicion; que la falta sola que habia cometido Felicia era el haber inspirado amor, cosa que ignoraba enteramente, y que el solo crimen de M. de Ramsay era el haber amado. Pero las malas pasiones hablaban mas alto en el corazón de Serafina que los sentimientos de justicia

y en vez de renunciar con valor á una dicha imposible y de volver sin quejarse á la nada de su indiferencia, sintió que el odio sustituia en su alma al amor mas violento. Su deseo mas ardiente era el de atormentar á aquel corazon que no habia podido subyugar. y con una atroz sagacidad, calculó los medios de dar el golpe mas sensible al buen médico.

Aun cuando tenia mucho imperio sobre sí misma y fuese capaz del mas profundo disimulo, no tuvo valor para imponerse una violencia tan cruel: así es que, pretestando un asunto importante, salió por la tarde sin ver á Felicia, y encargó á Dorothea que le dijera no la esperase. Al mismo tiempo la camarera entregó secretamente á M. de Ramsay el siguiente billete:

Desearia tener una conferencia con vos esta noche, caballero. Mi hermana no debe hallarse presente á esta entrevista, por razones que podréis apreciar debidamente cuando os haya hecho conocer el objeto de aquella: me veo, pues, en la necesidad de proceder con algun misterio para con Felicia, y os recibiré con este motivo en mi cuarto. — SERAFINA. »

M. de Ramsay recibió esta carta al salir de la casa. Despues de haberla leído dos veces sin acertar lo que la señorita de Clavieres tendria que decirle en secreto, le ocurrió la idea de que tal vez pensaría en hacer algun arreglo de intereses, y atri-

buyendo á la rica heredera una jenerosa resolucion supuso que acaso sería su intencion donar una parte de la herencia de su hermano á la jóven viuda. Mientras que el médico formaba estas conjeturas y esperaba con alguna impaciencia la hora de la cita, Serafina, encerrada en su carruaje, vagaba al acaso por los paseos del bosque de Bolognia, pues habia dado orden de que la condujesen á la aventura y siempre á buen paso.

Quando regresó á su casa hácia las nueve de la noche, la estaba ya esperando el doctor en el suntuoso dormitorio, donde todo se hallaba misteriosamente dispuesto como para una cita amorosa. Debiendo ignorar los criados que M. de Ramsay estaba en el cuarto de Serafina, lo habia introducido el ama de llaves por la escalera interior y despues de haber corrido las cortinas y cerrado las ventanas, de manera que no se percibiese desde afuera la claridad de las bujías que acababa de encender, se fué á colocar de centinela á la puerta del salon que precedia á la alcoba.

El corazon de la señorita de Clavieres latió con fuerza cuando saliendo á su encuentro Dorotea, le dijo en voz baja:

— Ahí está, señorita.

Detúvose la desgraciada jóven un momento y miró á su alrededor, como asombrada de la situacion en que se veia. Esta era la vez primera, y quizá la última en su vida, que un hombre, in-

troducido furtivamente en su cuarto, la estaba esperando.

Una agradable media luz reinaba en el salon, cuyas puertas estaban todas perfectamente cerradas: la confidenta vijilaba á la parte de afuera, y á través de las cortinillas del dormitorio, una bujia, que despedia tímidos rayos, anunciaba que en él habia alguno esperando. Serafina llegó á figurarse por un instante que llegaba á una verdadera cita amorosa, y se dijo á sí misma, con una terrible sensacion de pesar y de envidia:

—¡Así es como las mujeres que forman del amor la única pasion de su vida reciben á sus dichosos amantes!... ¡Cuánto deben aumentar sus placeres y avivar su pasion todas estas precauciones y todas estas dificultades!... ¡Qué dicha la de poder ocultar su felicidad á los ojos de todo el mundo! ¡Cuántos y cuán dulces trasportes deberán sentirse en estas misteriosas entrevistas!

Pero volviendo luego súbitamente á la realidad de su situacion, añadió, apretando los dientes:

—Ahí está él... me aguarda... y me aguarda quizá con impaciencia, porque ansía y espera verla á ver despues de nuestra conferencia.. Ay! es dichoso... y estoy segura de que no sospecha el golpe que voy á asestarle...

Adelantóse entonces con seguro paso, y alargando al entrar la mano á M. de Ramsay, le dijo en to-

no grave y con cierta solemnidad:

—Por mucho tiempo he vacilado, caballero, antes de resolverme á pedir os esta entrevista... Las cosas que tengo que manifestaros son de naturaleza tan delicada y os conciernen tan particularmente, que no puedo ménos de experimentar alguna turbacion al tenerme que explicar.

—Nada hay, señorita, que no tengais derecho á decirme, —contestó el médico, admirado de aquel principio, —y en una cuestion que me es personal, estoy dispuesto á oír cuanto vuestros labios tengan á bien comunicarme.

Serafina, le señaló una silla, y haciéndole seña de que se sentára á su lado, continuó en el mismo tono sério y melancólico:

—Hay en la vida fatales pendientes, por las que se ve arrastrada una persona á su pesar y conducida infaliblemente al precipicio, si una mano amiga no viene á su socorro y la detiene á tiempo. Tal es, caballero, vuestra situacion, y yo traté de salvaros de ella.

—Señorita, —balbució el médico, admirado cada vez mas y poseido de una vaga ansiedad, —no comprendo.....

Pero ella no le dejó tiempo para preveer lo que pensaba decirle, ni para que preparase su contestacion.

—Voy á esplicarme en dos palabras, —añadió, mirándole fijamente y teniéndole como fascinado

con el talisman de su verdosa pupila:—habeis concebido por mi hermana, por la viuda de vuestro amigo, una pasion insensata, funesta... Amais á Felicia... lo he adivinado, lo he visto. ¿Me he equivocado acaso, caballero?

—No, señorita,—respondió el doctor, sin pensar siquiera en negarlo.

Esta contestacion penetró en el corazon de Serafina como si fuera una puñalada, pues aunque estaba segura de que M. de Ramsay amaba á Felicia, el oirlo de la propia boca de aquel le causaba un dolor insufrible. Contúvose no obstante, y continuó con la misma serenidad:

—¿Pero sabeis, caballero á donde puede conducirnos esa pasion? ¿Qué satisfacciones os produce en este momento? ¿qué felicidad esperais para lo futuro?

—Ninguna,—respondió el médico con doloroso acento:—compadeceidme, señorita, y no me reprendais. Verdad es que me he entregado como un insensato á la amarga dicha que me proporciona mi amor: no he tenido valor ni fuerzas, y he seguido con los ojos cerrados esa pendiente, sin saber á donde me conduciria.

—Pues yo sí lo sé,—respondió Serafina:—os precipitará en un abismo de dolor y desesperacion, en el que caeréis irremisiblemente el dia en que madama de Clavieres dé su mano á un hom-

bre jóven, amable y hermoso, que se haga dueño de su cariño.

—Muchas veces me he estremecido á esa sola idea,—dijo el médico, levantando al cielo los ojos.

—¡Si supiéseis, señorita, cuánto he sufrido, y cuántos dolores he devorado en silencio!.....

—Podeis acabar de confiarme vuestro secreto, que yo escucharé con indulgencia,—repuso Serafina, arrastrada por una ardiente curiosidad y preparándose, por decirlo así, contra el tormento que voluntariamente iba á sufrir:—habladme de vuestro amor, y referidme los incidentes de esa pasión que debe ser de muchos años, á lo que voy viendo.

—Ay!—esclamó M. de Ramsay,—de la misma manera que todos los sentimientos verdaderos y profundos, ha ido creciendo en mi pecho casi sin advertirlo yo, únicamente los padecimientos que me causaba han sido los que me la han revelado. Cuando madama de Clavieres se llamaba todavía Felicia Dalanje, la quise sin la menor desconfianza de mí mismo, como á una pobre huérfana, á quien habria yo adoptado si no hubiese tenido ya otro protector. Pasáronse no obstante los años, y la niña vino á hacerse una amable y linda jóven. En este intévalo me ausenté por bastante tiempo y estaba en Ramsay, cuando una carta de Pablo de Clavieres me anunció que iba este á casarse con su pupila. El dolor que me causó esta noticia me dió á conocer lo que pasaba dentro de mi alma. Con-

fuso, asustado y sintiendo hasta algun remordimiento, iba á procurarme el único remedio posible contra semejantes males, que es la actividad y las distracciones forzosas de un largo viaje cuando una segunda carta de Pablo me avisó que esperase, pues venia su jóven esposa á hacerme una visita á Ramsay. ¡Cuanto sufrí entonces, Dios mio!

—Estábais celoso?—preguntó Serafina con una sonrisa.

—Celoso de Pablo? ¿de mi mejor amigo?... Oh! no, gracias al cielo,—respondió M. de Ramsay; —pero llegué hasta á aborrecer la vida al pensar que no podria yo disfrutar de una felicidad semejante. No habia en el mundo una segunda Felicia, y si por casualidad ecsistiera... ¡ay! no seria para mí. Los recién casados no permanecieron mucho tiempo en Ramsay: Pablo, impulsado por esa necesidad de movimiento que se apodera del hombre cuando ve acercarse el término de su vida, pensaba recorrer la Europa, y me instaba para que le acompañase en sus viajes; mas conociendo que la herida oculta en lo mas íntimo de mi corazón se ecsacerbaria hasta acabar conmigo si permanecia por mas tiempo al lado de Felicia, me separé de aquellos dos séres, que eran los que mas amaba en el mundo, y me quedé en Ramsay entregado á mi dolor y á mi soledad. ¿Pero quién puede fiar en la felicidad humana? El que yo creia

dichoso y cuya suerte envidiaba, iba á perder para siempre el bien inestimable que poseia... yo no debia volver á ver al pobre Pablo sinó sobre el lecho de muerte... Oh! cuánto le he compadecido en sus últimos momentos, al pensar que iba á separarse para siempre de Felicia!... Desde el infausto dia en que madama de Clavieres perdió á su marido, ya veis cual es mi vida. Habeis adivinado mis angustias... Ah, señorita! esta es la primera vez que han leído de este modo en mi alma, y esta es la vez primera tambien que digo lo que acabais de oir.

Serafina le habia estado escuchando in móvil, sin respirar apenas y como absorta en una muda atencion: su corazon, desgarrado por las serpientes de los celos, palpitaba no obstante con violencia, y sentia bañada su frente en un sudor frio. Pero recogiendo toda su enerjía y reanimada con la esperanza de devolver á aquel hombre los tormentos que sin pensar le estaba haciendo sufrir, abrió enteramente sus ojos medio cerrados y dijo con una voz tranquila y casi afectuosa:

—Compadezco sinceramente esas penas que ignoro, y tendria sumo placer en ayudaros á salir de vuestra penosa situacion; mas para ello seria preciso tocar cuerdas tan delicadas y remover cuestiones tan dificiles de tratar, que vacilo en hablaros.

—Ya os lo he dicho, señorita: estoy dispuesto á oirlo todo de vuestra boca.

—Pues bien,—continuó Serafina,—voy á manifestaros en pocas palabras lo que arriesgais en todo esto. Comprometeis vuestra tranquilidad, vuestra dicha y el porvenir de Felicia... No os asusteis... la verdad, la incesorable verdad es la que ois en este momento, y tendré el suficiente valor para decíroslo toda entera. ¿Pensais, caballero, que la continuacion de vuestras asiduas visitas no redundará en perjuicio de madama de Clavieres? Viuda á los diez y siete años y sin bienes de fortuna, se encuentra en cierto modo en una posicion transitoria, y es preciso que vuelva á tomar estado. Las personas que se interesan por su suerte cuidarán de ella como es debido; ¿pero creeis que las atenciones y obsequios que le manifestais no sirvan de obstáculo para eso?... ¿no conoceis que ningun partido podrá presentársele mientras continúeis de la misma manera? Tal vez, sin confesarlo, hayais concebido esperanzas... la esperanza de acostumbrarla á vuestros achaques y de ser bien acogido si llegáseis á solicitar su mano... Vana ilusion!... Ella muestra respeto y afecto hácia el amigo; pero se burlaria del amante, le rechazaria con orgulloso desden. Si por acaso, en fuerza de alguna de las consideraciones que traen en pos de sí enlaces poco cuerdos, se decidia á ser vuestra esposa, si pudiese vencer una repugnancia, fundada por desgracia, creeis que os amaria? ¿creeis que al miraros no

la veriais volver la cara con un movimiento involuntario de fastidio y de disgusto.

—Oh! ¡jamás! ¡No permita el cielo tal desgracia!—esclamó M. de Ramsay, ocultando su rostro entre las manos.

La señorita de Clavieres lo contempló un momento con feroz alegría, y queriendo hacer mas honda la herida, le habló sin contemplacion y sin miramiento alguno de su deformidad, le pintó el lado ridículo de su situacion, le atacó por todos los puntos vulnerables, y le hirió, por último, en todas las partes sensibles de su alma?

El desgraciado, poseido de la mas violenta desesperacion, esclamo al fin:

—Sí! ¡esa es la verdad! ¡la horrible verdad! ¿Cómo es posible que una mujer no me vea con repugnancia? ¡Yo mismo me causo horror!... Pero jamás he tenido el insensato proyecto de unir mi triste fealdad á la divina hermosura de Felicia... No, gracias al cielo, no tengo que avergonzarme de haber abrigado tan monstruoso pensamiento.

—Pero entretanto no habeis temido colocaros en una posicion falsa, difícil y que cada dia debe hacérseos mas intolerable,—repuso desapiadadamente la señorita de Clavieres.—Un solo medio hay de aliviar y de curar vuestro corazon: el de huir de la amistad de aquella que, sin saberlo, ha turbado tan cruelmente vuestra ecsistencias

Es preciso ausentaros, y ausentaros por mucho tiempo.

—Para siempre!—añadió M. de Ramsay.

Hubo un momento de silencio, que interrumpió al fin Serafina, diciendo:

—Y estais decidido?

—Decidido enteramente, —respondió el médico.

Al pronunciar estas palabras, se pasó el pañuelo por los ojos, pues á pesar suyo se habian deslizado dos gruesas lágrimas de sus párpados.

—Sufre ahora!—decia para sí la señorita de Clavières, contemplándole con una bárbara satisfaccion.

Levantóse el doctor, y dirigiendose al balcon, miró por un momento á través del follaje de los castaños á otro balcon débilmente iluminado: y como Serafina se acercase á él en ademan de observarle, la dijo:

—Me despido de Felicia.

—Segun eso ¿no pensais volverla á ver?

—No, señorita,— respondió el médico:—me contentaré con escribirla.

Y despidiéndose de la jóven, le acompañó esta hasta la puerta del salon.

En el momento en que se separaban, le dijo ella, tendiéndole la mano:

—Quizá no nos volvamos á ver.....

Su corazon se oprimió al pronunciar estas pa-

labras: sintió que su valor desmayaba, y le acudieron lágrimas á los ojos.

—Cuando ya no esté a su lado, hablad con ella algunas veces de mí,—repuso M. de Ramsay, en ternecido con aquella muestra de afecto.

En seguida bajó la escalera, y Serafina estuvo escuchando hasta que oyó cerrar la puerta de la calle. Entonces volvió á su cuarto triste, abatida y sin hacer caso de Derotea, que la iba siguiendo y observándola con la mayor atención. Prevaliéndose al fin la última de sus privilegios de confidenta, osó aventurar una pregunta á su ama.

—¿No adivináis lo que acaba de suceder?—le dijo Serafina, saliendo de su distraccion.—Una cosa muy sencilla: M. de Ramsay ha salido de aquí para no volver jamas.

—Y la señora saldrá tambien?

—No; se queda ... Si la dejara marchar, pronto él la buscaria... Es preciso que esa jóven se case... ¡y á fe mia que ha de ser con el conde de Albys!

Al despertar Felicia á la mañana siguiente, recibió una carta de M. de Ramsay con la fecha de las once de la noche del día anterior. Decia en ella que precisado á ausentarse sin perder un momento, no podia despedirse personalmente, y le suplicaba estuviese persuadida de que solo motivos muy poderosos podian haberle decidido á alejarse tan repentinamente sin verla por ultima vez.

El estilo de esta carta era tan mesurado y se

traslucía una tristeza tan profunda á iravés de sus términos comedidos, los cuales parecían desfigurar el pensamiento mas bien que espresarlo, que Felicia tuvo un funesto presentimiento. Vistióse á toda prisa y se dirijió desolada al cuarto de su hermana política, para confiarle la ansiedad en que la tenia la repentina marcha del doctor y manifestarle la carta que acababa de recibir. La agitacion en que se hallaba no la permitió escuchar á Dorothea, que procuraba detenerla, y entró precipitadamente en el dormitorio; pero al ver á Serafina tendida en una butaca, con los brazos cruzados sobre el pecho y vuelto su lívido rostro hácia el cielo, como un cadáver en el sepulcro, se detuvo asustada, exclamando:

—Hermana!.... ¿estás mala?... Gran Dios!.... ¿qué te ha sucedido?

La señorita de Clavieres no se habia acostado. Entregada á la mas violenta desesperacion, salió de oculto con el ama de gobierno, y anduvo vagando por las inmediaciones de la casa en donde vivia M. de Ramsay. Sabia que marcharia al amanecer, y queria verle por última vez. Casi estuvo á punto de arrojarse debajo de las ruedas de la silla de posta cuando le vió pasar recostado en la testera y con el rostro pálido y medio oculto en un pañuelo; pero estaba escrito que el drama de su miserable vida no debia terminar de aquella manera.

Al oir la voz de Felicia, levantó la cabeza y

contestó, pásandose la mano por sus párpados encerrados:

—He dormido mal esta noche..... estoy algo indispuesta... pero no tardaré en aliviarme. Y tu, Felicia,—añadió, mirando fijamente á la jóven,—¿qué tienes? Parece que estás en extremo ajitada.

La viuda se arrodilló sobre un taburete al lado de Serafina, y respondió con las lágrimas en los ojos:

—Hermana mia, nuestro amigo ha marchado.

—Lo sé,—repuso la señorita de Clavieres en tono seco.—Me ha escrito despidiéndose.

—Y á mi tambien,—añadió Felicia, enseñándole la carta.—Ay! mira... no dice los motivos de su repentina ausencia... y me temo que haya sucedido alguna desgracia.

—Tranquilízate,—dijo con frialdad Serafina:—haido á continuar su obra filantrópica. Le habrán escrito que la muerte diezma á sus enfermos, y sin tomarse tiempo para despedirse de nosotras, habrá marchado... No veo otro motivo para ese viaje.....

—Dios lo quiera!—esclamó Felicia, meneando la cabeza.—Hermana,—añadió con injenuidad y fijando en su cuñada sus hermosos ojos, humedecidos todavia,—¿no es cierto que sientes la marcha de M. de Ramsay y que su ausencia va á dejar un vacío en esta casa?

—Sí... ¡pero tu te quedas en ella!—respondió la señorita de Clavieres con una sonrisa terrible.

III.

El lobo y el cordero.

Habia nacido la señorita de Clavieres con los instintos violentos y perversos que forman de la existencia de algunas mujeres primero una novela apasionada, cuyas escenas, animadas y encantadoras en un principio, se van oscureciendo gradualmente, y luego un drama, del que cada acto presenta una triste peripecia y cuyo desenlace es muchas veces siniestro y siempre desgraciado. Pero habiéndola preservado la atroz fealdad de su rostro, habia sentido fermentar en cierto modo dentro de su pecho sus inclinaciones comprimidas, y cambiarse en sentimientos amargos. La ilusión en que vivió durante algunos meses habia hasta cierto punto modificado su carácter y dulcificado su alma; mas el golpe que acababa de

recibir produjo una reaccion terrible. Devorada por unos rabiosos celos y por un odio feroz, no halló otro consuelo á su desgracia que las lentas venganzas que podia ir tomando contra la pobre Felicia. Era necesario no obstante una monstruosa hipocresía para sujetar á la víctima de manera que no se escapase de las manos crueles que la retenian y se aprestaban á hierirla en todas las partes mas sensibles de su ser. La señorita de Clavieres tuvo aquella cruel habilidad, y se vió además auxiliada por Dorotea que, sin necesidad de esplicacion, habia comprendido sus intenciones y coadyuvaba fácilmente á la ejecucion de sus proyectos.

Pretestando Serafina la muerte todavia reciente de su hermano y su falta de salud, anunció que no recibiria tertulia en el invierno inmediato. Como tenia una multitud de conocidos, pero ningun amigo, se halló, segun lo deseaba, enteramente aislada. Entonces principió para la jòven viuda una vida mas triste y monotoná que la dé aquellas reclusas que, renunciando al mundo, acababan en otro tiempo su ecsistencia entre las cuatro paredes de una celda escavada en los cimientos de una iglesia. La mayor parte del dia lo pasaba sola en aquella suntuosa habitacion, en la que no oia el mas leve ruido, ni aun casi el de su propia voz, pues solo podia hablar por señas á su pobre muda.

El ama de llaves habia cumplido esactamente las órdenes que recibió, y jamás salia Rosita del cuarto de su ama. Confinada en un pequeño aposento, que daba á la escalera interior, hacia en él sus comidas, y nunca se atrevia á infrinjir los mandatos de la terrible carcelera, que la tenia prohibido pasar de la última grada de la escalera. A veces Felicia, compadecida de la melancolia que esta absoluta soledad causaba á la pobre muchacha, procuraba distraerla; pero no era cosa tan fácil. Tenia que valerse de una pantomima animada para reemplazar á la palabra, y de juegos infantiles para suplir á la conversacion; y no dejaba de ser una escena bastante tierna el ver á aquella hermosa jóven emplear entretenimientos de pensionista para arrancar por un momento de su tristeza á aquella criatura, á quien veia sufrir y decaer de dia en dia. Otras veces le hacia entender que podia disponer libremente de su persona y volver al lado de sus padres; pero entonces la muda, sentándose á sus pies, la miraba con lágrimas en los ojos y le decia por señas que no queria abandonarla. Tambien habia intentado pedir á Dorotea que permitiese salir de vez en cuando á Rosita y reunirse con las otras criadas; mas el ama de gobierno la respondió secamente:

—No puede ser: la señorita lo llevaria á mal. Felicia no insistió mas.

Por la noche se reunian las dos cuñadas en el

salon, al que no tardaba en llegar el conde de Albys. Serafina lo habia admitido con mucha intimidad, y desde la ausencia de M. de Ramsay comia casi todos los dias en la casa.

Estraño y triste espectáculo ofrecia la pequeña reunion perdida, por decirlo así, en medio de aquellos inmensos salones, que todas las noches se iluminaban como para una gran tertulia. La señorita de Clavieres, sepultada en su sillón, con la cabeza baja y las manos juntas sobre las rodillas, pretestaba su mal estado de salud para no tomar parte en la conversacion y dejar hablar al conde que, sentado en frente de ella en el sitio que solia ocupar anteriormente M. de Ramsay, contaba historias interminables de los tiempos pasados, ò forjaba planes para lo futuro, como si todavia le quedáran mas de cien años de vida.

Entre aquellas dos figuras, la una triste, taciturna y todavia mas repugnante por la espresion de su fisonomía que por la fealdad de sus facciones, y la otra procurando remedar bajo sus arrugas la viveza y animacion de la juventud, el dulce y melancólico semblante de Felicia descollaba como una delicada rosa de Bengala entre dos ásperos cardos.

Durante aquellas pesadas conversaciones habia intentado la viuda algunas veces ver si podia hacer hablar al conde de sus sobrinos; pero este era un asunto que le desagradaba evidentemente.

te y sobre el cual guardaba un obstinado silencio. También callaba cuando se le dirigian preguntas sobre su difunta mujer, y no parecia sinó que habia tomado el partido de recordar solo los lejanos tiempos de su juventud, considerando lo demás como si no hubiese existido.

Felicia se moria de fastidio en aquellas eternas noches, que pasaba en la mas completa ociosidad, pues Serafina le habia dado á entender que no parecia bien que durante la visita del conde se ocupara de ninguna labor. Con los mejores modos y con espresiones incapaces de herir su susceptibilidad, la señorita de Clavieres le hacia una guerra sorda y encarnizada, teniendo el arte de entristecerla, de sobresaltarla y de sumerjirla en el mayor abatimiento, sin dejar traslucir sus intenciones: reducíala casi á la desesperacion con alusiones, consejos indirectos y pérfidas insinuaciones.

De este modo le hacia sentir mil veces, valiéndose de espresiones jenerales, su pobreza, su dependencia y su absoluta falta de apoyo y proteccion en el mundo. Por un cálculo odioso la colmaba al mismo tiempo de regalos, y ponía cierta ostentacion en darle con profusion los adornos y alhajas que eran compatibles con el luto; mas siempre á condicion de que habia de hacer uso de ellos, y la pobre Felicia se vió frecuentemente obligada á quitarse suspirando su sencillo

traje de lana, para sentarse á la mesa entre Serafina y el conde de Albys con un vestido negro de encaje, adornado de cintas y flores del mismo color.

La jóven viuda tenia un alma demasiado pura y leal para penetrar el fin oculto de todas aquellas maniobras, ni aun para sospechar mala intencion de parte de Serafina. Disculpábala de lo que la hacia sufrir, considerando que seria una falta involuntaria y el efecto de una torpeza inherente á la singularidad de su carácter. Trató valerosamente de acostumbrarse á aquella vida ociosa, aislada y llena por consiguiente de ocultas contrariedades; pero carecia de la suficiente fuerza para resistir á las influencias que incesantemente estaban pesando sobre ella, y no tardó en caer en la dorosa apatía que sucede á los esfuerzos impotentes de nuestra voluntad. Aun cuando no comprendiese claramente lo hóstil que le era todo cuanto la rodeaba, su alma tierna y candorosa se habia en cierto sentido cerrado á las personas que tenia á su lado. No profesaba afecto ni cariño mas que á la mudita, y fijando á veces sobre ella su mirada, turba por las lágrimas, le decia como si pudiese rlo:

—Ay! ¡pobre muchacha! ¡tan sola estoy yo como tu!

El doctor le habia escrito únicamente una vez, y su carta, fechada en Ramsay, era lacónica y re-

velaba una tristeza resignada. Anunciábale su prócsima partida para la Suiza, y le rogaba le escribiese á Jinebra, en donde pensaba permanecer algunos dias.

La contestacion de Felicia fué afectuosa, pero reservada. ¿Cómo habria podido hablarle de las penas cada vez mayores de su situacion y explicar cosas que ella misma no acertaba á comprender? Sentia además cierto escrúpulo, que le impedía el hablar, pues si bien se creia desgraciada, no queria acusar á Serafina de la vida tan triste, tan solitaria y tan aburrida que pasaba.

De vez en cuando, en el melancólico silencio de su cuarto, levantaba estremeciéndose la cabeza y prestaba atencion; pero todo caíaba en derredor suyo ninguna voz se oia detrás de la dama del antifaz de terciopelo, y únicamente las hojas de los álamos susurraban debajo del balcon. Entonces recordaba aquellas voces misteriosas que la habian iniciado en el conocimiento de las terribles pasiones, ignoradas de los corazones jóvenes y puros como el suyo.

Entretanto el tiempo se iba pasando: los nebulosos dias del otoño despojaron de sus hojas á los árboles y bosquecillos del jardin, cuya perspectiva distraía á Felicia, y en seguida vino el triste invierno, envuelto en nieve y en heladas escarchas. La jóven viuda se puso entonces tan desmejorada, que un dia Dorotea no pudo menos de decir á su

ama con aire afligido y en tono hipócrita:

—No sé si habreis notado como yo, señorita, que la señora se va poniendo cada vez peor.

—De ningun modo; antes me parece que está muy buena,—respondió Serafina.—Puede ser que se aburra algun tanto, pero nada mas.

—Bien! ¡sin duda lo quiere así!—se dijo el ama de llaves.—En lo sucesivo, aun cuando la señora se encuentre en la agonía, diré siempre que tiene muy buen semblante.

Dió por este tiempo el conde de Albys un paso decisivo con la señorita de Clavieres. Despues de haberle escrito para solicitar una entrevista, fué introducido en el cuarto de ella una mañana por Dorotea, que no pudo menos de sonreirse al ver al antiguo paje de la reina sentado en el mismo sitio que M. de Ramsay ocupó en la última noche que estuvo en París, y al ver que con una seña le mandó su ama que se colocara de centinela á la puerta.

—Señorita,—dijo el conde con un aplomo increíble, recostándose sobre uno de los brazos del sillón que ocupaba, como en los tiempos en que hacia su visita matutina á las cortesanas que en la noche anterior habian bailado con él la Trenitz en los salones del emperador,—teneis en vuestra presencia á un hombre enamorado perdido..... Tal vez esto os admire despues de lo que tuve el honor de manifestaros relativamente al enlace

proyectado. Entonces, lo confieso, era por aversion á mis sobrinos por lo que yo quería volverme á casar; pero no me he podido aprovechar impunemente del permiso que me habeis dado para tributar mis obsequios á vuestra encantadora hermana....y no es ya un casamiento por conviccion el que desearia hacer.

—Muy bien, señor conde; contraeréis un matrimonio por amor,—se aventuró á decir Serafina con la mayor seriedad.

—Pero á medida que mi corazon ha ido tomado alas, mi razon se ha a'armado,—continuó M. de Albys, y me hallo atormentado de terribles angustias: mi imaginacion se ha creado mil fantasmas, y temo....

—Señor conde,—repuso con altivez, Serafina,—si temeis no encontrar vuestra felicidad en este enlace, es preciso que retireis la proposicion que me habeis hecho el honor de anunciar... Ah! decis que temeis.....

—Si, señorita, temo que no acepte,—repuso el conde con una sencillez bastante cómica.

—Como! ¿eso es lo único que os inquieta? Tranquilizaos, señor conde, que yo os respondo del consentimiento de Felicia.

—Oh, señorita! ¡me haceis el mas feliz de los hombres!—esclamó M. de Albys, besándole la mano.

Despues añadió con ecsaltacion:

—Unicamente desearia hacerle comprender que si ella quiere, será la mujer mas dichosa del mundo... mi amor nada sabrá rehusarle.... la adoraré como á mi ídolo, y su vo'untad, su capricho, será para mi una ley..... Le aseguraré además en nuestro contrato de matrimonio todo mi caudal, que me produce cien mil libras de renta anual.

—Mi hermana no titubeará en aceptar—contestó con frialdad Serafina;—pero es inútil el consultar por ahora sus disposiciones. ¿De qué os serviria, señor conde, hablarle del asunto antes de que se pase el año del luto? Esto no seria, á mi modo de ver, ni cuerdo ni conveniente.

—¿De modo,—preguntó tranquilizado el conde,—que no p'veeis ningun obstáculo, ninguna resistencia?

—Todo se podrá arreglar,—respondió con dureza la señorita de Clavieres.—Dejadlo á mi cuidado señor conde, que cuando llegue la ocasion, ya sabré como decidirla... Recibid desde ahora mi palabra... Verdad es que no tengo sobre mi cuñada los derechos de una madre; pero si su autoridad, puesto que lo recibe todo de mí: mi casa es su único asilo, y mi proteccion el solo apoyo con que puede contar.... Juzgad ahora si podrá rehusar.

—Bien! ¡eso es!—se dijo á sí misma Dorotea, que estaba escuchando desde la puerta:—de aquí al dia en que ese viejo Casandro venga á hacer su

petición en regla, tanto se hará sufrir á la jóven viuda y tanto se le atormentará, que tendra que decir que sí, aun cuando no sea mas que por salir de esta galera.

Mientras que esto pasaba en el cuarto de la señorita de Cavieres, Folicia se ocupaba en el suyo en llenar un deber de sociedad y de cariño al mismo tiempo. Acercábase el dia del año nuevo y, segun su costumbre, estaba escribiendo á su anciana abuela. En un principio su pluma no habia sabido trazar mas que espresiones de ternura y de respeto; pero poco á poco y casi sin advertirlo se habia dejado llevar de injenuas y dolorosas efusiones que aliviaban su corazon.

» Querida abuela mia, le escribia: si Dios da oídos á mis preces, en el año que va á principiar deramará sobre vos todas las felicidades, y vereis cumplidos todos los deseos que acierte á formar vuestro corazon. Mucho me acuerdo de vos, mi buena abuela, y es un consuelo para mí el considerar lo apacible de vuestra vida doméstica y los cuidados y atenciones que os prodigarán las honradas personas que os rodeen. Mil veces me represento á Magdalena y á Verónica hilando alrededor de la mesa, mientras que vos leéis el *Año cristiano* ó el *Robinson Crouse*. Aquí nos sirven los criados con mucho respeto, y no se atreverian á sentarse en nuestra presencia; pero es lo cierto que ni nos profesan grande afecto, ni mucha estimacion. Esto

que os digo se hace estensivo á las demás relaciones: aquí se vive al parecer en la mejor armonía; todos los dias se ven unos á otros, y sin embargo no saben amarse ni nacerse mutuamente dichosos. Yo vivo en medio de una opulencia, de la que no acertariais á formaros la menor idea, y, á pesar de todo, me encuentro mas pobre todavia que vuestra Magdalena; pues todo lo que tengo es, si, para mi uso; pero nada puedo dar.

«Por otra parte, querida abuela, se llega una á acostumbrar tan fácilmente á este lujo, que bien pronto se olvida el valor de todos estos bellos objetos que cuestan tan caros. Lo que es yo, bien puedo aseguraros que estimaria y apreciaria mucho mas uno de los ramos de jazmin silvestre que cojia en los sotos de Flambiers, que las perlas con que me adornaré esta noche. Tambien me acuerdo de vuestros paseos á la mitad del dia y bajo la benéfica influencia de un sol que templ'a la atmósfera y hace brotar las margaritas á los lados de la vereda en que paseais. Aquí el cielo está casi siempre pardo y sombrío: el frio ha secado nuestros céspedes, y todavía se pasarán bastantes dias antes de que un rayo del astro del dia venga á distraer mi alma abatida.

«Mi cuñada vive enteramente separada del mundo, y no recibimos otras visitas que las de un anciano caballero, vecino nuestro, que me manifiesta mucho afecto. Yo soy quizá demasiado in-

grata para no corresponder á sus muestras de amistad como acaso debiera ; pero, á pesar mio, no puedo profesarle aquellos sentimientos de veneracion y de respeto que parece ecsijir su edad... y hasta, si es preciso confesarlo, experimento hácia él una especie de repugnancia... Ay! yo misma me reprendo estas faltas involuntarias en que incurro para con las personas que me rodean, y la obstinacion de mi corazon, que no puede amar á nadie mas que á los antiguos objetos de su cariño... Abuela mia, ¡soy en extremo desgraciada!... Rogad á Dios por vuestra nieta, y pedidle que le dé resignacion y tranquilidad.

«De gran consuelo me serviria el veros, aun cuando no fuese sinó por cortos dias, por breves horas... pero solo la propuesta del viaje incomodaria, á lo que pienso, á mi cuñada, y debo, en recompensa de las bondades que conmigo usa, someterme en un todo á su voluntad.

«Querida abuela mia, me pongo, á vuestros pies para recibir vuestra bendicion, y beso vuestras venerables manos. Rogad á Dios por vuestra
—FELICIA.»

Ocho dias despues le entregó Dorotea á la viuda una abultada carta, cuyo sobre, de letra desigual y mano temblona, podia muy bien leerse á veinte pasos de distancia.

—Ah!— exclamó la jóven con alegría, —¡carta de mi abuela!.....

Abrióla precipitadamente, y leyó, primero para sí y despues en voz alta, lo que sigue:

«Flambiers 2 de enero de 18...

«Mi muy querida y amadísima nieta:

«Aumentándose de dia en dia mis achaques, conozco la necesidad de arreglar los asuntos de familia, en los cuales estás tú tambien interesada, puesto que la totalidad de mi escaso caudal debe ir á tí despues de mi muerte. Te ruego, pues y, en caso de necesidad, te lo mando, que te pongas cuanto antes en camino, y vengas á verme á Flambiers.

«Ofrece mis respetos á tu cuñada, y discúlpame con ella de no haberle participado mi deseo de tenerte á mi lado por algunos dias; pero mi vista, sumamente debilitada, no me permite escribir sino con gran dificultad.

«Tu abuela, que te ama y te bendice de todo corazon, =V. DALANGE.»

—Oh, Dios mio! —esclamó Dorotea.—¡és posible!

Y corrió á avisar á Serafina.

La viuda, pálida y con el corazon oprimido de alegría, apretaba la carta contra su pecho, gritando:

—Voy á marchar!... ¡Oh, mi buena abuela! como ha sabido hacer posible este viaje! ¡cómo me dice terminantemente: te lo mando! Será preciso, pues, obedecerla.

Mientras que la jóven lloraba y reia á un mismo

tiempo, Rosita la miraba con aire sobresaltado. Esplicóle su aña que iban á partir ambas á países lejanos, y entonces la muda se puso á danzar alrededor del cuarto y á brincar como una cabra.

Entró un momento despues la señorita de Clavieres, la cual se habia quedado aterrada del golpe; pero conocia que no habia resistencia posible y que nada podia hacer para impedir aquel viaje. Consolábase sin embargo con la esperanza de recuperar pronto su víctima, y con este objeto se mostró muy complaciente en facilitar los preparativos para la marcha. Cuando el conde de Albys acudió, consternado al saber aquella noticia, que le habia sido anunciada por medio de Dorotea, le habló Serafina un momento en particular, y le dió con tono de confianza:

—No tengais cuidado, caballero, que no se ausenta para siempre, y yo os respondo de que estará de vuelta dentro de poco tiempo. Al presente es una felicidad que no haya declarado abiertamente en vuestro favor, pues de este modo volverá con toda confianza. Tened, pues, buenas esperanzas, señor conde, y procurad no descubriros al despediros de ella.

El dia de la marcha le dijo la viuda á su cuñada con alguna turbacion, mostrándole una llave que tenia en la mano:

—Aquí tienes la llave del gabinete, que he

converti lo en mi taller de pintura: he colocado allí una multitud de objetos, y desearia que nadie entràra en él durante mi ausencia.

—Muy bien, hija mia, llévate esa llave,—respondió Serafina,—pues como muy pronto, á lo que espero, volverás á tomar posesion de tu cuarto, no hay necesidad de tocar á lo que en él quieras dejar.

Dos horas despues la crédula y buena Felicia se despedia con lágrimas en los ojos de la señorita de Clavieres, y decia, abrazándola:

—Sí, hasta dentro de breve tiempo, hermaua mia, yo te lo prometo... Sé dichosa... y acuérdate alguna vez de mí.

En seguida subió con la muda á una silla de posta, parada al pie de la escalera, y haciendo una última señal de despedida á Serafina, ocultó su rostro en el pañuelo y se dejó caer en el asiento del carruaje, que partió eu zeguida.

—¡Así es como he visto ausentarse á M. de Ramsay!—esclamó Serafina:—él no volverá... por ella... Oh ¡ya nos encontraremos!

III.

Flambiers.

Las ocho de la noche iban á dar y un profundo silencio reinaba en el campo, que la luna bañaba con su pálida claridad. La transparencia de la atmósfera permitía distinguir la estension de una vasta llanura, terminada por áridas montañas y atravesada en línea recta por un camino real. Este paisaje se asemejaba en aquel momento á un cuadro, sobre cuyo fondo ceniciento los árboles, despojados de sus hojas, se reproducían en débiles perfiles sobre el suelo plateado por la luna, y en donde las erizadas cercas que marcaban los límites de los diversos terrenos ornaban negras sinuosidades sobre la llanura blanquecina.

Una silla de posta corría por el camino, y el postillon, con la cabeza levantada y la mano so-

bre la cadera, iba cantando un aria de una ópera francesa; pero unos oídos parisienses no habrían seguramente conocido la música ni la letra.

Felicia, asomada á la portezuela, buscaba entre las casitas diseminadas en la llanura el techo encarnado, coronado de una veleta, y el palomar que se elevaba en el ángulo del edificio principal de Flambiers.

Bien pronto el postillon abandonó el camino real, conteniendo prudentemente el paso de sus caballos, y entró en otro profundo, costado de árboles desiguales y lleno de surcos, que formaban de trecho en trecho unos verdaderos precipicios.

--Ya estamos cerca!—esclamó la viuda, reconociendo aquel camino, poco menos que impracticable, en cuya entrada se veía, en una pequeña ermita, la estatua mutilada de la Virgen, á cuyos pies colocaban las jóvenes ramilletes de flores, y á la que los mozos apedreaban diariamente, no por impiedad, sinó por ese espíritu de destruccion que anima á la jente del campo contra toda obra de las bellas artes.

—¡Mira allá la casa de mi abuela! ¡mira á Flambiers!—esclamó Felicia llena de alegría, señalando á la muda un edificio medio oculto detras de un cortinaje de cipreses y laureles.

Atravesó la silla de posta un trecho empedrado del camino, y el postillon, haciendo crujir su

látigo por encima de su cabeza, detuvo los caballos delante de una casa bastante grande, cuya puerta habian abierto al oír el ruido del empolvado carruaje y los furiosos ladridos de los perros encadenados á la entrada.

--Abuela!-- gritó la jóven, precipitándose fuera del coche y arrojándose en brazos de la anciana señora que habia saído á recibirla.

--Entra pronto, hija mia,--dijo madama Dange, besando las mejillas frescas y descoloridas de la viuda,--que estás helada. ¡Un viaje tan largo en una estacion tan cruda!...

--Oh! esto no es nada, no tengo frio... no estoy cansada,--repuso Felicia, dejándose llevar dulcemente á una sala situada en el piso bajo y á uno de los lados del vestíbulo.

Seguramente que el contraste que formaba la magnificencia que acababa de dejar con la rústica sencillez que reinaba en aquella casa era de los mas chocantes. Cuando, despues de haber abrazado y besado por segunda vez á su abuela, á quien encontraba de buen semblante y casi rejuvenecida, dirigió la viuda una mirada en torno suyo, se sonrió, al recordar los salones de Serafina.

La sala era bastante grande y de una construcción que anunciaba mayores precauciones contra los ardores del estío que contra los rigores del invierno: el suelo estaba cubierto de losas barnizadas, cuyo contacto era frio en extremo; las ven-

tanás, de gran tamaño y cerradas con vidrios pequeños, estaban colgadas con sencillas cortinas blancas, y la chimenea, de jambas y dintel tallados en madera, tenía un inmenso hogar, en el que ardía un escaso fuego, que esparcía su calor en una zona bastante reducida.

Un papel, donde se veían figurones de la misma época sobre poco más ó menos de los verdes años del conde de Albys, entapizaba las paredes, y sobre la chimenea había dos vasijas de vidrio azul, cuyas bocas tapaban dos calabacitas redondas, amarillas como el oro y enteramente parecidas á dos naranjas. Un reló bastante lindo, que M. de Clavieres había traído en otro tiempo de París á la buena abuela, ocultaba el punto medio entre dos candeleros de cobre, que formaban juego con las vasijas de vidrio. El mueblaje del salón se componía de un gran canapé forrado en tela de dos colores, de doce sillas correspondientes, de una mesita de nogal con tabla de mármol y de una larga mesa, muy limpia y lustrosa, al rededor de la cual se trabajaba durante la semana, cubriéndose el domingo con un tapete para jugar á los naipes.

--Ay, abuela! ¡qué bien se está aquí!--dijo la jóven, respirando profundamente y colocando sus pies de niño sobre los grandes morillos de la chimenea:--¡cuánto me agrada este rincón, este asilo que me dais á vuestro lado!

Reparando despues en las dos antiguas criadas, que la mira an con aire regocijado y no se atrevian á acercársele, gritó, tendiéndoles las manos:

--Buenos dias, Verónica! ¡buenos dias, Magdalena! ¡buenos dias, hijas mias!... ¡Qué placer tengo en veros!

--Qué linda es!--esclamó Verónica, dirijiéndose á la otra criada, que apretaba cordialmente la mano de Felicia.--Me parece que está mas crecida.

---¡Que el cielo conserve por muchos años á este ángel de Dios!--añadió Magdalena.

—Esta niña tendrá ganas de tomar alguna cosa,—dijo madama Dalange:—corre á la cocina, Verónica.

—Todo está dispuesto á la lumbre, y voy á servir la mesa al momento, pues desde esta mañana he tenido ese cuidado.

—¿Quién es la jovencita que está ahí fuera sentada sobre los baules?—preguntó Magdalena, poniendo el cubierto en la mesa.—No se atreve á entrar, y aunque la he hablado, no me responde. ¿No entenderá acaso el proverbial?

—Ay no entiende ningun idioma,—respondió Felicia,—pues la pobre jóven es sordo-muda de nacimiento.

—Jesus! ¿es posible?... Ya cuidaremos mucho de ella, y al fin llegará á comprendernos.

La anciana criada fué entonces á buscar á Rosita, y la colocó sin cumplimiento en un rincón de la sala, detrás de su ama.

—No estaba segura de que llegase tan pronto, y ya he comido,— dijo madama Dalange, ayudando á poner la mesa;—pero me sentaré á tu lado para hacerte compañía.

—¡Qué contenta estoy de veros tan ágil y con tan buena salud!—esclamó la viuda, quitándole dulcemente de las manos los platos de fruta que habia tomado del aparador:— pero dejadme á mi hacer, que ahora me corresponde ayudar á Magdalena.

—Como quieras. hija mia,—contestó la anciana;— siempre lo harás mejor que yo, porque aun cuando tengo la mano bastante segura todavía y los pies bastante ágiles, la vista la voy perdiendo por momentos: ya no puedo leer por la noche á estas chicas las vidas de los santos, y ni aun distingo casi las cartas cuando jugamos los domingos.

Con efecto, la buena señora tenía ya esa mirada vaga que anuncia un principio de ceguera; pero este achaque daba á su fisonomía una expresión inefable de serenidad.

—Mi buena abuela,—añadió Felicia, conduciéndola á su sitio, junto á la lumbre,—no teneis necesidad de moveros de aquí, pues ahora estoy yo para reemplazaros. Por la noche leeré en voz

alta, y el domingo iré con vos á medias en el fuego: me parece que entre las dos podremos ver bien las cartas.

—¡Dulce consuelo de mis ancianos días!—esclamó la buena señora, besando los hermosos cabellos castaños de la jóven, que estaba arrodillada delante de ella.—No me atrevia á llamarte á mi lado, pues me parecia que era un egoismo el tenerte en esta soledad.....

—Ay abuela, mucho mas sola estoy allá.

Madama Dalange era una de esas ancianas, cuyo aspecto nada tiene de repugnante. Una esquisita limpieza realzaba la sencillez de su anticuado traje, que no habia variado hácia cincuenta años. Llevaba, como en los tiempos de su juventud, un vestido de indiana, rameado, y un delantal listado, de percal; una gran pañoleta de linon le cubria el pecho, cayéndole por detrás hasta las faldetas de la cotilla que ajustaba su cuerpo, bastante derecho todavia. Su cruz de oro, pendiente al cuello de una cinta de terciopelo negro, resplandecía sobre la blanca pañoleta, cuyos pliegues, bien cojidos y aplastados, estaban sujetos á la cintura con largos alfileres de cabeza de cristal; tenia cubierta la cabeza con una papalina plegada y con un pañuelo muselina, cuyas puntas, cruzadas por debajo de la barba, formaban una especie de nudo en la parte superior de la cabeza. Al aspecto de aquel semblante, en quien

la edad no habia destruido todavía enteramente las señales de una apacible hermosura, no podia menos de experimentarse un sentimiento de respeto y de afecto: una vida entera de buenas obras y de modestas virtudes se revelaba bajo las arrugas de aquella noble frente y en la dulce gravedad de aquella agradable fisonomía.

Felicia, al ver á madama Dalange, recordó involuntariamente la peluca rubia, los chalecos extravagantes y los modelos juveniles del conde de Albys. Esta idea la hizo sonreír.

—Ay, abuela mia!—dijo, arrugando las puntas de la pañoleta de linon de la buena señora,— ¡qué bien estais así! Debía cada cual conservar siempre las modas de su juventud; pero figuraos que en el pais de donde vengo ahora se visten los viejos del mismo modo que los jóvenes. Conozco á uno principalmente que todas las noches se acicala como si fuese de baile.

—¿Ese anciano caballero que va todos los dias á casa de tu cuñada?—preguntó madama Dalange.

—El mismo, querida mamá.

—Acaso no lo haga sin intencion: si tu cuñada le recibe de esa manera, será porque se lleve sus miras y piense quizá en casarte,....

—Con el conde de Albys?—esclamó Felicia, riendo.—Vamos, abuela, se conoce que no le habeis visto... Estoy segura de que vos misma, s

llegára á ofreceros su mano, le encontraríais demasiado viejo.

—Entonces, hija mia, no comprendo á tu cuñada,— respondió con gravedad la anciana señora: —cualquiera que seala edad de un hombre, nunca se le debe recibir esclusivamente y con tanta frecuencia, si no se lleva en ello alguna idea.

—Si: es una inconsecuencia de parte de Serafina,—contestó la joven: mas afortunadamente no puedo comprometer la tranquilidad de nadie.

Verónica trajo la comida; verdadera obra maestra de una cocina campesina, servida en platos de loza amarilla. Magdalena habia puesto debajo de la servilleta una buena rebanada de pan moreno, y colocado, segun las sóbrias costumbres del país, una jarra de agua clara delante de Felicia.

Esta comida era bien diferente de las que se servian en la suntuosa casa de la señorita de Clavieres; pero la jóven viuda se encontraba dichosa entre aquella modesta medianía; y recordando el terrible fastidio que la consumia cuando se sentaba á la espléndida mesa de Serafina, entre esta y el conde de Albys, se decia interiormente dirigiendo una mirada de satisfaccion á su alrededor:

—Dios mio! ¿de qué sirve entonces el dinero? puede hacernos dichosos por ventura?—

Cuando el reló dió las diez, se miraron las dos

criadas, admiradas de haber velado hasta tan tarde y madama Dalange dijo, tomando una luz:

—Vamos, hija mia, que quiero conducirte á tu cuarto y acostarte yo misma.

La casa no tenia mas que piso principal, al que se subia por una rampa de piedra, que terminaba en un corredor, al cual daban las puertas de todas las habitaciones. La de Felicia estaba situada en ángulo del edificio con vistas á la fachada y á un jardincito, en el que Verónica cultivaba indistintamente varias flores y algunas plantas útiles para la cocina. Este cuarto tenia el aspecto de una celda, y sus blancas paredes se hallaban adornadas con imágenes colocadas entre listones de madera negra. Una mesa, un armario, unas cuantas sillas de paja y un estante, en el que habria una media docena de libros, componia sobre poco mas ó menos todo el mueblaje; y la cama, blanca enteramente y adornada de cenefas festoneadas en otro tiempo por la abuela, estaba mullida con mucho esmero.

Felicia recorrió esta piecinita como para tomar posesion de ella, y en seguida entró en el gabinete, que constituia parte de su habitacion. Era aquel una especie de oratorio en el que habia un reclinatorio y un gran cuadro oscuro, que representaba á Santa Teresa en éstasis, teniendo entre sus manos descoloridas un corazon atravesado con flechas de amor divino. Al ver esta pintura, se de-

tuvo Felicia por un instante pensativa, pues le traia á la memoria la dama del antifaz de terciopelo y los recuerdos mas vivos que le habia dejado la casa de Serafina.

—¿Y bien, hija mia,—le preguntó dulcemente madama Dalange,—te quieres quedar en el oratorio? Vamos, y harás tus devociones en la cama, que esto bien puede permitirse á una viajera.

A la mañana siguiente, un rayo de sol, que penetraba por entre las cortinas, despertó á Felicia: incorporóse sobre las blancas almohadas, iluminadas por aquel vivo resplandor, y pascó en torno suyo una mirada turbia todavia por efecto del sueño. Arrojándose en seguida del lecho, se echó un peinador sobre los hombros y corrió á abrir la ventana. Eran muy cerca de las nueve de la mañana: una niebla poco densa, que vagaba aun por las regiones inferiores de la atmósfera, se iba disipando rápidamente, y un dia hermoso sucedia á una noche serena; pero en el vasto paisaje que se ofrecia á la vista de la viuda, ninguna belleza se notaba, sinó un cielo de azul purísimo y un lejano horizonte medio velado entre nubes. El aspecto de la llanura era monotonó y árido: ningun rio la cortaba, ni se descubrian árboles frondosos y elevados; los secos vástagos de las viñas se arrastraban por entre los surcos, en donde principiaban á reverdecer

los trigos nuevos y en que se veían hileras de olivos de amarillas hojas.

La hacienda de Flambiers era un terreno de no grande estension, situado en el centro de aquella vasta llanura, y que nada ofrecia de pintoresco. Todo él estaba sembrado de hortalizas, y el huertecillo que cultivaba Verónica, representaba á la vez el jardin, la huerta y el parque. Algunos morales, plantados alrededor de la casa, daban sombra durante el verano; pero en la primavera parecian árboles secos, puesto que los despojaban de sus hojas para que estas sirviesen de alimento á los gusanos de seda. Sin embargo, al extremo del empedrado que separaba la casa de aquel camino casi impracticable, que llamaban la alameda, habia una frondosa espesura, impenetrable en todas estaciones á los rayos del sol, y era un paseo de laureles y cipreses, cuyas cimas espesas formaban una bóveda deliciosa. Aquellos hermosos árboles habian visto multitud de generaciones, y por una tradicion, perpetuada entre los individuos de la familia Dalange, se sabia que habian sido plantados al mismo tiempo que los antiquísimos morales, que databan desde los primitivos reglamentos sobre la industria serícola, y que se llaman todavía en Provenza, de los Sullys.

—Qué agradable es vivir aquí!—esclamó Fecia, recorriendo con la vista el tranquilo campo

En aquel momento entró la muda con Magdalena: ya venia la primera de pasear los campos, y traia á su ama una hermosa sarta de madroños y un ramo de flores, que parecian rosas verdes.

—Esta jóven se ha acostumbrado ya á nosotras,—dijo Magdalena:—la he llevado esta mañana al horno cuando he ido á cocer el pan, y era un gusto el verla saltar como una perdiz en una verde pradera.

La muda procuró entonces hacer comprender á su ama por una pantomima cómica que habia visto á unos aldeanos muy negros y muy feos, que estaban arando, y á unas mujeres no menos feas, que trabajaban la tierra. Despues se puso muy derecha, y haciendo la accion de echarse una escopeta al brazo, empezó á pasear orgulloosamente por el cuarto.

—Quiere dar á entender que ha encontrado al cazador verde,—dijo Magdalena, riendo á mas no poder.—Así es como va en efecto, silbando á sus perros y llevando la escopeta de ese modo.

—Y quién es ese cazador verde?—preguntó Felicia, sentándose delante de la ventana para que la peinasen al sol mientras miraba la campiña.

—Es un parisien.

—Un parisien!—esclamó la jóven, admirada.

—Sin duda ninguna,—añadió Magdalena,—

pues no habla mas que francés.

—Ah! ya comprendo,—repuso la viuda, que sabia que para las buenas mujeres de la Provenza todas las personas que hablaban el francés puro eran parisienses.—Y al cazador verde ¿cómo le llamais? ¿es vecino nuestro?

—Vive á una media legua escasa, en aquella casa grande que se distingue en medio de la aldea: allí es á donde vamos á misa los domingos.

—¿Y cómo se llama ese edificio?

—El castillo de Maussane,—contestó la criada.

En aquel momento tocó lijeramente la muda el brazo de su ama, y le señaló con el dedo á uno que subia por la arboleda.

—Ahí teneis al cazador verde,—dijo Magdalena.—Es buen mozo, ¿no es verdad?

Era en efecto un jóven de buena presencia y de estatura elevada. Su talle, airoso y esbelto, se hallaba ajustado en su traje de caza, cuya parte principal la constituia una levita verde con botones de metal, una pequeña gorra, tambien verde dejaba ver los espesos bucles que formaban sus cabellos castaños; su tez era algo descolorida, y un fino bigote negro dividia su rostro, perfectamente ovalado. Felicia pudo ecsaminarle detenidamente mientras que se adelantaba con lentitud por la alameda. Cuando llegó al empedrado, tomó un sendero que conducia á otro camino, y saludó al edificio sin alzar la vista á las ventanas.

como dando gracias con esta muestra tácita de cortesanía al propietario que le permitía atravesar por su terreno.

—Esta es la primera vez que pasa tan cerca de la casa, —dijo Magdalena;—pero caza en nuestras tierras sin el menor escrúpulo.

—¿Y no se toman los vecinos igual libertad en las suyas?—preguntó la jóven.

—En las suyas!... Si no tiene ningunas, al menos en el país, —contestó Magdalena. —El castillo Maussane no le pertenece; únicamente lo habita en clase de transeunte y, como suele decirse, para mudar de aires.....

De pronto se interrumpió á sí misma, y mirando á su alrededor, añadió en tono misterioso:

—Aseguran que está de oculto y que tiene miedo á los jendarmes.

—Y quién dice eso?—preguntó Felicia.

—La jente de Maussane. Se sabe que no trae documento alguno, y que ha llegado á aquí como un vagabundo.

—¿Pues entonces cómo los dueños del castillo no han tenido reparo en admitirle?

—No está el amo ahí, —respondió Magdalena, —pues solo viene todos los años á hacer la recolección. Cuando llegó el cazador, se hicieron muchos misterios; pero al fin todo se ha llegado á saber, escepto su nombre. Se oculta, por que es realista, y los jendarmes le andan persiguiendo.

porque se ha batido contra el gobierno.

—Vamos, ya comprendo,—repuso la viuda:— será algun caballero comprometido en los últimos acontecimientos de la Vendée... Un conspirador! ¡un rebelde!... ¡pobre jóven!



IV.

Los dias tranquilos.

La vida de los habitantes de Flambiers, si bien uniforme y monotoná, no por eso dejaba de ser agradable: el empleo del tiempo se hallaba naturalmente arreglado por los quehaceres domésticos, á los cuales se dedicaban indistintamente todos los de la casa. Las criadas, madrugadoras, no necesitaban que el canto del gallo les anunciase la hora de principiar el trabajo; levantábanse con el alba para arreglar y limpiar la sala con grande esmero y minuciosa curiosidad. Madama Dalange bajaba de su cuarto algo mas tarde y daba sus órdenes para los trabajos del dia: despues, como la mujer fuerte, cojia su rueca é aba el lino para la ropa blanca de la familia. Icia era la última que se asociaba á estas hu-

mildes ocupaciones. Antes de desayunarse iba á hacer alegremente una visita al palomar y al corral en compañía de su abuela, para dar de comer á una multitud de aves, que seguian tras ella piando. Lo restante del dia se pasaba en los quehaceres activos y uniformes de la vida rural. La viuda acompañaba á madama Dalange, que todas las tardes salia á recorrer el campo, á fin de inspeccionar el trabajo de sus criados. Reuníanse por las noches en la sala alrededor de la mesa: las dos criadas hacian labor; Rosita, sentada un poco detrás, recosia las ropas de su ama, y Felicia, inclinada sobre algun *in-folio*, leia las antiguas leyendas recopiladas por los Bolandistas, ó la historia del pueblo de Dios.

Ese cambio completo de vida tuvo una gran influencia sobre la situacion moral de madama de Clavieres: la agitacion de su ánimo se disipó claramente; los vagos padecimientos de su corazon se amortiguaron; y sin embargo conservó una predisposicion cavilosa, que la arrastraba frecuentemente á recuerdos peligrosos. Triste, y á la vez dichosa, se complacia en salir un momento por la tarde á la hora en que el cielo, de un azul oscuro, se teñia al declinar el sol de color de púrpura y violeta. Sola entonces y con la mirada perdida en el espacio, evocaba las fantasmas que ni aun siquiera habia columbrado, y le parecia que una voz misteriosa se mezclaba al susur-

ro del viento, repitiendo una canción amorosa.

—Uno ó dos días después de su llegada condujo madama Dalange una mañana á Felicia á su cuarto, y haciéndola sentar delante de una mesa que le servía para guardar los papeles, le dijo, poniéndose los anteojos y sacando un cuaderno con tapas de pergamino:

—Querida hija mia, hoy vamos á hablar de negocios... No te asustes, que no será por mucho tiempo, aun cuando tenga que explicarte cosas que han sido el tormento de mi vida durante veinte años. Estas cuentas que aquí ves...

—¿Quereis hacérmelas probar, abuela?—preguntó alegremente la viuda.—Verémos qué tal maña me doy.

Al decir esto dirigió la vista sobre la primera página del cuaderno abierto delante de ella, y añadió con sorpresa:

—¿Habiais empeñado vuestros bienes, abuela?

—Si, hija mia,—respondió la anciana señora;—hace veinte años, y aquí tengo, en el fondo de este cajón, la última cantidad que debo entregar para la total estincion de esa enorme deuda: tu patrimonio es el que acabo de liquidar.

—Madre mia,—dijo Felicia, cuyos ojos se iban anegando en lágrimas á medida que recorría el cuaderno,—no comprendo...

—Es una cosa muy sencilla,—añadió la anciana con sonrisa mezclada de tristeza y de satis-

faccion:—hará unos veinte años, ó muy cerca; que tu padre, mi hijo único, despues de haber disipado los bienes de su mujer, intentó reponer el estado de su caudal por medio del comercio; mas sus especulaciones le salieron fallidas. Llegó un dia en que tenia que verse arruinado, perdido, sin recurso y deshonorado, si no se proporcionaba en veinticuatro horas 50,000 francos. Este es sobre poco mas o menos el valor de la mitad de Flambiers, y presentando una hipoteca, podia encontrarse aquella suma. No vacilé un momento. Tu padre pagó á sus acreedores, y poco despues murió; pero su honor quedó ileso. Yo habria podido desempeñarme al punto, vendiendo la hacienda; mas tenia sumo cariño á este terreno, adquirido por uno de nuestros antepasados, rico labrador, y traté valerosamente de recobrar el capital con las rentas. De este modo formaba tu dote, Felicia.

—Y por mí os habeis impuesto tantas privaciones y condenado á pasar una vida tan laboriosa! —esclamó la jóven, arrojándose en los brazos de su abuela, —Ah, mi buena mamá! ¡sí yo lo hubiebra sabido!...

—Te aseguro, hija mia, que puede muy bien vivirse en el campo con trescientas libras de renta líquida, —respondió madama Dalange; —y aun todavía hubiera ahorrado algo, si hubiese podido resolverme á despedir á una de esas chicas, cu-

yo salario es de veinte escudos anuales. En fin, según te decia, he pagado mi deuda: capital é intereses, todo está satisfecho. Ahora puedo darte las rentas de Flambiers, y no solo eso, pues acabo de tener una herencia con la cual no contaba, y me corresponde por ella la cuarta parte de los bienes dejados por un primo mio muerto en el extranjero. Mi parte podrá valer unos cien mil francos, y estos son tambien para tí, hija mia.

—Oh! mi buena abuela!—esclamó la viuda, —es mas de lo que necesito.

—Este corto caudal te pertenece desde ahora, —añadió la anciana;—y si te vuelves á casar, no será sin dote.

—Yo volverme á casar!—replicó la jóven.—

Ay!

—¡Una viuda de diez y ocho años!... seria cosa muy estraña!—dijo la buena señora con acento de amable ironía.—Pero es igual; arreglemos el artículo de la dote. Esa suma dá cien mil francos, colocada en los fondos públicos, te aseguraré una subsistencia independiente, bien te cases ó bien quieras permanecer en libertad. Conque ya ves aqui puestos en regla los negocios, hija mia: ahora cerremos nuestro libro de cuenta y razon, y vamos á ver lo que hacen nuestros trabajadores en las viñas.

El dia siguiente entró madama Dalange muy temprano en el cuarto de Felicia: era domingo,

y debian ir á Maussane. La jóven se puso un 'chal negro sobre su vestido de luto y se cubrió la cabeza con una capota de crespon, tambien negra; pero este lúgubre traje en nada perjudicaba á su belleza: se mostraba tan pura y radiante como una estrella en medio de la oscuridad de la noche.

Cruzaron por las sendas que atravesaban los campos, á fin de llegar mas pronto al castillo. La muda iba delante, saltando como una cervatilla; despues seguia madama Dalage, apoyada en el brazo de su nieta, y las dos criadas, vestidas con el traje de los dias de fiesta, cerraban la marcha.

Este paseo matutino agradaba sobremanera á la viuda, que iba recorriendo con sus miradas aquellos agrestes terrenos, iluminados por el sol naciente, cuyo benéfico calor templaba ya la atmósfera. La senda que seguia estaba cubierta de una fina yerba, entre la que descollaban algunas matas de jeráneo de rosa; y á pesar del rigor de la estacion, se divisaban en las copas de los almendros algunas ramas floridas. Los campos estaban silenciosos y desiertos, y solo se oia á lo léjos el sonido apagado de la campana, que daba lentos y acompasados golpes en el campanario de la capilla de Maussane.

—Este es ya el segundo toque,—dijo madama Dalange, apresurando el paso:—nos hemos retrasado un poco. Vamos, hija mia... por nada de

este mundo querria faltar á misa el primer domingo despues de tu llegada: me pareciera que iba á sucederte alguna desgracia.

Repentinamente la muda, que iba siempre delante, se detuvo con aire contrariado, para reconocer el terreno, é hizo seña en seguida á su ama de que era preciso retroceder.

— ¡Sin duda es la lluvia de la otra noche la que asi ha cortado la senda! — exclamó madama Dalange.

Con efecto, veinte pasos mas allá estaba cortado el camino por un profundo barranco, por el cual corria un arroyo de agua cenagosa, y cuyo cauce, recientemente abierto, era bastante ancho. Habia-se no obstante restablecido la comunicacion de una parte á otra por medio de un tronco de árbol atravesado en forma de puente; pero en aquella misma mañana, algun caminante, de mal humor sin duda, habia empujado con el pié aquel puente rústico, arrojándole á la opuesta orilla.

— ¡Mirad que mala intencion! — exclamó Verónica. — Por fuerza algun bribon se ha entretenido en cortar el paso, para impedir que las buenas almas vayan á misa. Oh! si tuviese el tiempo preciso para volver á casa por una tabla...

— Ya están dando el último toque, — dijo madama Dalange, consternada. — Vamos, no hay remedio, no llegaremos á tiempo, á menos que algun caritativo caminante venga en nuestro auxilio.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando apareció el cazador verde, que salía por detrás de una cerca á unos veinte pasos de distancia, y el cual á un golpe de vista pareció conocer el apuro en que se hallaban las mujeres detenidas en la orilla opuesta. Acercóse, tirando al suelo su gorra, y colocó un extremo del tronco en el otro lado: en seguida, adelantándose por aquel puente improvisado, ofreció su mano á las mujeres para ayudarlas á que lo pasaran á su vez. Rosita saltó lijeramente, pero la miedosa Felicia se acercó temblando, y cuando su pie tocó aquel madero inseguro, se apresuró á aceptar el apoyo que le ofrecía el jóven á quien dijo á media voz, conforme iba caminando agarrada de su brazo:

—Os ruego, caballero, que pongais el mayor cuidado al pasar á mi abuelita, pues el puente no está muy firme.

El cazador verde, sin contestar una palabra, arrojó la escopeta sobre la yerba, y apoyándose atrevidamente en la orilla escarpada y restañadiza, sostuvo con las dos manos á la anciana señora, y la fué llevando, por decirlo así, al lado opuesto. En seguida, sin esperar á que le diesen las gracias, saludó á las mujeres con gravedad, y tomó un sendero, bastante escabroso, que conducia tambien á Maussane.

Esta escena había pasado en menos de dos minutos; de modo, que Felicia ni aun siquiera había

tenido tiempo de mirar al que acababa de prestarle aquel servicio: advirtió no obstante que el cazador tenía la mano pequeña y delicada, y que su persona despedía ese suave aroma que anuncia el esmerado gusto de un jóven elegante.

—Muy político es ese hombre, aun cuando no nos haya dicho una palabra,—observó madama Dalange.—Vamos, hija mia, gracias á él podremos llegar todavía al primer evangelio, y valer nos la misa.

Siete ú ocho casas, diseminadas sobre un terreno inculto, formaban la aldea de Maussane, y en segundo término se elevaba un edificio cuadrado, de mediana apariencia, que los aldeanos llamaban el castillo. Esta antigua casa habia decaido notablemente de su primitivo esplendor: la muralla que la rodeaba en otro tiempo no era ya mas que un conjunto de escombros, en donde hacia cuarenta años iban los aldeanos á cojer materiales para reparar y edificar sus casuchos; la única torre que habia quedado en pié, servia desde mucho tiempo atrás de palomar, y las aves anidaban en el patio principal, donde el arrendatario guardaba tambien su ganado. Un solo distintivo señorial se conservaba en aquella mansion abandonada; un solo vestijio habia quedado de las antiguas prerogativas feudales, y era la capilla, cuyo campanario se elevaban uno de los ángulos del mencionado patio. No habia ya señor; pero los aldea-

nos iban todos los domingos y dias de fiesta á oír misa al castillo.

—Qué decadencia! ¡qué abandono!—esclamó Felicia, dirijiendo una mirada contristada á aquellas ruinas y escombros.

—Los Maussanes han ido siendo de padres en hijos unos dilapidadores, —repuso madama Dalange;—no es la desgracia de los tiempos la que ha hecho desaparecer su caudal, sino que este se ha desmoronado por sí mismo, como las viejas murallas que no se reparan.

—Los Mausanes!—dijo para sí la viuda, como herida por un súbito recuerdo.—¿No es asi como se llamaba el primer amante de miss Diana Nevil, y no fué en Provenza donde sucedió aquella aventura?... Si fuese aquí mismo en donde el anciano lord encontró á su hija robada por un Mausane!,... ¡qué estraña casualidad!

Entró la jóven pensativa en la capilla, y fué á arrodillarse en compañía de su abuela junto al antiguo banco señorial. Este sitio de honor, desocupado hacia mucho tiempo por la ausencia de los dueños del castillo, habia sido concedido tácitamente á madama Dalange. Los aldeanos se prosternaban á cierta distancia sobre las baldosas, para oír la misa que celebraba un pobre cura, emigrado español, el cual, por la limosna de quince sueldos hacia todos los domingos dos leguas á pie para aquel objeto. La anciana señora era la que su-

fragaba en casi su totalidad este gasto: en las fiestas solemnes de pascuas y Navidad, el mozo que ayudaba la misa pasaba por entre la asamblea con una bandeja de estaño en la mano, pidiendo en alta voz para el sostenimiento del culto: la jeneralidad de los fieles se contentaban con echar alguno que otro sueldo; pero madama Dalange sacaba de su faltriquera un luis de oro y lo confundía entre aquella cauderilla, que apenas podría representar en junto un escudo de tres francos. Esta munificencia le daba una gran consideración: los aldeanos, naturalmente económicos y hasta tacaños cuando gozan de medianas conveniencias, se decían entre sí:

—Preciso es que esa buena señora tenga muchos francos guardados en sus cofres, puesto que da de vez en cuando un luis de oro sin tener obligación de hacerlo. Ya se conoce que ha sabido manejar su hacienda y que es mujer de disposición. A pesar de su jenerosidad, bien seguro es que dejará à sus herederos buenos sacos, que no estarán llenos de espinacas.

Estas habladurías, repetidas con frecuencia, habian pasado al estado de verdad incontestable: así es que cuando Feicia se presentó en la capilla, todos los ojos se volvieron hácia ella, y no se oía otra cosa que frases como estas:

—Esa es la nieta de madama Dalange y su única heredera... Esa sí que llegará á ser rica.....

De esa será todo Flambiers y cuanto se encierre en los arcones de la señora.

Madama de Clavieres, prosternada y con los ojos bajos, habia ido siguiendo la misa en su devocionario, sin distraccion; pero al levantarse al último evangelio, volvió maquinalmente la cabeza y divisó algo separado al jóven qu habia llegado tan á tiempo al barranco para ofrecerle la mano, y que tan discretamente se habia ausentado despues de hecho aquel servicio. De pie y junto á un extremo del banco señorial, en el que parecia no haberse querido sentar, sin embargo de tener sitio desocupado, asistía á la misa con grave continente, aunque sin hacer ninguna demostracion píadosa. La joven viuda le ecsaminó entonces con rapidez. Levaba el mismo traje verde á que debia el apodo con que le llamaban las criadas de madama Dalange y los demás habitantes de la aldea; sus grandes botines de cuero aleonado, abrochados por los lados y sujetos á las rodillas con cintas de seda de un color vivo, se asemejaban en un todo á los de la jente del pais, cuyo tosco calzado y calzones de pana habia adoptado. No obstante, á traves de aquel sencillo traje se traslucia al hombre elegante, al hombre de buen tono, y era evidente que el cazador verde no era ni un noble campesino.

Con ese arte innato en las mujeres de ver sin mirar ecsaminaba Felicia á aquel forastero con la ma-

yor atencion, y le pareció de rostro bastante agraciado y de muy buena presencia; pero lo que mas sorpresa le causaba, era la idea de que estuviese hospedado en la casa de ese Maussane, cuyo nombre habia oido pronunciar una vez en una ocasion bien extraordinaria, y de que acaso sabia algo de la aventura que habia costado primero el honor y despues la vida á miss Diana Névil. En seguida, recordando las suposiciones de Magdalena, reflexionó con cierto interés sobre la posicion de aquel joven, á quien los acontecimientos políticos y la derrota de su partido obligaban á ocultarse en un oscuro lugar, bajo el traje de un simple aldeano, y á cazar como por pasatiempo en las tierras de los demás.

—Cuánto debe aburrirse aquí!—se decia á sí misma.—En el campo son muy comunes las relaciones de vecindad, y él podria visitarnos alguna vez si nose hubiese batido en la Vendée... pero la abuela tiene tambien sus preocupaciones: no quiere á los nobles, y detesta á los realistas... Qué lástima!....

Una tarde de tempestad.

Madama Dalange, según la costumbre que tenía establecida, convidó al cura que había dicho la misa á que fuese á desayunarse á Plambiers antes de regresar á la ciudad. Era aquel padre un trinitario español, proscrito por su liberalismo exaltado. A título de tal tenía en su favor todas las simpatías de la anciana señora, la cual, sin curarse en lo mas mínimo de la política, era en extremo adicta á los principios revolucionarios, que había oido proclamar en su juventud. Las criadas se adelantaron para preparar el desayuno, mientras que la anciana, su nieta y el padre Antonio se encaminaban lentamente hácia la casa.

Al llegar cerca del barranco, divisó Felicia al cazador verde detenido á veinte pasos de allí y

figurándose que habria ido con la intencion de presentarse en caso de que hubiese necesidad por segunda vez de su auxilio, le agradeció esta discreta muestra de interés; pero no se ofreció ocasion de aceptar sus servicios, pues el padre Antonio se colocó denodadamente á un extremo del puente y prestó á madama Dalange el apoyo de su robusto brazo: la viuda, mas atrevida esta vez, habia pasado con pie lijero al lado opuesto. En su agradecimiento sencillo por una señal de interés, que nada tenia por otra parte de estraña, hubiera dirijido de buen grado un gracioso saludo al jóven; pero este se mantuvo siempre á cierta distancia, ytomando muy luego otra direccion, desapareció por entre los cercados.

En aquella misma noche decia Magdalena, barajando las cartas:

—Todavía no habíamos visto en misa á ese gallardo jóven, que tan á tiempo se nos apareció esta mañana junto al barranco, y mucho me alegro de haberle encontrado allí. El viejo Bayon, que tiene una lengua de víbora, dice que era hombre sin fé y sin ley, y añade que si él fuese el dueño del castillo de Maussane, haria de la capilla una sala de juego de villar.

—¡Qué mal hace en hablar así de un pobre forastero! —esclamó Felieia con viveza. —¿Sabeis algo de su triste situacion, abuela? Parece que se oculta, que está proscrito....

—Sí, sí; Magdalena me ha dado ya á conocer varias veces sus conjeturas, —respondió la anciana señora, meneando la cabeza:— parece que ese jóven se ha mezclado en alguna conspiracion que ha abortado, y ha venido á ocultarse á Maussane para evitar las persecuciones de la justicia... ¡Dios me libre de desearle el menor mal!.. pero no quiero relaciones con él... Ya sabes, hija mia, lo orgullosos é insolentes que son todos esos nobles para con nosotros los aldeanos... Nosotros!..... he dicho mal, hija mia, pues tu eres una gran señora.

—Qué estais hablando, abuela?—preguntó alegremente Felicia.—Yo soy, como vos, una Dalange, hija, nieta y viznieta de labradores.....

—Ay! ¡cuál seria mi placer si algun dia te casaras con lo que el mundo llama un hombre sin nombre!—escamó la anciana, cuyo orgullo plebeyo tuvo mucho que sufrir con la alianza de su hijo con una joven de la noble familia de Clavieres.

—De modo, abuela, —dijo riendo la joven, — que, segun veo, no darias vuestro consentimiento para mi enlace con el conde de Albys, hombre que tiene en su escudo de armas tantos cuarteles como años ha vivido, lo cual debe hacer que se remonte su jenealogía hasta los tiempos del diluvio.

—Aun cuando no fuese mas que un simple al-

deano, tampoco por mi gusto te casarias con el,—
repuso riendo tambien madama Dalange. --¿Habia
yo de poner en el mismo ramo la rosa mas bella
de mi jardin y un áspero cardo, todo erizado de
puas?

Pasáronse algunos dias mas con aquella monotonía rapidez que nos arrastra sin casi sentirlo cuando nos dejamos llevar de las corrientes tranquilas de la vida. La existencia de Felicia era tan dulcemente uniforme, que no advertia, por decirlo así, el curso del tiempo. Habia recuperado la paz interior que se alejó de ella por un momento cuando, sin perder la inocencia de su corazón habia sentido disiparse la ignorancia de su entendimiento, y daba gracias al cielo de que la hubiese conducido á aquella serena mansion, donde podia recordar sin temor ni sobresalto las tormentas que en otro tiempo tronaron en torno suyo.

Al recibir carta de la señorita de Clavieres era cuando dirijia mas especialmente la vista á lo pasado y se ocupaba tambien del porvenir. Serafina le escribia lacónicamente, pero con frecuencia, y aun cuando sus cartas eran amistosas, se traslucia una amargura profunda y algo de violento y terrible en sus afectadas muestras de cariño y de interés. Empleaba cuantos medios le sugeria su imaginacion para apoderarse de su víctima, y trataba de atraerla y enredarla con tanta mayor fuerza,

cuanto mas débiles é insuficientes eran los lazos que le podia tender. Cuando Felicia le participó las jenerosas intenciones de su abuela, anunciándole que iba á entrar en posesion de un módico caudal, que le aseguraba su independendia, la horrible Meguera sintió un momento de desesperacion, temiendo que su inocente rival se le escapara sin remedio. Pero recobrando luego su ánimo, resolvió triunfar del obstáculo imprevisto que echaba por tierra sus designios: calculó que era preciso hacer olvidar á la jóven viuda la vida solitaria que habia pasado en su casa, y atraerla con el lazo de las seducciones del mundo. Con este objeto le manifestó el cambio que meditaba, y la invitó á que fuese á tomar parte en su nuevo metodo de vida.

«Corazon mio, le escribia, mi salud va mejorando de dia en dia y la predisposicion melancólica en que me vistes por tanto tiempo se ha disipado completamente. Empiezo á conocer que la soledad es una compañera fastidiosa, y quiero abrir mis salones á la elegante sociedad que recibia en otro tiempo. Tendrémos, pues, magníficas reuniones, y prometo proporcionarte todo cuanto puede inventar el gusto mas refinado y exquisito. No puedes formarte una idea, querida Felicia, de semejantes goces, y ya me estoy figurando tu sorpresa y admiracion cuando te veas arrastrada por ese torbellino de fiestas y placeres. Tu posicion, tu

edad, tu belleza, todo te convida á entrar en el mundo, en donde ocuparás un puesto tan brillante y codiciado. Vuelve, pues, cuando los deberes que te detienen al lado de tu abuela queden cumplidos: te espero, querida hermana, para que me ayudes á hacer los honores de mis salones.»

En otra ocasion le decía:

«Ya sabes que he procurado se sirvan en mi casa las comidas á la moda antigua: ahora me ha ocurrido otra idea, y quiero resucitar en medio del verano las diversiones del Carnaval. El jardín quedará trasformado en un magnífico salon de baile, y tendremos fiestas campestres y espléndidas. Prepárate, pues, á regresar para la primavera, á fin de arreglar conmigo los programas.

«El señor conde de Albys me encarga que te haga presente su respeto. También se halla este señor en disposiciones enteramente mundanas, y tiene el proyecto de celebrar tu regreso con unas fiestas! estos últimos dias ha presentado en mi casa á uno de sus sobrinos, el conde Luciano de Froidesaigues.»

Felicia se estremeció al leer este nombre: por la primera vez desde que habia abandonado la casa de Clavieres experimentó un vago deseo de encontrarse en aquel vasto salon en que Serafina recibia sus visitas y en donde habia pasado noches tan largas y tristes.

—Aht! ¡el conde Luciano se ve nuevamente

agasajado por su tío!—se dijo á sí misma;—vuelve á ocupar su casa!... ¡Cuanto desearia conocerle!... Con tal de que no se haya marchado cuando vuelva yo á París.....

Debemos manifestar que hasta aquel momento nunca se le habia pasado por la imaginacion la idea de regresar á la capital: las fiestas á que la convidaba la señorita de Clavieres la incitaban muy poco; pero Serafina habia tocado un resorte que escitaba su curiosidad y su interés, y que á despecho suyo modificaba en gran manera sus disposiciones. Por otra parte, madama Dalange favorecia este proyecto de regreso.

—Hija mia,—solia decirle á la jóven viuda,—esta vida sencilla y uniforme, que ahora parece agradarte, llegaria por fin á causarte fastidio si te tuviese por mucho mas tiempo á mi lado. La juventud necesita movimiento y distracciones, y despues de pasar algunos meses en Paris, volverás el invierno prócsimo mas contenta á Flam-biers. No alcanzo á comprender el gusto que tiene tu cuñada por los bailes y fiestas, pues la pobre jóven, á pesar de todos sus diamantes y adornos, debe hacer en ellos un triste papel; pero tú, ángel mio, debes agradar y sorprender, aun cuando no te presentes en medio de todas aquellas señoras, cubiertas de joyas, mas que con un simple vestido de lino y una flor en tus cabellos... ¡Cuánto me alegraria de verte allí desde mi rin-

con! Eso me recordaría los tiempos de mis verdes años. También yo estaba bellísima con vestido blanco y mi cucarda tricolor en el pelo cuando asistí al baile que la municipalidad dió al general Carteaux hará unos cincuenta años... Pero perdóname, hija mía... yo estoy soñando siempre con mis fiestas republicanas, y debes hacerme callar, pues ahora no es oportuno hablar de eso.

—Ay, abuela! ¡abuelita mía! ¡cuánto os quiero!
—esclamaba entonces Felicia con aire jovial y enternecido, y besando las manos de la buena señora.

El gran acontecimiento semanal que interrumpía la monotonía de la vida que se pasaba en Flambiers, era la misa. Todos los domingos se dirijian por la mañana temprano á Maussane los habitantes de la hacienda, y sucedió una vez que aguardando á que la campana diese el último toque, madama Dalange y su nieta se detuvieron en el patio del castillo con la familia del arrendatario. Magdalena no perdió una ocasión tan buena para charlar acerca del misterioso personaje que tanto le daba en que pensar, y casi sin advertirlo prestó Felicia atención al diálogo de las dos mujeres.

—Seguramente que no está aquí por gusto suyo ese gallardo joven,—decía la arrendataria:—en cuanto á sus asuntos, puede muy bien que los

tenga; pero es muy cierto que á nadie ha dado cuenta de ellos, porque yo misma no los sé... No obstante, me ha dado á entender que ha sufrido desgracias y que se ve precisado á mantenerse oculto....

—Claro es que se halla perseguido por sus opiniones, — interrumpió Magdalena en tono de conviccion.— Ya sabemos lo que son asuntos políticos: la señora nos solia leer algo de eso en un periódico, durante las veladas; ¡pero nos daba un sueño!... Volviendo á nuestro hombre, se conocen muy bien los motivos porque se oculta, que son el librarse de las garras de la justicia; mas para eso no tenia necesidad de vivir como un ermitaño, pues las jentes honradas no le denunciarian porque les hubiese dado los buenos dias...

—Qué le hemos de hacer! —replicó la arrendataria, encojiéndose de hombros:—es de un carácter agreste, nunca habla á nadie, jamás recibe carta alguna; y yo misma, yo, que le estoy sirviendo, no sé su nombre todavia. ¡Pues no digo nada de la vida que lleva!... Todo el dia se lo pasa rascando una mala guitarra que ha encontrado en los graneros del castillo, y por las mañanas y á la caída de la tarde sale con su escopeta al hombro, recorriendo los campos á veces hasta media noche. Dice que estos paseos le refrescan la sangre... Los domingos oye su misa como un buen cristiano. Esto es lo único

que puedo deciros con respecto á él.

La compasiva Felicia suspiró al escuchar semejantes comentarios. La posicion de aquel jóven le inspiraba una profunda commiseracion, y se le representaba arrinconado en uno de los salones desmantelados del castillo de Maussane, con su guitarra vieja en la mano, reducido á cantar romances á los ecos de aquellas ruinosas paredes. En aquel dia observó con mayor atencion durante la n. isa su aspecto y fisonomia; pero al mismo tiempo que notaba su palidez y falta de carnes, conoció que no era tan grande su recojimiento, puesto que muchas veces la miraba á ella á hurtadillas.

No tardaron en llegar los dias hermosos. A pesar de que no corrian todavía mas que los últimos de febreiro, el campo principiaba á reverdecer, y se aspiraba en la inmediacion de los vallados el aroma de las violetas. Ya la flor temprana del almendro esparcia en la atmósfera templada sus amargos perfumes, y si bien no habia llegado aun la primavera, tampoco podia decirse que fuese invierno.

Felicia principió entonces á dar largos paseos por el campo, para devolver las visitas que habia recibido durante el invierno de las familias de los propietarios que vivian en el radio de una legua de Flambiers, y que eran todos parientes y deudos de su familia en grados que solo un buen

jenealogista hubiera podido definir. La jóven era encantadora en gracias y en amabilidad para todos aquellos primos y primas que sucesivamente habian venido á cumplimentarla; y ella á su vez les fué devolviendo una por una sus visitas. Madama Dalange no podia acompañarla en todas aquellas escursiones, y Rosita era la que ordinariamente la seguia. Una y otra se internaban por la multitud de senderos que atravesaban los desiertos campos, y caminaban casi á la aventura, deteniéndose en cada encrucijada para aguardar á que algun caminante les indicara el camino. Tal es el respeto que los aldeanos, jente por otra parte no muy morijerada, profesan á las mujeres de cierta condicion, que madama de Clavieres podia recorrer sin temor, así de dia como de noche, aquella solitaria comarca, segura de que el mozo mas descarado no se habria atrevido á hablarla el primero, y si la encontrara por casualidad en su camino, la habria saludado á cierta distancia, guardándose bien de pasar al lado suyo.

Una tarde se habia detenido Felicia mas de lo regular en casa de una buena familia, que vivia á una legua de Flambiers, y cuando se despidió, el sol caminala ya á su ocaso y un viento de tempestad principiaba á amontonar espesas y negras nubes. Las dos jóvenes apresuraban el paso, observando con inquieta mirada el nublado que se

iba formando sobre sus cabezas, nuncio de la tempestad, que caminaba mas aprisa que ellas todavia. Apenas llegaron á la mitad del camino de Flambiers, principi6 á rujir el trueno, y gruesas gotas de agua cayeron sobre la tierra, templada aun por los últimos rayos del sol.

—Ay, Dios mio! ¡vamos á llegar caladas!—esclamó la viuda, mirando en torno suyo para buscar un asilo. Pero no habia por aquellas inmediaciones ninguna habitacion, ninguna choza abandonada. Distinguió no obstante á veinte pasos del camino y en medio de un terreno inculto, una de las que los campesinos de aquel departamento construyen con pedernales, y que se asemejan á grandes colmenas: el techo, en figura de cono, no tiene mas que una abertura, por la cual se escapa el humo; y otra abertura mayor, pero sin puertas, al propio tiempo que de ventana sirve para dar entrada á la rústica habitacion, cuyo mueblaje suele componerse de una piedra grande para sentarse, de dos guijarros colocados á la entrada á modo de morillos, y á veces de un cántaro desportillado y lleno de agua.

—Eh! ¡pronto! ¡pronto! ¡allí tenemos un abrigo!—esclamó Felicia.

Y haciendo seña á la muda para que la siguiese, echó á correr hácia la choza.

Pero en el momento de penetrar en ella, se detuvo sorprendida en la puerta. Ya se habia anti-

cipado otra persona á tomar posesion de aquel albergue, y era el cazador verde, que al ver á madama de Clavieres, habia dejado el banco de piedra en que estaba sentado y se arrimaba á la pared despues de haber invitado á la jóven á entrar con un jesto lleno del mas profundo respeto.

La huer terrible



dirigió á esta. Lehen se volvió para dejar el caso
entendidos junto á las piedras de la puerta y se
parecía un silbido á sus pasos, que estaban
tomó su escapata, que habia dejado contra la
pared y determinaría á dar entrada en la choza.
pero en vez de decirle la palabra para irse
casion en que se hallaba madama de Clavieres;
El jóven conoció al parecer la turbacion y la inde-
vos y prolongados los vapores perdian las nubes.
principalmente no obstante á caer á torrentes, y vi-
car otro estubo contra la estiposidad. La lluvia
debor con sus ruidos, como si tratara de des-
truir de aquel instante á la y murales á su alre-
de la choza, turbos y se apartó con un es-
tímulo se debió que en el instante

VI.

La hora terrible.

Inmóvil se habia quedado la viuda en el umbral de la choza, titubeando en participar con un extraño de aquel rústico asilo, y miraba á su alrededor con aire inquieto, como si tratara de buscar otro refugio contra la tempestad. La lluvia principiaba no obstante á caer á torrentes, y vivos y prolongados relámpagos hendian las nubes. El jóven conoció al parecer la turbacion y la indecision en que se hallaba madama de Clavieres; pero en vez de dirijirla la palabra para tranquilizarla y determinarla á que entrara en la choza, tomó su escopeta, que habia dejado contra la pared, dió un silbido á sus perros, que estaban tendidos junto á las piedras de la puerta, y se dirijió á esta. Felicia se retiró para dejar el paso

bre, y miró al forastero con alguna sorpresa.

—Veo que mi presencia aquí os incomoda,— dijo aquel;—y así, señora, me retiro con vuestro permiso.

—No, no, caballero; os suplico que os quedeis,—repuso con viveza Felicia:—nunca me perdonaria que por mi culpa sufriéseis en campo raso un temporal tan cruel.

—Y yo, señora, jamás me consolaria de haberos impedido con mi presencia el buscar aquí un abrigo contra semejante diluvio,—repuso el cazador verde, saludando á la viuda como para irse.

—Pero aun cuando yo me quede, caballero, no por eso creo que tengais necesidad de incomodaros,—replicó la encantadora jóen, cuya reserva y timidez habian desaparecido en vista de tan noble proceder:—esperarémos aquí á que pase la tempestad.

Al pronunciar estas palabras, hizo seña á la muda de que se acercase, y ambas se sentaron sobre el banco de piedra que estaba en el fondo de la choza. Mientras tenian lugar aquellas contestaciones, que duraron muy pocos minutos, Felicia se hallaba espuesta al agua, que caia en abundancia sobre el umbral, y su empapada ropa la hacia tiritar.

—Teneis mucho frio, señora,—le dijo el cazador, mirándola con aire de tierna solicitud.—

Afortunadamente en esta miserable cabaña, en donde se carece de todo, podemos todavía encender lumbre.

La muda le comprendió, y se apresuró á reunir en el hogar algunas ramas de pino y de olivo, que habia en un rincon: encendió fuego el jóven con la llave de su escopeta, y muy pronto una fuerte llama iluminó las paredes de la choza.

Felicia se fué reanimando con aquel suave calor; la fresca palidez de sus mejillas habia tomado un ligero tinte encarnado, y sus pupilas negras brillaban con mayor viveza bajo sus largas pestañas. Habíase quitado el sombrero, y su hermosa cabellera caia en espirales húmedas alrededor de su cuello blanco y delicadamente torneado. Parecia en aquel momento una bella diosa, y acaso ella misma conocia la admiracion que inspiraba á aquel jóven, que en pie delante de ella la contemplaba en silencio, porque se ruborizó ligeramente y bajó la cabeza con un movimiento encantador de turbacion y de confusion. Después rompió el silencio la primera, y dijo, volviendo los ojos hácia la puerta.

—¡Qué tempestad tan horrorosa, Dios mío! ¡y parece que va en aumento!

—El viento ha cesado, y la lluvia es mayor con efecto,—contestó el jóven;—pero tranquilizaos, señora, pues su misma violencia anuncia

que será de corta duracion.

—¡Con qué cuidado estará mi pobre abuela!
—esclamó Felicia suspirando.

—Ya supondrá que os habeis refujiado en casa de algun aldeano, y que esperaréis en ella á que cese este chaparron. Es muy regular que en menos de una hora esteis de vuelta en Flambiers, y entretanto encontraréis aquí un abrigo mas seguro que el que pueden ofrecer esas miserables casuchas, llenas de goteras, y cuyas paredes cuarteadas parecen prócsimas á desplomarse.

Estas palabras recordaron naturalmente á la viuda las tapias ruinosas del edificio en donde el cazador verde se hallaba hospedado, y le dijo sonriéndose:

—¿Estaríais tranquilo en los salones del casti-
llo de Maussane con un tiempo como este?

—Si, señora; pero prefiero hallarme aquí,—
respondió el cazador en un tono que atenuaba el sentido que Felicia hubiera podido dar á sus palabras; y despues de un momento de silencio, añadió:—No estoy muy seguro de si al retirarme esta noche encontraré el cuarto que habito del mismo modo que lo dejé, pues podria muy bien suceder que el viento se hubiese llevado la ventana y la lluvia haya desplomado el techo.

—¿Y el actual propietario del edificio, no piensa en reparar esas ruinas?

—Raimundo de Maussane es un jóven, como

tantos otros, que se ocupa con mas preferencia de sus placeres que de sus intereses, —respondió con gravedad el cazador verde.

Despues de un momento, Felicia, que titubeaba y buscaba el modo de hacer naturalmente una pregunta indirecta, se aventuró á decir:

—M. de Maussane ha estado á punto de restablecer su fortuna por medio de un buen casamiento: tengo entendido que debia enlazarse con una rica heredera, una inglesa....

—Teneis noticia de eso, señora!—esclamó el jóven con grande sorpresa.—¿Conque entonces conoceis á Raimundo de Maussane?

—No, señor;—respondió la viuda, ruborizándose, porque en su candorosa sencillez le parecia que iba á ser cojida en una mentira,—no: la jente del pais es la que me ha hablado del asunto.

—Pues yo, señora, jamás he sabido nada sobre ese particular.—repuso con frialdad el cazador verde:—verdad es que nunca he tenido derecho á semejantes confianzas, pues solo soy camarada, y no amigo, de Raimundo de Maussane.

Bramaba entretanto la tempestad con desusada furia, y densas uubes entoldaban el cielo, que se presentaba negro y amenazador en todos los puntos del horizonte. Felicia distraida por un momento con la conversacion del forastero, sintió renacer su inquietud, y adelantándose hácia el umbral de la chza, contempló en silencio la

facha de los elementos, en la que parecia iba á perecer la creacion entera.

—El sol ha debido ponerse hace tiempo, pues ya es enteramente de noche,—dijo.—¡Sabe Dios á qué hora podremos llegar à Flambiers... Ahora me pesa no haber arrostrado el temporal y continuado mi camino mientras era de dia.

Quedóse por un momento pensativa, y en seguida añadió con súbita resolucion:

—Tal vez durará la tempestad toda la noche, y en ese caso no habrá mas remedio que decidirse... Aun cuando quizá los caminos estarán anegados por la lluvia, no será imposible llegar á Flambiers.

—En eso pensais, señora?—preguntó el jóven.—¿No veis que de ese modo os esponéis á un peligro casi seguro? Todas las sendas se han convertido en torrentes, y seria punto menos que imposible el hallar el camino en medio de la oscuridad, á través del viento y de la lluvia. Estoy cierto de que por muchos sitios las aguas podrian llevarse á un hombre; y no es este el único peligro: frecuentemente suelen caer rayos sobre esa elevada llanura; y hay mayor esposicion en campo raso que bajo esta choza de piedra.

Al decir estas palabras, un lívido relámpago abrazó el horizonte, y retumbó el trueno en los aires con un ruido semejante á la detonacion de una bateria.

Retrocedió Felicia asustada hasta el fondo de la choza, y la muda, advertida por el sobresalto de su ama y deslumbrada por la claridad de los relámpagos, se arrodilló y se puso á orar.

—Pobre alma inocente!—esclamó Felicia contemplándola.—¡No encuentra palabras para pedir á Dios que nos liberte de este peligro, y sin embargo hace oracion!...

Un segundo trueno, que pareció descargar encima de la choza, cortó la palabra á madama de Clavieres, y sentándose esta toda trémula sobre el banco, cerró los ojos. El jóven arrojó entonces en la hoguera algunas ramas de olivo, cuya llama chispeante empezó á luchar con la lúgubre luz de los relámpagos, y en seguida, sentándose junto á Felicia, le dijo con acento singular:

—Qué terrible noche, señora!

—Sí,—barbotó la jóven,—¡me infunde miedo!

Procurando despues tranquilizarse y vencer la especie de terror de que se hallaba poseida, añadió, dirijiendo al jóven una mirada dulce y tranquila:

—Mucho me alegro, caballero, de que hayais tenido la bondad de quedaros, pues me habria muerto de miedo aquí sola con esa muchacha. Sin duda es la Providencia la que os envia á mi lado en los momentos de peligro: esta es la segunda vez que acudís en mi auxilio. No he olvi-

dado que una mañana mi abuela y yo nos habríamos quedado á la mitad del camino de la capilla de Maussane, si no nos hubiéseis ayudado con tanta jenerosidad á pasar el barranco.

—Ah, señora! me hallo sobradamente recompensado, puesto que os dignais recordar que os he prestado aquel lijero servicio,—repuso el cazador con animacion.

Despues añadió con timidez:

—Desde aquel dia, señora, comprendí que la soledad en que vivo podria hacerse menos triste, y he formado mil ilusiones, las ilusiones de un pobre ermitaño que ha creido ver atravesar por el desierto á una celeste aparicion.

Como Felicia callara, turbada y desconcertada con aquella metáfora, prosiguió él diciendo con voz mas serena:

—Por muy dichoso me habria tenido, señora, en ir alguna que otra vez á ofreceros mis respetos: mi título de vecino creo que podia autorizar unas relaciones que habrian sido para mí tan apreciabiles; pero he temido que mi presencia incomodara á vuestra señora madre; no porque tenga alguna prevencion personal en contra mia, sinó porque soy noble y profeso opiniones que esa señora detesta... He debido respetar sus preocupaciones, y me he abstenido por lo tanto de presentarme en Flambiers.

—Así es la verdad, caballero,—repuso Felicia

algo sorprendida de que aquel forastero conociese las opiniones políticas de madama Dalange:—mi buena abuela tiene prevenciones algo injustas á mi parecer, y no me atreveria á responder de que hiciese una cordial acogida á un hombre que ha peleado recientemente bajo las banderas de la antigua monarquía. Mi querida mamá es una antigua republicana, y no recibiria tal vez de buen grado vuestras visitas; pero si estuviéseis en peligro, si vuestra libertad ó vuestra vida se hallasen amenazadas, estoy cierta de que os abri-
ria las puertas de su casa, os ocultaria y os salvaria.

—Me guardaré, pues, de visitarla,—dijo el jó-
ven sonriéndose;—mas si me viese perseguido,
no titubearia en irle á pedir un asilo.

—Pero supongo que por ahora al menos no
correreis el menor peligro,—repuso Felicia, titu-
beando por el temor de cometer alguna indiscre-
cion.—Vuestra presencia ha despertado á la ver-
dad las sospechas y la curiosidad de los habitantes
de Maussane, y suponen que sois un realista, un
proscrito; pero nada saben de positivo.

—Ni aun siquiera mi nombre,—añadió el ca-
zador.

Y despues de un momento de silencio, dijo
sencillamente:

—Me llamo Gaston de Altefaye.

Felicia agradeció aquella declaracion espontá-

nea como la muestra mayor de confianza, y contestó con voz conmovida:

—Guardaré religiosamente ese secreto, caballero; ¿pero no vislumbrais el término de vuestra penosa situación?... Gracias al cie'o vivimos en un tiempo en que los delitos políticos no se castigan con escésivo rigor, y la ley no es incesorable para con los proscritos.

El jóven meneó la cabeza.

—Mi destierro no está prócsimo á concluir,— replicó con voz cortada,— y hace ya mucho tiempo que estoy aquí.

Despues añadió con cierta ecsaltacion mezclada de amargura:

—Qué vida, Dios mio! ¡Ah, señora! no podríais imajinaros todo lo que he sufrido en este absoluto aislamiento, especialmente durante las eternas noches de invierno que he pasado al lado de la chimenea en la habitacion ruinosa en donde me he refugiado. Cuando el viento azotaba las ventanas y los buhos chillaban en las paredes carcomidas, cuando la trémula claridad del belón que me alumbraba se iba estinguendo, pensaba en el mundo, en sus goces, en sus fiestas, en mis felices amigos y en todos los que vivian libres y contentos... ¡Qué largas me parecian entonces las horas!... No podeis figuraros, señora, el ardor que consume á las personas de complecion activa condenadas á la inaccion: es un tor

mento comparable solo al de Prometeo encadenado y devorado vivo por un buitre. Yo me aniquilaba en ese terrible estado, y habria sucumbido sin remedio... acaso hubiera hecho una locura, la de entregarme á mis propios enemigos.. sí. Ya habia resuelto marchar, cuando divisé por fin un rayo de consuelo, y pude resignarme con mi suerte...

Mientras que el cazador hablaba de este modo, le escuchaba Felicia como herida de una idea singular. Parecíale que en otra ocasion habia oido aquel metal de voz y que reconocia sus inflexiones; pero su infiel memoria no le recordaba ninguna cosa mas, y las facciones del jóven, lo mismo que su nombre, le eran enteramente desconocidos. Una especie de temor se mezclaba á la simpatia que sentia por su desgracia, y no se atrevia á levantar los ojos, de miedo de encontrar su mirada ardiente y melancólica.

El cazador se habia levantado, y en pie delante de Felicia, la contemplaba fijamente, absorto en una agitacion sorda y violenta. Una mujer mas experimentada y perspicaz se habria turbado acaso en tal momento; pero la viuda no sospechó siquiera lo que pasaba en el alma de aquel hombre, y no vió la pasion que se retrataba en sus ojos y animaba su fisonomia, naturalmente impasible.

Entretanto el tiempo iba pasando, y la tem-

pestad cedia lentamente de su violencia; pero por todas partes se oia el mujido de las aguas, que se precipitaban por los barrancos que habian formado.

—Ya va escampando, y es preciso marchar,—dijo Felicia, cuya ansiedad se reavivaba por momentos,—¡Qué pesadumbre debe tener mi pobre abuela! Estoy segura de que en este instante estará rogando por mí.

—Esperad un poco todavia,—repuso M. de Altefaye,—pues los caminos estan aun intransitables, y no podríamos andar. Si no llueve en un cuarto de hora, ya habrán pasado las aguas.

Volvióse á sentar la viuda ecsalando un suspiro de resignacion, y la muda, de pie sobre el umbral de la puerta, contemplaba el cielo. El interior de la choza estaba oscuro, pues el fuego se iba estinguendo, y no se veian en el hogar mas que unos puntos rojizos, que brillaban en las tinieblas. Sentada é inmóvil, escuchaba Madama de Clavieres en el mayor silencio los ruidos lejanos de la tempestad. De repente se estremeció y se levantò temblando, pues le parecia que un soplo ardiente habia pasado como una lluvia invisible por sus cabellos y por su frente incinada.

—Marchemos!—escamó con voz conmovida y saliendo apresuradamente de la choza.

M. de Altefaye le ofreció en silencio el brazo, y habiéndolo aceptado la jóven despues de titubear

un momento, principiaron á caminar. La mudita iba delante, conduciendo á los desorientados perros. Felicia estaba triste y turbada, y en medio del silencio que guardaba, procuraba adivinar lo que sucedía dentro de su alma, cada vez que el jóven le apretaba el brazo para sostenerla. El cazador tampoco desplegaba sus lábios, y la conducía con el mayor cuidado por el sendero, cubierto de charcos y cortado por profundos barrancos. Cuando hubieron andado unos cien pasos de aquella manera, dijo M. de Altesfaye en voz baja:

—¿Quereis que os lleve en brazos?

Madama de Clavieres hizo con la cabeza una señal negativa y apresuró el paso. El camino iba siendo menos malo: un fresco viento disipaba las nubes, empujándolas hácia el horizonte, y las aguas corrían ya con débil murmullo sobre la tierra, algo mas firme. Con todo, cerca de Flambiers se oía un ruido como el de una cascada que se precipita sobre una cima, y no tardó la muda en detenerse delante de una sábana de agua, que cubría el prado arrendado en donde pastaban las cabras de Madama Dalange.

—El arroyo ha salido de madre!—esclamó Felicia, consternada.—¿Cómo hemos de pasar? Dios mio!

El cazador, en vez de contestar la tomó entre sus robustos brazos, y se entró atrevidamente en el agua.

—Ay!—dijo la jóven con voz débil,—¡tengo miedo!

Oprimióla entonces el jóven contra su pecho, y la llevó como á un niño. La mudita les fué siguiendo con el agua casi hasta la cintura. En el momento en quo Gaston de Altesfaye colocaba á la viuda en la opuesta orilla, dejó oír un gallo su canto en el corral de Flambiers.

—Las doce! esclamó la jóven.

—Estais en vuestra casa,—dijo el cazador verde.—Adios, adios, señora!

Tomándola una mano, la llevó á sus lábios, y luego desapareció como un relámpago.

Echo á correr Felicia hácia la casa. La puerta estaba abierta todavia, y los aldeanos, provistos de faroles, tomaban las órdenes de madama Dalange, que los habia enviado ya en todas direcciones.

—Hija mia! ¡en qué cuidado me tenias!—esclamó la buena señora.—Te han andado buscando por todos lados.

—Aquí me teneis, mamá,—contestò Felicia con voz apagada y dejándose caer en los brazos de su abuela.—Ah! ¡al fin me encuentro á vuestro lado!

—Dios mio! ¡qué descolorida está!—gritó Magdalena con inquietud.—¡No parece sinó que se va á desmayar!

--Pobre ángel mio! lo que está es muerta de fatiga,

—dijo Verónica. ¡Pero mira á la muda qué semblante trae, qué ojos tan brillantes, qué aire tan asustado, y la ropa empapada hasta media espalda! ¿Por donde habrá ido á pasar esa muchacha? Viene hecha una sopa, mientras que su señora apenas se ha mojado los bajos del vestido.

—Eso consiste en el distinto modo de andar, — replicó con gravedad Magdalena.

Durante este diálogo, madama Dalange habia conducido á Felicia á su cuarto: la jóven parecia estenuada de cansancio, y se dejó desnudar y acostar sin proferir una palabra.

Antes de retirarse, tomó la anciana una carta que habia sobre la mesa, y se la entregó diciendo:

—Toma, hija mia; creo que es de Suiza,.....

—Una carta de M. de Ramsay!—esclamó la viuda, recorriéndola con la vista!—Dentro de quince dias puede que se halle aquí... ¡Qué felicidad, Dios mio!

VII.

Los días tenebrosos.

Permaneció Felicia en cama el día siguiente, pues sentía una especie de malestar y de aniquilamiento, que la buena madama Dalange consideró como una consecuencia natural del espanto que había debido sufrir durante la tempestad que le asaltó en campo raso, y de la excesiva fatiga que había experimentado para volver á Flam-biers por caminos casi intransitables. La dejó pues, tranquila y entregada á sí misma, como el mejor remedio esperando que el reposo moral y físico la respondería muy pronto. La jóven sufría con efecto, pero su ánimo y su imaginacion eran los que estaban realmente enfermos. Continuamente recordaba, no sin una especie de temor y de sorpresa lo que le había acontecido en aquella noche tem-

pestuosa, y sentia una turbacion mezclada de vergüenza al recordar las palabras, las miradas y el espresivo silencio que guardaba M. de Altefaye al conducirla por aquellos estraviados senderos, en medio de la tempestad que bramaba aun en torno suyo. Admirábase sobremanera de sus propias impresiones, y se asustaba de haber sentido latir su corazon cuando los brazos de aquel hombre la sostenian, oprimiéndola timidamente contra su pecho. Por un instinto, cuya causa no trató de averiguar, no se atrevia á confiar á su abuela, que por su parte tampoco le preguntaba, el auxilio que la providencia le habia enviado y el modo como habia regresado á Flambiers. Sin dejar por eso de callar, se reprendia fuertemente su reserva y se decidia á contar á madama Dalange aquel encuentro, que nada de particular en sí tenia. Por dos ó tres veces estuvo á punto de hablar; pero las palabras espiraban en sus lábios, y turbada y confusa, se apresuraba á buscar otro motivo de conversacion. Ya que trascurrieron algunas horas, le pareció que habia guardado silencio por demasiado tiempo y que habia pasado la ocasion y la oportunidad de hablar de aquel acontecimiento. La muda, por su parte, se calló tambien á su modo, y no reveló por jestos la aventura de la tempestad.

La pobre Felicia amaba tiernamente á su abuela; pero no se sentia inclinada á descubrirla lo que

pasaba en su alma, y durante todo el día se mantuvo en la mayor taciturnidad. En medio de su inquietud y de su agitación, volvió á leer con alegría la carta de M. de Ramsay. El médico le participaba que, llamado á la Provenza por asuntos de grave interés, iba á ponerse muy pronto en camino, y haria por pasar un día en Flambiers. La jóven viuda pensó entonces que podria confiar á aquel amigo indulgente lo que ocultaba á su abuela, y se sintió mas tranquila despues de haber adoptado esta resolucion.

A la mañana siguiente, la buena Magdalena, que fué la primera á ver como seguia madama de Clavieres, exclamó al abrir la ventana:

—Bondad divina! ¿han llovido esta noche ramilletes por ventura? Aquí hay uno que parece caido del cielo.

Al decir esto, mostraba á Felicia un manojito de flores atado con un delgado junco, entre las cuales habia tulipanes, anémonas azules y violetas. La estacion estaba tan poco adelantada, que habia debido necesitarse mucha paciencia para recojer aquel ramo silvestre en los sitios resguardados y en las hondonadas de los valles.

—No comprendo, —balbució Felicia, ruborizándose: —serán acaso algunas flores que habré dejado olvidadas la otra tarde.

—Eso debe ser, —dijo Magdalena: —estaban colocadas en los clavos de los postigos, y hubiera

sido preciso ser una ardilla para escalar hasta aquí la pared.

—Con efecto, es imposible,—contestó la jóven, midiendo con la vista la elevacion de la ventana, que estaba á treinta pies del suelo.

Fijó en seguida sus ojos sobre un moral, plantado delante de la casa, y cuyas elevadas ramas podia casi tocar con las manos.

—Bah!—esclamó Magdalena, que habia adivinado su pensamiento,—¿quién se atreveria á subir por ahí hasta la ventana? Tiston, el mas famoso busca-nidos del pais, un bribonzuelo que se encarama sobre la copa de un álamo derecho como una I con la misma facilidad que podria saltar sobre su cama, si la tuviera, no osaria poneros un ramo de esa manera.

—Tanto peligro hay?—preguntó Felicia, algo sobresaltada.

—El de romperse veinte veces la cabeza,—respondió tranquilamente la criada.

Madama de Clavieres cojió las flores con mano trémula, y colocándolas en la mesa, se entregó con actividad á sus ocupaciones ordinarias.

Bajó á la sala, y se puso á trabajar con una aplicacion extraordinaria; pero muy luego se cansó de su bordado, y emprendió otra labor. No podia estar quieta en un lado por mucho tiempo. La anciana señora; sin cesar de hilar, la seguia con la vista, sonriéndose.

—Hija mia,—le dijo, satisfecha de verla enteramente restablecida de la indisposicion del dia anterior,—¡qué inquieta estás hoy!

—Vamos á visitar nuestras aves,—contestó Felicia, tomando apresuradamente su sombrero de paja.

Del mismo modo que los dias anteriores, distribuyó con sus propias manos el grano que sacaba de su delantala; pero tampoco le distrajo el ver á la tropa voraz picar en torno suyo y disputarse las provisiones que les iba echando.

Por la tarde acompañó á madama Dalange en su paseo ordinario. Al atravesar por el prado, esmaltado de margaritas, sintió que su frente se cubria de un lijero rubor al recordar el modo con que dos dias antes lo habia pasado. Entonces este pensamiento, contra el cual luchaba en vano, triunfó de todas sus resoluciones, y sin querer ya distraerse de él, prosiguió su camino en silencio y entregada á peligrosas reflexiones. Durante aquel largo paseo tuvo un momento de emocion penosa y agradable á la vez; al dar vuelta á una cerca creyó divisar á lo último de la senda que acababa de dejar, un hombre que la seguia á lo lejos: no pudo distinguir sus facciones; pero reconoció el traje verde y la gorra de cazador de M. de Altefaye. Por la noche, al subir á su cuarto, vió el ramo que habia dejado por la mañana sobre la mesa, el cual estaba algo marchito; to-

móle en sus manos, y aspirando su débil aroma, se quedó contemplando por largo rato las anémonas de negro cáliz, cuyos delicados pétalos caían tristemente y se iban ajando sin perder su color azul. Después cortó cuidadosamente los tallos y colocó el ramo en un vaso de agua fresca.

En lugar de acostarse, como tenía de costumbre, entró la jóven en la habitacioncita que le servia de oratorio. La actividad y movimiento que habia desplegado durante el dia, no le dejaron, como anteriormente, aquel agradable cansancio que le hacia sonreír apaciblemente: inquieta y pensativa, colocó la luz sobre el reclinatorio y se sentó enfrente de la Santa Teresa, cuya mirada estasiada parecia mostrarle á el cielo. Un giro singular hacia otras ideas le hizo acordarse entonces de aquella voz encantadora y misteriosa, que fué la primera en hacer latir su corazon y que tan dulcemente modulaba el estribillo de la barcarola en medio de silencio de la noche. Empañáronse sus ojos de lágrimas, y su corazon, si no se salia, murmuró el nombre de Luciano de Frodesaigues. Cosa estraña! sentia una especie de remordimiento de ser infiel á aquel ensueño, aquella imájen apenas columbrada, y que sin embargo habia ocupado por tanto tiempo su corazon.

El gallo habia hecho ya oír su canto, y era mas de media noche cuando Felicia creyó oír á la par-

te de afuera un ligero ruido. Estremeciòse involuntariamente, y se puso á escuchar inmòvil, un sordo murmullo se percibia en la esquina de la casa entre las ramas del moral. La jòven sintiò que un sudor frio corria por su frente; su corazon cesò de latir, y poseida de una terrible angustia, juntò sus manos y levantò sus ojos al cielo en actitud de súplica, barbotando:

—Va á matarse, Dios mio!

El mismo ruido sordo y ligero continuò por algunos minutos, y despues todo quedò en silencio. Entonces respirò mas libremente Felicia, y pasado un cuarto de hora se decidiò á volver á su cuarto. Por una inocente prevision dejó la luz en el oratorio y fué á abrir á tientas las maderas de la ventana; entre ellas, como en el dia anterior, habian colocado un ramo. Tomòle la viuda con furtiva mano, y dirijiò una mirada rápida por el campo: todo estaba tranquilo, y solo columbrò a la débil claridad de las estrellas una sombra, que se deslizaba á lo largo del paseo de laureles é iba á entrar en la alameda. Cuando la perdiò de vista enteramente, volvió á cerrar la ventana, y entrando á buscar la luz que habia dejado sobre el recinatorio, colocó en la mesa las flores que aun tenia en la mano. El primer ramillete habia ya recobrado su frescura, y los rojos tulipanes ostentaban sus pétalos en figura de llamas. Tomò entonces las otras flores para colocarlas tambien

en el vaso, y al desatar el junco que las sujetaba, sintió que se deslizaba un papel entre sus dedos.

—Ah!—esclamó con sorpresa, turbacion y confusion, tiñéndose lijeramente de encarnado su frente; descolorida un momento antes,—¡un billete!

En vez de abrirlo, le hizo un nuevo doblez y lo metió en el cajon de la mesa, entre una multitud de papeles. Dos minutos despues no pudo resistir á la tentacion y la leyó. Era una carta amorosa, la primera que habia recibido en su vida. M. de Altefaye la escribia lo siguiente:

No me es permitido, señora, el presentarme en vuestra casa, y no me atrevo á esperar de la casualidad la dicha de encontraros otra vez: perdonadme, pues, que os escriba lo que tal vez no hallaré jamás ocasion de recibiros. ¿Pero osaré manifestaros los sentimientos que ocupan mi corazon y todo mi ser desde el momento en que os vi por primera vez? ¿Os dignaríais oirme si os dijese que os amo, y que os amo con respeto, con ternura, con adoracion? Mi felicidad, mi vida quizá depende de vos únicamente, y vuestra respuesta decidirá de mi suerte. Bien sé que es demasiada presuncion el aspirar á tanto y el concebir la ambicion de conmover vuestro corazon y obtener vuestra mano; bien sé que existen motivos que parecen deberme hacer perder las esperanza de alcanzar tan suprema felicidad: preocupaciones de que yo no

participo separan á el baron de Altesfaye de la nieta de madama Dalange; ¿pero será acaso imposible al amor mas ardiente el superar todos estos obstáculos? Ah, señora! aguardo temblando una palabra que me permita peserar, ó que destruya para siempre mi porvenir, ¡una palabra que me salve ó que me pierda!... No olvidéis que os amo, y decidid de mi suerte.»

Felicia leyó de seguido hasta la última palabra de la carta, y dejándola caer despues sobre su falda, ocultó el rostro entre las manos y se puso á reflexionar. La accion de M. de Altesfaye le parecia bastante atrevida; pero hallaba subillete respetuoso y tierno. No distinguia bien claramente lo que pasaba en su corazon al pensar en las palabras de matrimonio y de amor: mas se sentia fuertemente conmovida, y temblaba solo al recordar que Gaston de Altesfaye habia puesto en riesgo su vida para hacer llegar á sus manos aquella declaracion. Volvió la jóven á leer la carta antes de dormirse, y por la noche vió en sueños al cazador verde, que se adelantaba al través de los valles, regalando su oido con amorosas palabras.

A la mañana siguiente entró Magdalena, segun costumbre, y exclamó al ver los dos ramos reunidos en un mismo vaso:

—Ah!... ¿qué es esto?... ¿Nacen flores en este cuarto?... ¡He aquí un ramo de madreselvas y de jazmines!... ¡qué lindo es!

Rosita, que habia entrado al mismo tiempo, comprendió su exclamacion; y despues de haber mirado las flores con aire de admiracion, empezó á decirle por señas á la criada que en cierta ocasion habia visto entre las manos de su ama una hermosa flor, que habia caido del cielo. Felicia se ruborizó y suspiró al ver la pantomima por cuyo medio trataba la muda de pintar la magnífica magnolia y describir su perfume trastornador. En seguida dijo á Magdalena:

—Este ramillete lo cojí yo en el paseo.

—Allá abajo, detrás de las cercas?—preguntó la anciana.—Lo que es por la primavera ya sé que parece aquello un jardin: pero el otro dia fué, y se me figuró que las flores estaban todavía en botones. ¡Virjen Santa! ¡cómo se conoce que no tengo, como vos, ojos de diez y ocho años!

Esta leve mentira costó mucho á la injenuidad de Felicia: sentia infinito tener que guardar un secreto semejante, y por nada del mundo habria confesado á su abuela que le habia escrito M. de Altesfaye y lo que pasaba en su corazon. La idea de que el cazador verde volveria quizá á la noche siguiente, para colocar un nuevo ramillete en su ventana, no se apartó un momento de su imaginacion. Temblaba solo al pensar que esta prueba de cariño y de temeridad podia costar la vida al jóven, y por mas de veinte veces levantó durante el dia sus ojos hácia el árbol, de cuyas ra-

mas se suspendia. No parecia sinó que el peso de un pájaro bastaba para hacerlas doblar, y era preciso que el que arriesgaba tan peligrosa ascension estuviese dotado de una agilidad, de un atrevimiento y de una serenidad poco comunes.

Las mujeres se complacen sobremanera en todo lo que les asusta: así es que Felicia pensaba en la temeridad de Gaston de Altefaye con una emociion que no provenia únicamente del peligro que arros-traba. Distraida, pensativa y con los ojos fijos en su labor no respondia sinó con monosílabo mezclados de una vaga sonrisa á la buena madama Dalange, que estaba hi'ando á su lado y le conta-ba historias del tiempo de la república. Pasaron así toda la tarde, porque un chaparron, que no duró mucho tiempo, les habia impedido dar su paseo, acostumbrado, y cuando á la caida de ella abandonaron la labor, dijo la anciana, tomando su rosario:

—Hija mia, ¡qué largo debe haberte parecido el dia de hoy!

—Os aseguro que no,—respondió la jòven con viveza.

—¿Pues en qué has estado pensando?

—Ni yo misma lo sé, abuela,—respondió tar-tamudeando Felicia.—¡He pensado en tantas cosas!...

—Pues bien, ve á dar una vuelta y á tomar un poco de aire mientras rezo el rosario,—añadió

la buena señora:—anda, hija mia; mas como la tarde está fresca, no olvides tu manteleta.

—Voy hasta la alameda,—contestò la viuda, abrazando á su abuela.

Iba ya oscureciendo: los últimos rayos del sol dejaban brillar débilmente algunas estrellas pálidas á través de las nubes, que desaparecian á impulsos de una lijera brisa.

No se atrevió Felicia á llegar hasta la alameda, y en vez de continuar su camino, se sentò en un banco de piedra á corta distancia de la casa. A sus espaldas se elevaba el frondoso ramaje de los laureles, y por todas partes se divisaba el vasto paisaje, velado á la sazón por un negro crepúsculo. Dirigió sus miradas hácia Maussane, cuyo campanario, en forma de aguja, se distinguia aun, y recordò la descripción que M. de Altefaye le habia hecho de aquella ruinoso habitacion, en que velaba por las noches entregado á los pesares, á la tristeza y á los crueles padecimientos del destierro. Su corazón se conmovió de ternura y de compasion á semejante idea: creyò que, puesto que con una sola palabra podia cambiar la suerte de aquel hombre, debia hacerle dichoso, y se enterneció con este pensamiento. La bondad podia mas que el amor en aquella alma sensible y encantadora. Pasòse el pañuelo por sus ojos humedecidos, y poseida de una melancòlica felicidad, barbotò:

—Dichoso el que ama!

—Felicia, —esclamó una voz á sus espaldas.

Volvióse la jóven arrojando un debil grito. M. deAltefaye se habia acercado sin que sintiese aquella el ruido de sus pasos, protegido por la espesura de los laureles. La viuda intentó huir; pero el cazador verde la detuvo, diciéndole con voz suplicante.

—Un minuto no mas!... ¡una palabra!

—Caballero!—replicó turbada la jóven,—en nombre del cielo, retiraos... Si alguien os viese... aquí... á estas horas....

—Solos estamos, y la noche es oscura... ¡quedaos por Dios!... ¡Por este instante daria gustoso mi vida!

Estas palabras recordaron á el punto á Felicia los ramilletes, la carta y la peligrosa tentativa que M. de Altefaye habia hecho por dos veces.

—Caballero,—le dijo con voz cortada y abandonándole una mano, que el jóven se atrevió á oprimir contra su corazon y sus lábios,—si es cierto que me amais, no volvais á esponeros á semejante peligro.... Prometedme que no encontraré ni mas ramilletes, ni mas cartas en mi ventana... No me respondeis?.. ¿ignorais acaso el espanto y las terribles angustias que me haceis pasar?...

—Verdad es, señora,—repuso Gaston tranquilamente,—que si una rama se rompiese, da-

Verónica: los dos amantes ni se hablaban, ni cambiaban entre sí la menor señal; únicamente se miraban al través del frio crepúsculo de la noche.

Estas entrevistas duraron por espacio de quince días.

Felicia comprendió por fin que le habia llegado su cuarto de hora y que habia entregado su corazon á aquel hombre, á quien no habló sinó dos veces y á quien solo conocia realmente de vista y de nombre; pero la jenerosa confianza de su alma hizo que le juzgase por sus desgracias, y no puso en duda ni la superioridad de su ingenio, ni la nobleza de su caracter. La jóven cedia de aquella manera á una de las leyes de su organizacion mas bien que á la seduccion que sobre ella podia ejercer M. de Altefaye. Era uno de esos seres débiles y encantadores, á quienes arrastran sus instintos amorosos mucho mas que sus pasiones, una de esas naturalezas castas y candorosas, que conservan toda su pureza aun en medio de sus debilidades.

Así es que se dejó llevar de sus sentimientos sin sentirse impulsada á manifestarlos, y M. de Altefaye podia presumir que era correspondido; pero no presentar ni tener la menor prueba de ello. No obstante, Felicia se figuraba que era dichoso con las esperanzas que tácitamente le habia permitido concebir: parecia que del mismo modo que ella, debia abandonarse á aquel vago

deseo, á aquellos sueños de felicidad, que son por desgracia la dicha mas cierta que proporciona el amor. ¿Pero qué ventura hay durable en este mundo, sobre todo si reposa en bases tan frágiles que una casualidad ó una palabra pueden trastornar?

Una tarde Felicia y madama Dalange habian dejado pasar la hora ordinaria del paseo. La viuda, sentada junto á la ventana, cuyas maderas estaban entornadas, habia dejado caer su labor sobre su falda, y recostada en el respaldo de su silla, con la cabeza apoyada sobre una de sus manos, se hallaba sumerjida en esa especie de abatimiento que amortigua las ideas y embota los sentidos. Un poco mas lejos madama Dalange, sentada en su gran sillón, hilaba con la mayor actividad.

—¡Por el amor de Dios, caritativas señoras! dadme un pedazo de pan,—gritó desde afuera una voz lastimera y gangosa.

La jóven, interrumpida bruscamente en medio de su cavilacion, divisó al levantar la cabeza á un pobre anciano, que mostraba su escuálido semblante, su blanca barba y su cabeza calva por entre las maderas medio abiertas de la ventana. Levantóse al punto para sacar de la despensa uno de esos panes redondos, que bastarian por sí solos á saciar el hambre de tres mendigos, y dijo presentándosele:

VIII.

Un viaje.

El día siguiente era domingo, y sin embargo el banco señoría de Maussane estaba desocupado. Madama de Clavieres se encontraba tan mala, que todo el mundo en Flambiers se dispensó de ir á misa. Madama Dalange no se apartó en todo el día del lado de su nieta, y por la noche se reunió junto á su lecho la tertulia de familia. Aquella indisposicion no tuvo por otra parte consecuencia alguna, y en los dias siguientes pudo Felicia emprender de nuevo los lijeros trabajos y las distracciones monotonas que formaban la ocupacion de su vida. Pero un mal secreto se habia apoderado de lo íntimo de su corazon: melancólica, ajitada y llena de vagos deseos, no buscaba toda-

via las ocasiones de ver á M. de Altefaye; pero las esperaba. No hay situacion mas peligrosa para una jóven que la en que se hallaba Felicia, pues no estaba guardada ni protegida en la especie de aislamiento en que vivia. No obstante que profesaba á su abue'a un amor, un respeto y una veneracion sin límites, estos sentimientos no arrastraban consigo la confianza, la cual no puede ecsistir sinó ecsiste conformidad de edad: así es que callaba, sabiendo que no llegaria á ser comprendida, y calculando que sus inquietudes y padecimientos llenarian quizás de una triste admiracion el corazon de aquel'a buena anciana, que hacia muchos años habia olvidado hasta la palabra amor.

Madama Dalange juzgaba el abatimiento de la jóven, como consecuencia del terror pánico que le sobrecojió en el banco de piedra, y en su tierna solicitud de madre, nunca la abandonaba cuando se atrevia a pasar del dintel de la puerta despues de anochecer. En vano estuvo esperando M. de Altefaye junto á los laureles, y en vano se aventuró á dar vueltas alrededor de la casa; pues no pudo acercarse á madama de Clavieres; pero por la noche, cuando la jóven se recojia á su cuarto, concluida la velada, se asomaba siempre por un instante á la ventana. Por una especie de convencion tácita, se encontraba entonces el cazador verde junto á la cerca del huerto que cultivaba

ria una caída terrible: pero tranquilizaos... aun me quedarían fuerzas para ir á morir lejos de allí.... y no os veríais comprometida por mi causa....

—¿Y creéis que eso me consolara, caballero? —preguntó Felicia.—Oh! ¡por Dios! antes de dejarme, prometedme que no renovareis esas locas tentativas.... Si me amais, accederéis á mis súplicas.... ¡No me hagais temblar á cada instante por vuestra vida!....

M. de Aldefaye besó trasportado las manos que la jóven le abandonaba, y repuso con una expresión indecible de triunfo y de júbilo:

—Os obedeceré, señora; pero permitidme esperar que alguna vez vendréis aquí por la tarde un momento....

—Sí... alguna vez...—respondió la viuda maquinalmente y volviendo la cabeza hácia la casa cuya puerta acababa de abrirse.

—Adios!...—esclamó el cazador.—Cuento con vuestra promesa... espero.... y soy feliz.

Al pronunciar estas palabras, desapareció por entre el espeso ramaje de los laureles, y Felicia se volvió á dejar caer casi desfallecida sobre el banco, mientras que Magdalena decía, acercándose:

—¿Han robado por ventura á mi pobre niña, que no vuelve? Vamos, vamos, que está la comida en la mesa.

—Aquí estoy!—gritó la jóven, haciendo un esfuerzo para levantarse.

—Jesús! ¡estais temblando!—esclamó la buena anciana, tomándola por la mano para conducirla á la casa.

—Tengo frio,—repuso la viuda con voz apagada.

Al verla entrar en la sala tan descolorida y sobresaltada, le preguntó madama Dalange:

—Qué tienes, hija mia? ¡Nadie diria sinó que has pasado un miedo terrible!

—Sí,—tartamudeó Felicia, reclinando su cabeza sobre el hombro de su abuela;—he oido un ruido entre los árboles, que creo lo haya causado el viento... pero me hasobresaltado mucho....

A estas palabras, prorumpió en lágrimas, y apretó las manos de la buena anciana con un estremecimiento involuntario.

—Ha tenido miedo,—le dijo madama Dalange á Magdalena.—Vamos, no quiero que vuelva á salir sola por la noche: en adelante irémos en su compañía.

—Tomad, hermano, y que Dios os asista.

Pero el anciano, en vez de abrir su zurrón, tomó el pan con una mano y puso con la otra un papel en el borde de la ventana, diciendo por lo bajo á Felicia:

—Me han encargado que lleve la contestación.

En seguida, levantado la voz y dirijiendo una mirada hácia e interior de la habitacion en que se divisaba un bulto, añadió:

—¡Dios os lo pague, caritativa señora!... ¡Una limosna á un pobre enfermo, que hace una semana está con calentura y no tiene para beber mas que el agua de los arroyos!

—Hija mia, anda á traerle algunas monedas —dijo á media voz madama Dalange.

Salió al momento la jóven; subió á su cuarto, y desdoblando el papel con mano trémula, leyó las siguientes palabras, escritas con lápiz en una hoja rasgada de un libro de memorias:

«Ha sido descubierto mi retiro, y de un momento á otro puedo ser preso si permanezco por mas tiempo en él. Hoy mismo debia haber marchado, porque una hora de retraso puede perderme; pero deseo veros... Pensad que espero daros quizá el último adios... No saldré sino á media noche: hasta esa hora estaré en la alameda, á donde tantas veces he ido inutilmente, y os aguarda—

—De rodillas os lo ruego... ¡ay! ¿seréis tan

bondadosa que os digneis ir?...»

La jòven recorrió con rapidez esta carta, y en seguida, sin reflexionar y sin titubear, tomó la pluma y escribió:

«Esta noche á las once estaré en la alameda.»

Bajó con una serenidad aparente, entregó su billete al mendigo, haciendo como que le daba algunas monedas, y volvió á sentarse junto á la ventana. Todo esto sucedió en menos de diez minutos. La viuda habia sido arrastrada por un impulso espontáneo de jenerosidad, de inquietud y de dolor; pero cuando hizo lugar á la reflexion sintió en su alma una especie de confusion y remordimiento. Hasta entonces no habia ocultado sinó las circunstancias fortuitas que la habian aprocsimado á M. de Altefaye; mas ahora era un acto de su voluntad, un paso culpable el que trataba de callar y disimular: era preciso mentir, engañar á su abuela; era preciso acudir sin que nadie lo supiese a aquella cita.

La pobre Felicia media la culpabilidad de su falta por el terror y la vergüenza que le causaba la idea sola de que podia ser descubierta. Veinte veces estuvo á punto de arrojarse en brazos de madama Dalange y de confesárselo todo; pero la contuvo el pensar que M. de Altefaye la acusaria quizá de haber querido eludir su promesa. A medida que la noche se iba acercando, sentía que se aumentaban sus angustias y sus

vuestra tranquilidad, la paz de vuestro corazón?

—volvió á preguntar el médico con voz alterada.

—¿Ha! eis estado espuesta á conocer los tormentos á que tantas almas fuertes sucumben?

—¿Creeis, segun eso, amigo mio, que el amor no puede hacer á nadie dichoso?

A estas palabras, la miró M. de Ramsay con aire tan dolorido y consternado, que la jóven bajó los ojos, sintiendo haber manifestado su pensamiento con tanta franqueza.

—Insensata! ¿creeis hallar la felicidad en el amor!—esclamó el médico con una amargura mezclada de ecsaltacion.—Si,—añadió,—si encontráseis un hombre digno de vos...

Callô de pronto, pues volvía madama Dalance.

Al oír aquellas palabras, sintió Felicia que se debilitaba el impulso de confianza que la arrastraba á descubrir su corazón á un amigo tan querido. Temió que juzgase con demasiada severidad sus sentimientos y reprovase sus esperanzas, y le pareció que jamás se resolvería á pronunciar en su presencia el nombre de M. de Altefaye. Inquieta y poseída de una tristeza mortal, prestaba atencion al menor ruido que se sentía á la parte de afuera, y creía á veces oír los pasos de Gaston en el fondo de la alameda. Asomóse al fin una vez á la ventana; pero á nadie descubrió, y solo oyó el ruido del viento, que

azotaba el follage de los laureles.

Entretanto iba entrando la noche, y eran ya mas de las once cuando madama Dalange, tomando una luz, quiso conducir por sí misma á M. de Ramsay á la habitacion que le habia destinado.

Felicia se retiró entonces á su cuarto, y cuando el silencio que reinaba en la casa le hizo conocer que todos se habian recogido, abrió con precaucion la ventana: M. de Altefaye estaba al pie de la pared, y encontró en el borde de aquella el siguiente billete, escrito con lapiz:

«Si una palabra no me asegura de vuestro amor y de vuestra fe, me quedo y me entrego en manos de mis enemigos.»

La jóven tomó la pluma y escribió con mano trémula en el mismo papel:

«En nombre del cielo mirad por vuestra seguridad! Marchaos! ¡huid por Dios! y contad con la promesa que os hago de no pertenecer á otro que á vos.

«FELICIA DE CLAVIERES.»

Atando en seguida el billete á una punta de su pañuelo bordado, lo arrojó á M. de Altefaye, haciéndole al mismo tiempo una señal de despedida. Recojió Gaston el lienzo, y llevándosele á los labios repetidas veces, se alejó con rapidez. La viuda permaneció en la ventana hasta que el

El era en efecto. Dos minutos despues se detuvo la silla de posta delante de la puerta de Flam-biers, del mismo modo que poco mas de un año antes se habia parado delante de la quinta de Meudon, y el médico se apeó, tendiendo la mano á la jóven, que exclamaba conmovida:

—Mi buen doctor! Ah! ¡que dicha la mia la de veros aquí! ¡cuanto me alegre de que hayais venido á visitarnos!

—Temia incomodaros llegando tan tarde,—dijo M. de Ramsay, saludando á madama Dalange, que le alargaba cordialmente la mano:—sé que en el campo se recojen temprano las jentes, y casi estuve por pasar la noche en una posada: pero no hallándome mas que á tres leguas de Flam-biers, me decidí á continuar el camino, en la confianza de que me disimulariais el llegar á una hora tan intempestiva.

—Ah! ¡ha sido una inspiracion del cielo!—pensó la viuda.

La llegada de un forastero era un acontecimiento tan poco frecuente en Flam-biers, que debia ocasionar necesariamente un trastorno en la casa. Mientras que madama Dalange y Fe icia conducian á M. de Ramsay al salon, corrian las criadas afanadas de un lado á otro: véase luz y un movimiento desusado en todas las habitaciones, y oiánse grandes voces en la cocina, en donde habia entrado el postillon, mientras que Magdalena con

un farol en la mano estaba alumbrando al criado de M. de Ramsay, que descargaba la silla de posta, detenida á la puerta. La viuda imaginó que todo aquel tumulto advertiría á Mr. de Altefaye que sucedia alguna cosa extraordinaria en la casa, y que conociendo que no podia ella cumplir su promesa, se alejaria contristado por aquel contratiempo, pero feliz al mismo tiempo, puesto que tenia la certeza de ser amado y llevaba consigo la prenda y la prueba de sus sentimientos.

—Sirviósele á M. de Ramsay una cena frugal, y madama Dalange le hizo los honores de la mesa de una manera afectuosa. Pasados los primeros momentos de alegría y efusion, Felicia y el médico se quedaron tristes y pensativos, mirándose en silencio uno á otro: ambos creyeron notarse una fisonomia diferente. El doctor estaba descolorido, delgado, y cuidados recientes habian surcado de arrugas su hermosa frente. Contempló por un momento á la jóven con cierta emocion, y le dijo á media voz, mientras que madama Dalange se alejó por un momento á dar órdenes:

—Habeis sufrido, Felicia?

—Ya no,—respondió la viuda con un suspiro. En aquel momento dió el reló las diez. Felicia se estremeció involuntariamente, y añadió:

—La Providencia ha velado sobre mí.

—¿Habeis quizá perdido por algun tiempo

terrores, y cada palabra de su abuela la hacia estremecer y ruborizarse. No se atrevia á mirarla de frente y fijar sus ojos inquietos y á cada instante empañados por lágrimas en los serenos y medio apagados de la anciana señora; mas estaba resuelta á cumplir su promesa.

Entretanto todo pasaba en torno suyo como ordinariamente: las criadas iban y venian tarareando sus canciones favoritas; la muda hacia labor junto á una esquina de la mesa, madama Dalange hablaba, reñia con dulzura, daba órdenes y andaba todavia el camino de la sala á la cocina como una buena ama de casa.

—Calla!—esclamó Magdalena, abriendo la despensa para sacar los cubiertos,—¡falta un pan grande!

—Se lo hemos dado á un pobre,—repuso madama Dalange.

—¡Siempre habrá sido á ese viejo maldiciente de Bayon!—replicó la criada en tono de reconvenccion.—Ese es un hombre que no merece se le dé limosna con perjuicio de los verdaderos necesitados. Se hace el parálitico, y hoy mismo le hé visto correr como una liebre á lo largo de la arboleda con su zurrón bien repleto á la espalda. Al pasar por delante del oratorio encontró al cazador verde, y se acercó descaradamente para pedirle limosna. El buen señor le dió dinero, y probab'ementc seria una moneda blanca, pues

siempre los picaros tienen fortuna, como dice el adagio.

Sirvióse la comida, frugal como de costumbre, y después las criadas se sentaron al rededor de la mesa. Mientras que las laboriosas mugeres hilaban á toda prisa, Felicia miraba con espanto al reló, cuya aguja iba á señalar las nueve. Madama Dalange dejó su rueca, y le dijo:

—Tu estas fatigada, hija mia: no velaremos esta noche.

—Escuchad!—esclamó repentinamente Magdalena, dirigiendo los ojos hácia la ventana:—me parece que se siente ruido en la arboleda.

—Nada oigo,—contestó la viuda, perdiendo el color y levantándose para detener á la muda, que habiendo adivinado la esclamacion de la anciana corria hácia la puerta.

Un corto silencio se siguió y pudo percibirse con claridad el ruido sordo de un carruaje, que caminaba por la alameda. Entonces se levantaron todas las mugeres, y se agolparon á la ventana. La noche estaba oscura, y se divisaban en las tinieblas dos puntos luminosos, que se iban haciendo mayores por momentos: poco después se oyó crujir el látigo del postillon.

—Ese es M. Ramsay!—gritó Felicia, levantando las manos al cielo con espresion inesplicable reconocimiento y de doloroso júbilo;—¡al fin cumple su promesa!



canto del gallo le anunció que habia pasado ya la media noche.

Al dia siguiente, débil y abatida, pero mas tranquila, bajó temprano al cuarto de M. de Ramsay. Hacia una de esas hermosas mañanas en las que se oye en el campo una multitud de ruidos confusos y agradables; el cielo estaba velado por una niebla poco densa, que templaba el resplandor del sol y se estendia por todo el horizonte como una gasa flotante sobre un cestillo cubierto de flores y ramas. El médico y la jóven fueron á sentarse sobre el banco de piedra protegido por los laureles y los antiquísimos cipreses que cubrian á Flambiers con su eterna sombra. M. de Ransay estaba sumamente triste.

—Hija mia,—dijo con voz afectuosa, pero sin levantar los ojos sobre Felicia,—ayer principiásteis á confiar me....

La viuda se sonrió, meneando la cabeza: era evidente que nada podia ya vencer su reserva y timidez. El doctor conoció quizá que ocu'taba alguna cosa en lo íntimo de su corazon; mas no tuvo fuerza para insistir, y añadió, considerándose casi feliz en engañarse á sí mismo:

—Entonces os debí comprender mal, y es una fortuna el que me haya equivocado.

Sucedió un momento de silencio, que interrumpió al fin la jóven, preguntando:

—¿Pasaréis algunos dias en nuestra compañía querido amigo?

—Ay, no! mañana tengo que marchar.

Como Felicia pareciera contristarse con esta respuesta, añadió:

—Pero pasaré todo el verano en Ramsay, y no estaremos separados mas que por veinte leguas. Cuando deseis verme, me tendréis aquí al momento.

—Oh, mi mejor amigo,—esclamó madama Clavieres, enternecida y tomándole la mano, como otras veces.

Estremeciose el médico al sentir oprimidos sus dedos por los suaves y blandos de la joven, y permaneció como anonadado en aquella cruel sensacion de felicidad: su fisonomia, no obstante, se mantuvo impassible, y dijo con acento sereno:

—¿Recibis alguna vez noticias de vuestra hermana, hija mia?

Felicia llevaba justamente consigo unas de las cartas en que Serafina le daba cuenta de sus magníficos y deslumbradores proyectos, invitándola á que fuese á participar de sus fiestas y placeres. El médico la leyó con un suspiro, y dijo luego.

—Tiene razon, hija mia: tratad de haceros frívola y volved al mundo, pues en el es donde menos puede temerse á las pasiones.

La llegada de madama Dalange interrumpió aquella conversacion, que si se hubiese prolongado, habria dado márjen acaso á mayor confianza,

y no se presentó en todo el dia ocasion para renovarla.

A la mañana siguiente se marchó M. de Ramsay mas triste y desconsolado, pues llevaba consigo una duda, una secreta y atormentadora pena. El mismo dia escribió la viuda á su cuñada, contándole la visita que su amigo acababa de hacerle.

La partida de M. de Altefaye habia tranquilizado en cierta manera á Felicia: sin saber á punto fijo los asuntos políticos en que podia hallarse mezclado, presumia que estaba mas bien en una posicion falsa que no en un grave peligro, y esperaba que bien pronto podria volver á ocupar libre y traquilo el puesto que en el mundo le correspondia. Imaginose que entonces seria fácil el volverse á encontrar, y que todós los obstáculos que hubiese entre ambos se desvanecerian naturalmente.

Algunos dias despues recibió dos cartas á la vez. La una era de M. de Altefaye, en que le anunciaba que habia llegado á París y que esperaba salir muy pronto de los compromisos y peligros que le rodeaban: despues de mil tiernas protestas de amor, la suplicaba encarecidamente que le escribiese, y añadia que hacia mas que esperar, pues contaba con la contestacion. La otra se la dirijia la señorita de Clavieres. Al saber esta que M. de Ramsay habia pasado un dia al lado de Felicia y que vivia á la sazón á pocas leguas de

Flambiers, la desgraciada jóven estuvo casi tentada por marchar á la Provenza; pero reflexionándolo despues mas despacio, calculó que le saldria mejor la cuenta tratando de hacer volver inmediatamente á la capital á la viuda. Con esta mira le escribió la carta mas afectuosa del mundo pintóle las lágrimas que le costaba su separacion; le describió los placeres y brillantes triunfos que la esperaban en las reuniones, y por último la invitaba con mas instancias que nunca á que regresase, aun cuando no fuese mas que para asistir á una de aquellas magnificas fiestas, á las cuales no faltaba otra cosa que su presencia.

Estas dos cartas causaron á Felicia vivas emociones y suma indecision: parecíale que en aquel momento tomaria con placer el camino de París; mas no se atrevia á manifestar á su abuela el deseo que tenia de dejar por algun tiempo su tranquilo retiro. Inquieta y pensativa, guardaba el mas profundo silencio, ó respondia con acento oprimido á las preguntas de madama Dalange. La buena señora estaba triste tambien, y sus palabras eran mas tiernas y afectuosas que de costumbre. De esta manera se pasó aquel dia.

Por la noche, despues de la velada, cuando Felicia se acercó, como lo hacia diariamente, á abrazar á su abuela, esta la retuvo suavemente á su lado, y haciéndola sentar sobre un taburete á sus pies, le dijo:

—Hija mia, créo que no puedas ya escusarte de ceder á las instancias de tu cuñada. He sido en extremo egoísta, y te he tenido á mi lado demasiado tiempo, anjel mio; pero ya es preciso que dejes esta soledad; partirás, pues, dentro de algunos dias.

Y como la jóven, en vez de responder, la abrazara llorando, añadió:

—Ya volverás, hija mia, ya volverás, y acaso no tardes mucho. ¡Verás entonces cuanto nos alegramos de vernos de nuevo!

VI.

Una representacion de Roberto el Diablo.

Diez dias despues estaban por la tarde la señorita de Clavieres y Dorotea Carbonnet sentadas en la galería, cuyas vidrieras daban á un gran balcon corrido, que caia al patio de la casa. Serafina, sentada junto á una de aquellas vidrieras, apoyada la frente sobre una de sus manos y con aire impaciente y ajitado, descorria de tiempo en tiempo las cortinas y miraba al patio. El ama de llaves, en pié detrás de su ama, la contemplaba con rostro enojado y burlo. El regreso de Felicia irritaba y consternaba á la malvada hembra, á quien tenia en una estremada ansiedad, pues si bien creia poseer la confianza de la señorita Clavieres, nada comprendia á cerca de sus in-

tenciones. Aquella no habia tenido por conveniente participarle la especie de independenciam que á la viuda le habia proporcionado la generosidad de su abuela, y esta reticencia hacia su conducta casi inesplicable á los ojos de la sirvienta, la cual se burlaba é indignaba interiormente de lo que llamaba las ideas lunáticas de su ama. Despues de haber dirigido una mirada á un grupo de tapiceros que atravesaban en aquel momento el patio, cargados como los comparsas de la ópera, de flores y festones exclamó:

—¡Qué gusto tan delicado teneis para disponer una fiesta, señorita! La idea de este baile de máscaras y del banquete en el jardin no podia ocurrirse á otra imaginacion que á la vuestra... Parecerá seguramente un cuento de las *Mil y una noches* y estoy cierta de que todos los periódicos se ocuparán de esta fiesta.....

—¡Ya debia estar aquí desde esta mañana!--barbotó la señorita de Clavieres, sin hacer caso de lo que decia Dorotea y dirigiendo sus miradas hácia el patio con una espresion de inquietud y de amargura impaciente.—¡Si habrá mudado de idea!... ¡si no querrá ya volver!...

—¡Éstais pensando en la hermosa viajera á quien aguardais, señorita!—preguntó el ama de gobierno con una pérfida sonrisa.—¡Qué bondad la vuestra!

—Habeis ejecutado mis órdenes?—dijo Sera-

fina, interrumpiéndola.—Es preciso que mi hermana se halle contenta aquí que se distraiga, que se divierta, y sobre todo que se quede... Cuando la traje á esta casa despues de la muerte de su marido, ha debido aburrirse en extremo, pues en todo se veia contrariada; estaba sola y mal servida: en adelante quiero que se haga enteramente su voluntad, que la obedezcan todos y que tenga sus criados.

—Vuestros deseos están cumplidos, señorita, —repuso humildemente Dorotea:—madama de Clavieres tendrá á sus órdenes dos criadas y un sirviente. Creo que sean bastantes ademas de la mudita que la acompaña.

Y despues de un momento de silencio, añadió:

—¡Qué dicha la suya en depender de una persona tan buena y jenerosa como vos, señorita. Por mi parte no le habria por cierto vaticinado una suerte semejante: parecia que en su posicion, su mayor ventura podia ser la de casarse con el conde de Albys.

—Ya he renunciado á esa idea, —replicó Serafina con sequedad.

—Y el señor conde tambien, á lo que parece pues ha vuelto á ponerse su pantalla verde, su gorro negro y su bata parda, —prosiguió diciendo el ama de llaves con tono sardónico.—¿Quien sabe si tendrá la ocurrencia de presentarse mañana-

na en ese traje? En tal caso traerá el del enfermo de aprension.

Como Serafina, resentida de esta chanzoneta algo familiar, le dirigiese una mirada desdeñosa é irritada, se apresuró á añadir oficiosamente:

—No se habla de otra cosa que del traje que se ha mandado hacer el conde Luciano de Froidesaigues: es de caballero veneciano, con arreglo al modelo de un antiguo retrato que ecsiste en la galeria de su señor tio, y aseguran que traerá al cuello una cadena de piedras preciosas, que vale diez mil francos.

—Y qué dicen del conde Luciano? ¿Habeis oido hablar de él á sus criados?

Dorotea se encojió de hombros, y suspiró, medio cerrando los ojos.

—Hablan mal de él?—añadió la señorita de Clavieres.

—No mal precisamente. Dios me libre, por otra parte, de repetir los chismes que podrian contar acerca de su conducta. Afirman sus criados que es sumamente original y no fácil de figurarse la vida que hace cuando está fuera de la casa de su tio. Ha recorrido la Europa á pie, mezclándose con la jente de baja esfera, con artesanos, y haciendo tambien trabajos de mano. Su carácter es de los mas insociables: le disgusta la alta sociedad, es orgulloso, obstinado, y jamás se ha enamorado de mujer alguna.

—Estais equivocada,—repuso Serafina con desden, volviendo la cabeza y recostándose en su sillón.

Un momento despues se levantó súbitamente, y exclamó, asomándose al balcon:

—¡Ahí está!

No se habia engañado; las dos hojas de la puerta principal acababan de abrirse, y entraba un carruaje en el patio.

Entoces salió la señorita de Clavieres á recibir á Felicia, que subia presurosa la escalera. Una y otra se detuvieron con un movimiento de penosa admiracion. Serafina notó que la permanencia en el campo habia prestado á la viuda un realce de belleza y una frescura mas suave, y madama de Clavieres creyó ver á un horrible esqueleto que se adelantaba hácia ella con los brazos abiertos. Serafina estaba en efecto muy cambiada: las pasiones funestas que devora su corazon y la ajitación violenta y continua en que vivia, habia alterado sobremanera su salud, y una estremada falta de carnes aumentaba, si era posible, su fealdad.

—Querida Serafina!—exclamó la encantadora viuda, acercando su rostro al horrible de su cuñada.—Me aguardabas, ¿no es verdad?

—Desde por la mañana,—respondió la señorita Clavieres, conduciéndola á su cuarto.—¿Sabes que has llegado muy á tiempo? Mañana tenemos baile en celebridad de su regreso

—Hermana mia,—repuso Felicia, titubeando, —me parece que esa vida de disipacion y de placeres te fatiga algun tanto.

—Al contrario; antes me distrae,—replicó Serafina con sorda voz.

La viuda atravesó deslumbrada los salones, en los que se estaban ya haciendo los preparativos para el baile. Al entrar en su habitacion, encontró los muebles completamente cambiados: la suntuosidad habia reemplazado á la elegancia, y brillaba por donde quiera una riqueza y una magnificencia superiores á todo encarecimiento. Detúvose en el umbral de la sala, entapizada con damasco de color de púrpura, y recorrió con la vista todas aquellas maravillas del arte, murmurando con una sonrisa:

—Querida Serafina, veo que me rodeas de un lujo y un esplendor, al cual no estoy acostumbrada. ¡Si supieses que habitacion tan humilde ocupaba yo en Flambiers!....

—Aspiro á que esta te agrade mas, y por eso he puesto el mayor esmero en embellecerla—replicó la señorita de Clavieres.—Han comprendido mi intencion: en efecto todo esto es mejor que el antiguo mueblaje. Mi deseo era que no pudieses reconocer al entrar aquí nada de lo que dejastes al ausentarte, y solo en ese gabinete es donde no se han podido hacer alteraciones porque te habias llevado la llave.

—Mi taller de pintura,—dijo Felicia, algo turbada:—no importa, todavía permanecerá cerrado por mucho tiempo.

Retiróse Serafina y un momento despues entró Dorotea y presento con toda ceremonia á la viuda los criados destinados á su servicio, que eran dos mugeres y un mozo de aire despejado y de mirada atrevida y obsequiosa: un tipo del lacayo, en una palabra.

—Muy bien,—'es dijo la jóven bondadosamente:—retiraos hasta que llame.

Quando se marcharon, se volvió sonriéndose hàcia la muda, que de pié en un rincon estaba llorando: y le gritó, como si la pobre muchacha pudiese oirla:

—No te aflijas, que no te separarás de mi lado: solo tú quiero que me sirvas.

El dia iba declinando: Felicia miró suspirando en torno suyo é hizo seña á la muda para que encendiese las bujias. En seguida, antes de vestirse para bajar al salon, tomó una oja de papel y escribió estas solas palabras.

«Madama de Clavieres ha llegado esta tarde á París. «

Despues de haber cerrado este billete, le puso el sobre que le habia indicado M. de Altesfaye, y tirando de la campanil'a, mando alcriado que llevase al momento aquella carta. Acto contiuuo hizo que la vistiesen, y bajó al punto al salon.

—Esta noche estaremos solas,—le dijo Serafina:—no he avisado al conde de Albys tu llegada, y como mañana tendremos en casa á todo París, nadie vendrá hoy. Si no estas muy cansada, podemos ir á pasar un rato en la ópera: ejecutan *Roberto el Diablo*.

Con mucho gusto, hermana mia,—respondió Felicia.

Echó en seguida una mirada sobre su sencillo vestido de muselina, arregló el nudo del cinturon que ajustaba su esbelto talle, acercose á un florero, del cual tomó dos rosas de Alejandria, con que se adornó la cabeza; mirose por un momento en el espejo, atusándose las madejas de cabellos que hacian resaltar el óvalo puro y encantador de su rostro, y dijo sonriéndose con sencillez al verse tan bella:

—Ya estoy dispuesta.

La señorita de Clavieres habia llamado tambien á sus criadas para que acabase de vestirla: una le cubrió los hombros con una manteleta de punto de Inglaterra, y otra le presentó un magnífico adorno para la cabeza. Serafina se dejó arreglar los pliegues del rico encaje, tomando el adorno sin mirarlo siquiera, se lo puso con el mismo aire con que un trapero podria encasquetarse su gorra de piel de nutria. En seguida dijo, volviéndose hácia su cuñada:

—Vamos.

El teatro estaba sumamente concurrido, y la llegada de la señorita de Clavieres causò, como siempre, alguna sensaciou. Aquella fealdad, mas rara todavia que la mas rara belleza, tenia el triste privilegio de ser notada en todas partes. Pero Serafina estaba ya acostumbrada á aquellas miradas, y se sentó intrépidamente junto al antepecho del palco, mientras que Felicia, turbada y sobrecojida, tomó asiento algo detrás y dirijiò una tímida mirada hacia la concurrencia.

—Esta noche se ha reunido aquí el gran tono: largo tiempo hácia que no habia visto tanta jente de distincion en la ópera, dijo la señorita de Clavieres, recorriendo con la vista todos los palcos. Muchas personas veo conocidas mias y que estan invitadas para el baile de mañana. Mira allí el sobrino de M. de Albys, el conde Luciano de Froi-desaignes.

Volvió la viuda la cabeza con alguna emocion, y mirando en la misma direccion que su cuñada, divisò en uno de los palcos bajo un gallardo jóven cuyo semblante sério y noble, correspondia esactamente á la idea que se habia formado de él: indudablemente era aquel el altivo y melancólico amante de miss Diana. La joven se atrevió apenas á mirarle, y no obstante esto, sus miradas se encontraron en un movimiento rápido como el pensamiento. Volvió al punto la vista; pero en

aquel mismo instante estuvo pròcsima á dejar escapar una exclamacion de sorpresa: sus ojos, inclinándose hácia las lunetas inmediatas á la orquesta, habian encontrado los de M. de Altefaye, quien habiéndola tambien reconocido, fijas en ella sus pupilas negras y brillantes. La primera impresion que experimentó Felicia, fué una sorpresa mezclada de sobresalto; mas muy pronto se convirtió en una dulce alegria: la presencia de M. de Altefaye en la ópera le hacia creer que nada tendria que temer de sus enemigos políticos y que en adelante no se veria precisado á ocultarse para sustraerse á la proscricion, que por tanto tiempo la habia amenazado.

Por lo demás, Gaston de Altefaye en nada se parecia al cazador verde: su traje era elegante y esmerado, y si algo pudiera en él criticarse, era un cuidado sumo y minucioso y un gusto en estremo refinado. La jóven viuda se imaginó que deberia haber recibido su billete, y que sin duda al dia siguiente se presentaria en la casa de Serafina. Por lo tanto creyó deber prevenir á esta de aquella visita, y le dijo, no sin cierta turbacion:

—Tambien distingo al í á un conocido mio, á un jóven, á quien he tenido ocasion de ver algunas veces en la Provenza, al señor baron de Altefaye.

—Ya te visitará, y me le podrás presentar,—repuso la señorita de Clavieres, observando á la vi-

uda.—Si pudieses darme las señas de su casa, le mandaria una esquila de convite para mañana.

Felicia no contestó á esta proposicion incidiosa, y preguntó, jugando con el abanico:

—¿No conoces de oidas á M. de Altefaye?

—No recuerdo ese nombre,—respondió Serafina con indiferencia: bien es verdad que ninguno se me queda en la memoria; pero acaso si le veo pueda recrdar su rostro, pues si pertence á la buena sociedad, debo haberle encontrado alguna vez.

—Creo que pertenezca á la clase mas elevada,—dijo la jóven, sonriéndose.

Retiráronse las dos cuñadas antes de concluirse la ópera: la señorita de Clavieres luchaba evidentemente contra una especie de dolencia física, y á pesar de su enérgica voluntad de distraerse y divertirse, caia por momentos en una lijera somnolencia, que parecia efecto de la fatiga.

—Dios mio! hermana, no estás buena,—le dijo Felicia al entrar en casa;—parece que te hallas aniquilada.

—Con efecto,—replicó Serafina con amargura,—ahora que se ha apoderado de mí el cansancio, me parece que podria conciliar a'gunos instantes de sueño pero ¡ay! desde el punto en que pongo la cabeza sobre la almohada, mis ojos permanecen abiertos, y se me pasa la noche en un horrible insomnio....—Hace ya meses que nó duermo.

—Hermana! ¿y piensas en dar bailes?—¿esclamó la viuda contristada y conmovida hasta derramar lágrimas.

—Así me distraigo,—repuso la señorita de Clavieres.

Felicia se dirigió melancólica á su habitacion, y al atravesar la autesala, observó que el criado que habian destinado á su servicio y Dorotea estaban en conversacion muy animada.

—¿Habeis desempeñado mis órdenes?—le preguntó al primero.

—Sí, señora, ya está entregada la carta,—contestó, bajando los ojos y sonriendose de una manera casi imperceptible.

La viuda pasó adelante.

La fisonomia de aquel hombre le habia disgustado, y dijo al ama de gobierno, que la seguia:

—¿Quién es ese moceton que habeis admitido en casa? ¿le conoceis vos?

—Podeis estar cierta, señora, de que no habré puesto á vuestro lado á un cualquiera,—respondió Dorotea con aire resuelto.—Esteban tiene las mejores recomendaciones, y ha servido por muchos años al conde de Luciano de Froidesaigues.

—Le servia aun hace un año?—preguntó Felicia, acordándose de pronto de que el ayuda de cámara que habia introducido furtivamente á miss Diana en el cuarto de su amo se llamaba Esteban.

—Sí, señora, --respondió la sirvienta, algo sor-

prendida de que madama de Clavieres estuviese tan bien enterada del personal de la casa del conde de Albsy.

Estuvo la jóven reflexionando por un instante: recordó toda la conversacion de aquel hombre con el confidente de miss Diana, y la terrible sangre fria con que ambos habian concertado la especie de asechanza de que escapó la desgraciada jóven dándose la muerte. En seguida, saliendo de su distraccion y levantando la voz, dijo con una decision y una firmeza que no le eran comunes:

—Dorotea, deseo que no me sirvan mas que las mujeres que me habeis presentado: mañana despediréis á ese hombre.

—¿Lo habeis reflexionado bien señora?

—Sí; que no vuelva ya á ponerse en mi presencia. Podeis retiraros.

—Ya habla como la señorita, —murmuró el ama de llaves, saliendo de la pieza, furiosa y consternada.—¡Y es preciso obedecerla!... Ah! ¡quiere que Esteban salga de la casa, y que yo misma le despida!... Pues bien, sé lo que he de hacer... Ya he reunido lo bastante para contar con una renta de mil y doscientas francos, y él no tiene siquiera un sueldo; pero no importa.

Acto continuo fué á buscar al criado, y le dió parte de su desgracia; pero el gran tunante la secuchó con la mayor serenidad.

—¿Y qué me importa que me despidan?—preguntó, encojiéndose de hombros.—Ya tengo echado el ojo á otra colocacion.

—Y eso basta para consolaros?—repuso Doro-tea con acento de tierna reconvenccion.—Ay, Esteban! yo creia que tuviéseis mas ley á vuestros antiguos conocidos.

—¿A personas que tienen formado mal concepto de mí? ¿á personas que recelan de mi conducta y creen acaso que soy un borracho, un disipado, un calavera?....

—Y que os quieren bien á pesar de todos vuestros defectos. ¡Ah, buena pieza! ¡al fin acabaréis por obligarme á hacer una locura!

Mientras que pasaba esto en la antesala, la jó-ven viuda, sola en su cuarto con la muda, se desnudaba lentamente, pensando en los singulares incidentes de aquella noche: se acordaba de M. de Altesfaye, y por un jiro inesplicable que tomaron sus ideas hácia otras impresiones, otra imá-jen ocupaba tambien su pensamiento. El noble y severo semblante del conde Luciano le habia llamado mucho la atencion, y se decia á sí misma con injénua conviccion:

—Comprendo el porque miss Diana no ha podido sobrevivir á la pérdida de su amor.

VII.

Un inesperado encuentro.

Eran escasamente las tres de la tarde, y las dos cuñadas habian bajado al salon para recibir á M. de Albys, que quiso presentar sus respetos á Felicia antes de la hora del baile. Hundido en un sillón, apoyada su barba sobre el baston y con su pantalla de tafetan verde bajaba sobre los ojos, el buen señor habia renunciado á sus elevadas miradas abjurando la última chispa de amor; y mas sordo y atacado de la gota que nunca, no conservaba de sus ideas de retroceso hácia los años juveniles mas que cierto gusto por la sociedad y por los pensamientos grandiosos. El ejemplo de la señorita de Clavieres le seducia, y queria tambien volver á abrir sus salones, para lo cual se ocupaba á la sazón del programa de una fiesta, cuyos honores debia ayudarle á hacer su sobrino el conde Luciano.

Juzgò Felicia que M. de Froidesaigues se habia

reconciliado enteramente con su tío, y tuvo en ello una viva satisfaccion; pues la equidad de su alma le habria hecho experimentar el mayor sentimiento si hubiese sido desheredado por una falta que no habia cometido.

Hallábase la señorita de Clavieres sumerjida en alternativas de abatimiento y animacion febril, que eran ya su estado ordinario. De vez en cuando se levantaba y miraba por entre las persianas á la multitud de obreros que desde por la mañana habian invadido la casa y adornaban las salas de recibo. Ya estaban estas decoradas, y unos veinte jardineros se ocupaban todavía en transformar el terrado, el parterre y los bosquecillos del jardin en un paisaje encantado, en el que crecian el naranjo y la palmera, y en donde descollaban al lado de gruesas matas de rosas y lirios las gigantescas flores de las rejiones del Trópico. Felicia gozosa y pensativa á la vez, considerabalos contrastes de que se hallaba sembrada su vida, y se acordaba de Flambiers al mismotiempo que contemplaba los preparativos del baile.

—Una visita!—esclamó de pronto Serafina, que desde el sitio en que á la sazón se hallaba podia ver hasta lo último del primer salon.—Es un forastero, á lo que parece.

—El señor baron de Altefaye!—anunció un lacayo, adelantándose á levantar la cortina, medio corrida, que habia impedido á la viuda distinguir

á la persona que entraba.

Al oír aquel nombre, pronunciado en voz alta la jóven perdió casi enteramente el color, la señorita de Clavieres meneó la cabeza con una media sonrisa y el conde de Albys se levantó su visera verde, dirijiendo los ojos hácia la puerta con aire de sorpresa.

El jóven entró é hizo un saludo á Felicia, que se lo devolvió raborizándose; en seguida se volvió hácia la señorita de Clavieres, y se inclinó por segunda vez.

—Hermana mia,—dijo entonces la viuda,—este es el señor baron de Altefaye, de quien te he hablado ya.....

—Mi sobrino!—esclamó el conde.

Al oír aquella voz, dió el jóven un paso atrás y se pintó en su semblante alguna turbacion, inquietud y sorpresa; mas reponiéndose al punto, se acercó á M. de Albys, y le dijo con desembarazo:

—Perdonad, tio: mi afan por saludar á estas señoras ha sido causa de que no os haya visto.

—No habeis incurrido en falta, y por consiguiente están de mas las disculpas,—repuso el viejo con sequedad.

Dirijiéndose á la señorita de Clavieres añadió:

—Creo que no os habia dicho que tuviese otro sobrino además del conde Luciano Froidesaigues

—No sé... creo que nó,—respondió Serafina, que se acordaba muy bien de que el conde de Albys no le habia hablado de este otro sobrino sinò para decirle que tenia resuelto desheredarle.

Estaba en la persuacion de que habíais abandonado definitivamente á París, caballero,—prosiguiò el anciano, dirijiéndose á Gaston mas sin mirarle.

—Ah, tio! ¿cómo habia de condenarme á mí propio á un perpétuo destierro?—replicó M. de Altefaye con alguna turbacion.—Además que hace muy poco que he llegado.

Anoche me presenté por primera vez en la ópera, en donde tuve el honor de ver á estas señoras en su palco. Deseaba con impaciencia oir el *Roberto el Diablo*, cuya primera representacion ha tenido lugar durante mi ausencia. ¡Qué ópera tan magnífica! ¡qué cantantes! ¿No es verdad, señorita, que es un placer el oir música tan deliciosa.—añadió, dirijiéndose á Serafina,—¿y placer tanto mas vivo, cuanto que no se disfrutan otros en la presente estacion? Por lo demás, París me ha parecido sumante triste.

--Por eso trato de alegrarlo esta noche con una fiesta,—repuso la señorita de Clavieres,—y tendria mucho placer en que concurriéseis á nuestro baile, que os recordará las fiestas del carnaval, pues es de máscaras.

El jóven baron se inclinó al punto en señal de aceptacion y de agradecimiento.

—Y vendréis, caballero?—le preguntó el conde, fijando en él la vista?

—No pienso, tio, perder una ocasion tan bella para volver á presentarme en el gran mundo,—respondió M. de Altefaye con resolucion;—pero con el aire forzado de un hombre que trata de saltar osadamente un precipicio.

Conociendo después que era indispensable traer la conversacion á un terreno neutral, añadió, dirigiéndose á Felicia:

—¿Seria demasiada indiscrecion preguntaros el traje que pensais llevar esta noche?

—Aun no me hallo decidida, caballero,—balbució la jóven, que desde el principio de aquella conversacion sentia que sus ideas se confundian y se estraviaba su razon entre las conjeturas involuntarias y los descubrimientos que en vano se esforzaba en rechazar.

—Esos misterios no se descubren ordinariamente antes de la hora del baile,—dijo entonces Serafina;—pero en obsequio vuestro voy á hacer traicion á nuestros secretos, caballero. Madama Clavieres deberá escojer entre el traje de una dama veneciana del siglo XVI y el vestido corto, el corpiño de terciopelo y el sombrero de fieltro bordado de oro de una aldeana provenzal; M. de Albys vestia el traje de corte que su bisabuelo lle-

vaba el día de la consagración de Luis XV, y el conde Luciano de Froidesaigues se presentará con el disfraz de caballero veneciano. Y vos? ¿tendréis tiempo todavía para proporcionaros traje?

—Espero que sí, señorita,—respondió el joven y aun cuando no será tan magnífico como los de mi tío y primo, creo que tendrá el mérito de ser mas original: me disfrazaré de cazador tirolés... Y desde ahora pido el favor de bailar el rigodon con la aldeana provenzal,—añadió, dirigiéndose á Felicia,—que aceptó la invitación con una simple inclinación de cabeza.

El conde de Alby, para quien toda conversacion en tono regular no era mas que una serie de frases interrumpidas, se volvió hacia M. de Altefaye, y le dijo con acento medio enojado y medio burlon:

—Mucho se sorprenderán algunas personas de encontraros esta noche en el baile, baron. El conde Luciano es bien seguro que no esperaba semejante hallazgo, pues estábamos en la persuacion de que habíais ido á acompañar á vuestro amigo Raimundo de Maussane á Béljica, en cuyo hospitalario suelo estaríais aguardando con paciencia mejores días.

Por segunda vez conoció M. de Altefaye que era urgente sacar la conversacion fuera de toda cuestion directa y personal: así es que en vez de contestar á la obserbacion de su tío, se apresuró á decir:

--Mucho placer tendré en ver á mi primo Luciano; mas de un año hace ya que no nos hemos encontrado, que fué cuando el rompimiento de su matrimonio con aquella pobre lady Diana Nevil, que tuvo un fin tan trájico.

—¿La jóven inglesa atacada del esplin que se arrojó al Sena hace un año?...—Preguntó Serafina.--¿La conocíais vos, caballero?

--Me atrevo á afirmar que esa jóven me honraba con su amistad,--respondió M. de Altefaye con acento contristado,--y que al paso que me manifestaba bastante confianza, no desdeñaba tampoco mis consejos. Ay! ¡por mucho rato estuve al lado suyo el dia mismo en que sucedió aquella lamentable desgracia!....

Pasóse al decir esto la mano por la frente, como para distraerse de aquel funesto recuerdo, y mudando repentinamente de conversacion, añadió con acento animado; pero bajando la voz de modo que no pudiese ser oido ni comprendido por M. de Albys:

--¡Las disensiones políticas son una terrible desgracia en las familias!

--Son ellas las que os han enemistado con vuestro señor tio?--preguntó con indiferencia Serafina.

Gaston hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y continuó con un suspiro:

--¡El espíritu de partido ahoga todos los sentimientos!

Mientras tenia lugar el diálogo precedente, Felicia permanecia inmóvil y silenciosa: ninguna señal de admiracion, de indignacion ó de horror se manifestaba en su frente impasible: pero un sudor frio bañaba sus sienes, un estremecimiento interior conmovia todas las fibras de su cuerpo, y se sentia desfallecer á medida que la verdad se iba presentando ante sus ojos y reconocia en M. de Altefaye al hombre á quien habia oido combinar la traicion mas inicua, al indigno pariente del conde Luciano, al infame confidente de miss Diana Nevil, Entonces recordò las inflecciones de aquella voz, y hasta el acento vivo y cortado que tanto le habia llamado la atencion, aunque sin despertar como ahora, sus recuerdos.

Serafina, admirada de la actitud severa que habia tomado la jóven, prosiguió su conversacion con M. de Altefaye, que conservaba toda su serenidad, sin dejar de observar con una secreta inquietud la fisonomia impasible de la viuda, El conde de Albys habia vuelto á tomar su primera postura, y parecia meditar al propio tiempo que se acariciaba la barba con el puño de marfil de su baston.

El baron prolongaba su visita con la esperanza sin duda de que su tio se retirase antes que él; pero el buen señor se mantuvo firme con la tenacidad de un amigo familiar de la casa; y el jóven se vió por fin obligado á abandonar el cam-

po el primero. Saludó al conde con un frio respeto, aseguró á la señorita de Clavieres que no seria de los últimos en acudir á la agradable reunion que proporcionaba á todo lo mas florido de París, y se ausentó despues de haber saludado á Felicia, dirijiéndole una mirada de tristeza y de reconvencción.

—Hermana, no te comprendo,—dijo Serafina así que Gaston se alejó:—has recibido con mucha frialdad á ese pobre jóven, y estoy segura de que se ha marchado mas satisfecho de mi acogida que de la tuya.

—Es que su conversacion me ha contristado en extremo,—repuso la viuda con una sinceridad que era, sin conocerlo ella misma, el medio mejor de disimular:—¡ahora viene á contarnos en un dia de baile que era el amigo y confidente de aquella pobre jóven que se ahogó!....

¡Me ha causado una impresion tan profunda, que todavía me dura!....

Al pronunciar estas palabras, se acercó á una ventana como para respirar mas libremente, y distinguió á M. de Altefaye, que subia en un elegante tilbury, parado al pié de la escalera. Esteban, el mismo criado que habia sido despedido por la mañana, de la casa, se colocó orgullosamente á su lado, y el ligero carruage partió al galope de un hermoso alazan tostado.

—¡Ha vuelto á encontrar á su cómplice!—se

dijo Felicia, asustada casi de aquella casualidad, que acababa de iluminarla.

Volviendo á su puesto oyó que M. de Albys le decia á Serafina:

—Soy su tio, es verdad: su madre era hermana carnal; pero hace ya mucho tiempo que he renegado de él. Es una mala cabeza. Si hubiese disipado su patrimonio con nobleza, acaso podría perdonárselo; pero ha hecho mas que locuras: en vez de tomar prestado y portarse como caballero, se dedicó á engañar á los usureros, que concluyeron al fin por encerrarle en la cárcel. Despues de haberse escapado de Santa Pelajia, en donde le habria yo dejado seguramente, fué á ocultarse á no sé que parte, y no se volvió á oír hablar de él. No sé como ahora se ha atrevido á volver á presentarse en la sociedad y á sus acreedores. Sin duda habrá engañado á esos pobres hombres con algun cuento: acaso se habrá jactado de tener entre manos algun casamiento con el cual pueda salir de sus deudas, las que ascenderán á unos cien mil francos.

—Oh, Dios mio!—pensó Felicia:—¡la dote que me ha ofrecido mi abuelita.

—Si encuentra una mujer bastante loca para entregarle su corazon, su mano y su caudal,—prosiguió diciendo M. de Albys, tanto mejor para él:—en cuanto á mí, por no darle, ni la bendicion siquiera.

—¡No teneis entrañas de tío, señor conde!—
esclamó Serafina, à quien la cólera del viejo po-
nia de buen humor.—Vamos, vamos, la hora se
acerca, y no debemos pensar mas que en el
baile.

—Voy á ocuparme de mi traje,— dijo la viuda
saliendo precipitadamente de la pieza.

Subió á su habitacion, dió algunas órdenes á sus
criadas, y dejándolas en la sala, entrò en el ga-
binete y se encerrò en él, dando dos vueltas á la
llave. Allí, sofocada por los sollozos, se dejó caer
de rodillas, apoyando la cabeza sobre el divan,
y lloró con lágrimas de dolor, de pesar y de ver-
güenza el fatal error de que se habia dejado lle-
var su corazon. Un momento habia bastado para
aniquilar para siempre su pasion y sofocar hasta
la última chispa de su amor. El confidente de
mis Diana no era para ella el mismo hombre que
el cazador verde. Ni siquiera se acordó de aquel
ser ideal, creado por su imaginacion, y al cual ha-
bia adornado de un alma noble y de un carácter
caballeresco, y solo experimentó la indignacion de
una mujer ultrajada por las especulaciones y vi-
les intrigas de un seductor interesado.

El sentimiento de su propia dignidad lastimada
le devolió la serenidad y el valor. Levantóse
triste, pero animada de una tranquila resolucion
y tuvo el suficiente imperio sobre sí misma para
ir á escojer entre los trajes que habia en su alco-

ba el que debía ponerse para el baile.

A las ocho de la noche recorría aun la señorita de Clavieres con un peinador sobre los hombros los salones, abiertos ya é iluminados. Entró entonces por un momento en su cuarto para que la vistiesen; y, como de costumbre, se dejó adornar sin hacer alto siquiera en lo que hacian sus criadas. Pusiéronle estas un vestido que acababa de enviar la modista de mas fama, adornaron su cabeza con una corona de flores naturales, y añadaron á su huesudo brazo una sarta de perlas, con la que la sultana favorita del príncipe de los creyentes habria hecho su mas hermoso collar.

—Qué traje tan encantador!—esclamó Dorotea, —¡qué linda estais esta noche!

Serafina dirigió á la adúladora sirvienta una mirada tristemente irritada, y en seguida, sin levantar los ojos al espejo, delante del cual la habian vestido, bajó al salon.

Felicia entraba al mismo tiempo. La hermosa viuda vestia el rico traje de dama noble veneciana; una cofia bórdada de tisú de oro ocultaba á medias su cabellera, recogida sobre la frente y salpicada de perlas y piedras preciosas; sus hombros estaban cubiertos de un magnífico cuello de punto de Venecia, y su vestido, de un lijero brocado, daba á su persona una majestad y una gracia inesplicables. Pero la joven estaba descolorida, y humedecidos sus ojos por las lágrimas que

habia derramado.

—¿Aun no te llama la atencion el baile?—le preguntó Serafina; mirándola fijamente.—No tardarás en aficionarte á él.

—Me parece que no, hermana,—respondió Felicia con un suspiro y recorriendo con la vista los salones y el jardin, espléndidamente iluminados:—esto es hermoso, es deslumbrador; pero te confieso que preferiria mejor una de aquellas noches tranquilas que pasábamos el año último con nuestro amigo. Nos hace mucha falta M. de Ramsay.

Este nombre hizo estremecer á la señorita de Clavieres, y recordando la cruel felicidad de que habia gozado, sintió que por un dia, por una hora, por un instante de aquella ilusion daria con gusto toda su opulencia, todo su lujo, todos los vanos placeres que la ayudaban á soportar su miserable vida.

Principiaban á entrar los coches en el patio, y M. de Albys y el conde Luciano de Froidesaigues llegaron de los primeros: el antiguo cortesano habia seguido esactamente las tradiciones del traje hereditario, y llevaba, como su bisabuelo, una casaca bordada, calzon encarnado y corbata de encaje. El conde Luciano se presentó con ropilla de terciopelo negro cortado, valona bordada y capa corta; la cadena citada por Doreta como una alhaja de familia, brillaba en su cuello cual el ce-

llar de una órden.

Despues de haber saludado á la señorita de Clavieres, se acercó Luciano de Froidesaigues á Felicia, que estaba de pie en el hueco de una ventana y con los ojos vueltos hácia el jardin. Ya la orquesta tocaba algunos preludios, y los alegres sonidos de los instrumentos se mezclaban á la algazara de las máscaras, que acudian de todos lados.

—¿Podré lisonjearme de tener el honor de bailar con vos el primer rigodon, señora?—preguntó el conde Luciano, ofreciendo la mano á la viuda.

Echóse á temblar la jóven, como si esta invitacion no fuese la cosa mas sencilla del mundo, y no respondió mas que con una inclinacion de cabeza, equivalente á una señal de agradecimiento y de aceptacion. Ya las tandas se iban formando, y dejando su mano en la de M. de Froidesaigues, le siguió á través de los salones; pero en el momento en que ocupaban su puesto, se acercó á la dama veneciana un cazador tirolés, y le dijo casi al oido:

—Me parece, señora, que esta tarde os habeis comprometido á bailar conmigo el primer rigodon.

—Creo que estais equivocado, caballero,—repuso ella con frialdad:—invitásteis á la aldeana provenzal, y hablais ahora á la dama veneciana.

Diciendo estas palabras, dirigió al conde de Luciano hácia otra tanda que se estaba formando en el jardin, y dejó á M. de Altefaye atónito é irritado en el salon.

Era evidente que M. de Froidesaigues no habia querido reconocer á Gaston, y que este encuentro le habia causado una penosa impresion. Por dos ó tres veces se volvió hácia él para observarle, y le preguntó al fin á Felicia:

—¿Tiene el baron de Altefaye el honor de conoceros, señora?

—Hoy ha venido aquí por la primera vez,—respondió la jóven, eludiendo el contestar categóricamente á aquella pregunta, que le atravesó como un dardo el corazon.

El conde pareció oír estas palabras con una secreta satisfaccion, y sin ocuparse mas de M. de Altefaye, añadió, mirando en torno suyo con aire de admiraciou.

—Hallo aquí recuerdos de todos los paises que he visitado: allí los naranjos de Valencia y las palmeras de Ejipto; aquí los cactus que crecen en los barrancos de las islas Baleares y allá, por entre las ventanas que dan al terrado, distingo una sala semejante á las de la Alhambra: cualquiera podria figurarse que estaba á la entrada del palacio árabe, bailando bajo los limoneros de la ciudad de Granada.

—Habeis viajado mucho, caballero,—dijo en—
Dos Cuñadas. II

tonces Felicia, —lo que es haber invertido el tiempo bien y agradablemente.

Terminóse el rigodon, y M. de Froidesaigues condujo á la jóven al salon.

—Os ruego, caballero, —le dijo esta, inquieta y temerosa de apartarse de él, que me dejéis al lado de M. de Albys:—estoy bastante fatigada y quisiera descansar un rato.

El buen anciano estaba sentado en el hueco de una ventana, gozando así simultáneamente del golpe de vista que ofrecian los salones y el jardin.

—Ya os sentais, señora?—le preguntó á Felicia apartándose un poco para hacerle sitio:—en mi tiempo las jóvenes que danzaban la Trenitz habrian pasado tres dias con sus tres noches en el baile sin pensar siquiera en sentarse.

—El mundo va dejenerando,—repuso la viuda, recostándose negligentemente sobre la ventana.

M. de Altefaye se acercó entonces á esta, y tomando asiento osadamente detrás de madama de Clavieres, le dijo á media voz:

—Ahora me toca á mí, señora. Necesito una esplicacion, y podemos hablar con libertad pues mi tio no nos oirá.

VIII.

Al maestro, cuchillada.

Estaba el conde de Albys sentado delante de la ventana de modo que separaba á la hermosa veneciana y al cazador tirolés de las otras máscaras: miró el viejo al último con aire ceñudo, y pronunciando entredientes las palabras de «osado calavera» volvió la cabeza con afectacion, como para dar á entender á Mr. de Altefaye que su presencia no le era de modo alguno agradable. Madama de Clavieres se estremeció al ver que el atrevido caballero tomaba asiento á su lado y esijia una esplicacion; pero sostenida por la necesidad de declarar el cambio que se habia efectuado tan súbitamente en sus sentimientos y resoluciones, aguardó con firmeza á que Gaston empezase la conversacion.

Contemplóla este por un instante, admirado quizá de la expresion de su fisonomía, y despues le dijo en tono respetuoso, pero en el que se traslucia cierta amargura:

—Me habeis arrebatado la felicidad en que me habíais permitido consentir. Ah, señora! ¡cuán poco ha bastado para cambiar vuestro corazon!...

Felicia no respondió á aquella especie de recon-

vencion sinó con una señal, con un movimiento de cabeza, que espresaba mejor que las palabras su secreta indignacion.

—Ay! ¡veo que me sacrificais á injustas prevenciones!—añadió M. de Altefaye; mas si os dignais oirme, no me será difícil justificar mi conducta.

—Caballero,—repuso la viuda en tono cortado,—es supérfluo explicar ciertas situaciones, y no os pido aclaracion ninguna sobre la casualidad que me ha hecho reconoer en M. de Altefaye al sobrino del señor conde de Albys.

—Ah! veo en esas palabras la influencia de mi tio,—dijo Gaston con ironía:—¡que bondad la suya! Estoy agradecido seguramente á un proceder semejante: os habrá debido hablar muy desfavorablemente de mí, con el objeto sin duda de hacerme un servicio.

Despues añadió con acento menos duro:

—Soy perdido si me juzgais por lo que de mí pueda decir un viejo que no se acuerda de sus propios errores y á quien personas interesadas en desacreditarme para con él están irritando sin cesar contra mí. Pero, señora, ¿qué falta he cometido contra vos? ¿qué he hecho que pueda merecer vuestra indignacion y vuestra cólera? ¿qué puede echárseme en cara? ¿Locuras propias de los pocos años? Estas, yo mismo os las hubiera confesado. ¿Mi tio os ha hablado de mis disipaciones,

de mis deudas, de mis contiendas, de mis desafíos?... Estoy pronto á deponer noblemente ante vos estos defectos.... ¿Qué mujer hay que no perdone semejantes deslices?.... Me arrepiento, pero no me avergüenzo de ellos: y si es preciso decirlo, mejor quiero haber llevado esa vida de hijo pródigo, que me ha hecho perder el cariño de mi tío, que no haber conservado, como otros, su favor, por medio de hipócritas manifestaciones de virtud.

Al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada hácia el conde Luciano, que atravesaba en aquel momento el salon, y añadió en tono sarcónico.

—Ciertamente no poseo la rara habilidad de mi primo; pero al menos no tengo motivos para echarme en cara el haber causado tal vez la muerte de una jóven que me amase...

Al oír esto, madama de Clavieres, cuya fisonomía no habia manifestado hasta entonces mas que una penosa atencion, volvió la cabeza con un movimiento de horror tan verdadero, que M. de Altefaye se quedó por un momento cortado, prosiguiendo despues con vehemencia:

—¿Pero qué acusaciones se dirijen contra mí? Que se presenten á cara descubierta los que se atreven á marchar mi reputacion en las tinieblas, y verán si puede calumniarse impunemente á un hombre como yo en presencia de la mujer á quien

ama. Nombradlos, señora; dadme los medios de defenderme y de vengarme....

En vez de responder, fulminó la jóven viuda sobre M. de Altefaye una mirada tan significativa de desprecio, que se estremeció él, y bajó la vista desanimado: llegó á comprender que no conseguiria persuadir á Felicia y que toda su habilidad se estrellaba contra algun obstáculo desconocido; por lo cual, abandonando el papel de suplente, tomó la ofensiva, y dijo con acento de fria indignacion:

— Hay cálculos que yo no sospechaba seguramente ecsistiesen en el corazon de las mujeres, y en el vuestro mucho menos, señora... Era una inocencia de parte mia, lo confieso. Si; suponía que consentiríais en participar la suerte de un hombre que no pæde ofreceros mas que un corazon puro y amante y un nombre sin mancilla. Hoy, mi tio, que conoce muy bien la situacion de mis intereses, se ha tomado el cuidado de manifestaros que me hallo poco menos que arruinado, y habeis retrocedido al punto: esto acredita por lo menos suma prudencia de parte vuestra, y os felicito señora, de todo corazon por esa fortaleza de alma, que sacrifica sin vacilar el amor al interés.

Al oir una ofensa tan directa, levantó madama de Clavieres la cabeza con altivez, y con la energía que en aquel momento le daba su indignacion,

repuso con tono firme y seco.

—Yo habria podido asociarme á la suerte de un hombre que solo hubiese tenido que reconvenirse de imprudentes disipaciones de una loca juventud; pero hay faltas que desacreditan para siempre al que las ha cometido ó premeditado. Vos mismo, caballero, que me hablais de cálculos interesados, ¿habeis olvidado los que hacíais respecto á una rica heredera? ¿habeis olvidado aquella noche funesta en que esperásteis oculto en la casa de vuestro tío á una desgraciada jóven, que arrastrada despues á la vuestra, debia salir de ella deshonrada públicamente ó reducida á concederos su mano? La jóven escapó, sin saberlo, de esa cruel alternativa: una muerte voluntaria la salvó; pero fué vuestra mano la que la impulsó á ese estremo recurso... Vos fuísteis el que la asesinó.... vos fuísteis el que, vendiendo un triste secreto, deshicísteis el matrimonio del conde Luciano con lady Diana Névil.

A medida que Felicia hablaba, iba M. de Alfayé perdiendo el color; pero no dió ninguna muestra de sorpresa, de confusion ni de furor, y si la rabia era la que le hacia demudar el semblante, tuvo al menos bastante serenidad para concentrarla en lo interior de su pecho. Cuando Felicia cesó de hablar, pareció reflexionar por un minuto, y añadió despues con frialdad:

—Ah!... ¿sabeis eso?...

La jóven calló, volviendo á otro lado los ojos, pues le parecia que para lo sucesivo todo habia concluido entre ella y aquel hombre. M. de Alfayé se apoyó contra la ventana, y se puso á mirar hácia el salon, con el aire de un espectador indiferente. Madama de Clavieres se asustó mucho mas de su actitud impasible que si se hubiese irritado, pues se figuró que meditaba alguna acción infame, quizá algun crimen; y trémula y espantada casi, se arrepentia ya del valor con que habia arrostrado el resentimiento de aquella alma baja y cruel. En medio de su angustia, seguia maquinalmente con la vista el movimiento de los que bailaban, y marcaba con el dedo el compás de la música sobre el brazo del sillón en que se hallaba sentado M. de Albys. El baile estaba animado, la brillante concurrencia ondulaba por los vastos salones, y mezclaba su alegre algazara á las melodías de la orquesta.

El aire, embalsamado de suaves aromas, principiaba á animar con sus ardientes efluvios el cutis de las blancas bailadoras, y por en medio de aquellas olas bulliciosas pasaba continuamente de un lado á otro el horrible semblante de Serafina, semejante á la figura que en los juegos escénicos de la edad media aparecia en todas las fiestas y representaba á la muerte mezclada en medio del ruidoso bullicio de los vivos.

Después de un largo silencio se volvió M. de

Altefaye hácia Felicia, y le dijo en tono mas tranquilo:

—Una palabra, señora, antes de que dejeis este sitio, al que probablemente no volveréis en toda la noche. ¿Quereis que hagamos un pacto?

Y como el silencio de madama de Clavieres no indicára aprobacion ni desaprobacion, añadió:

—Lo que os propongo es la paz, ó por lo menos la suspension de hostilidades: tenemos armas iguales, y no nos batiríamos sin causarnos mortales heridas... Cesemos, pues, de hacernos la guerra.

—No tengo condiciones que imponeros, caballero,—respondió la jóven con voz alterada;—pero me parece que en adelante no se presentará ocasion de renovar lo que llamais la guerra.

—Sí; en nuestras respectivas líneas,—replicó Gaston,—pues os prevengo que todos los dias nos encontraremos en un terreno neutral, en el salon de la señorita de Clavieres: firmemos, pues, una tregua, y guardémosla fielmente, puesto que cada cual tenemos nuestros rehenes.....

—Nuestros rehenes!—repitió Felicia.

—Sin duda alguna: vos sabeis uno de mis secretos, y acaso muchos, aun cuando no concibo como han llegado á vuestra noticia; yo, por mi parte, poseo un precioso recuerdo de vuestros sentimientos. ¿No seria de desear que guardásemos mutuamente para nosotros solos estas prendas de

una amistosa correspondencia?

—Mi billete!—barbotó Felicia, aterrada.

—Vuestros dos billetes,—dijo con frialdad el jóven.—Yo que vos, no tendria la menor inquietud, porque en vuestra mano está que la cartera en donde los tengo encerrados permanezca muda y silenciosa como la tumba. ¿Firmamos la tregua?

—Caballero,—respondió Felicia con dignidad,—una palabra debe bastaros: ni en público ni en particular, sea que os elojien, sea que os critiquen, pronunciaré jamás vuestro nombre.

—Eso me basta,—dijo M. de Altefaye.

Un momento despues se levantó y fué á mezclarse en un grupo que rodeaba á la señorita de Clavieres.

Así que se alejó, el conde de Albys, que no habia vuelto la cabeza durante aquel diálogo, sacudió su peluca empolvada y dijo á la jóven:

—A la verdad, señora, no he cometido la indiscreccion de escuchar; pero se me ha figurado que ese calavera os estaba haciendo la corte.

Acercóse entonces el conde Luciano, el cual habia observado de léjos la escena que pasaba detrás del sillón de su tío, y á pesar de la actitud tranquila de los dos interlocutores, creyó notar una sorda animacion en aquel diálogo. Al ver á la jóven descolorida y sobresaltada, le dijo con cierta inquietud:

—Me parece que el calor y el ruido os fatigan: ¿quereis pasear un poco, señora?

—Con mucho gusto,—respondió ella, sin saber á punto fijo lo que decia:—no me siento buena.

Y apoyando su mano trémula en el brazo de M. de Froidesaigues, se dejó conducir al jardin. Todavía no habia acudido allí mucha jente, y solo estaba bailando debajo de los naranjos una tanda, á la entrada de un salon formado de verde ramaje, en donde debia servirse á medía noche un espléndido festin. El conde Luciano llevó dulcemente á la señora de Clavieres hácia un banco de césped rodeado de caprichosos arbustos, y le preguntó, haciéndola sentar con las mayores muestras de interés:

—El aire libre os alivia, ¿no es verdad?

—Sí; aqui me siento mejor,—respondió la jóven, respirando fuertemente, como para recobrar el vigor y la vida que parecian próximos á desaparecer.

M. de Freidesaigues la estuvo contemplando con cierta ansiedad, y dudó por un momento en preguntarle; pero impulsado al fin por un interés mas vivo que el de una mera curiosidad, le dijo:

—El baron de Atefaye os ha molestado en extremo con su conversacion, ¿no es cierto?

—Así es,—contestó Felicia, haciendo un esfuerzo para sonreirse:—he oido una historia lú-

gubre, que me ha causado profunda sensacion.

Por segunda vez usaba hábilmente del disimulo, sin faltár por eso á la verdad. El conde adivinó fácilmente que Gaston de Altefaye le habia hablado de miss Diana, y contestando á su pensamiento mas bien que á sus palabras, añadió con una dolorosa tristeza:

— ¡Es posible que mi primo se haya atrevido á recordar tan funesto suceso!

Un largo silencio siguió á aquella especie de explicacion, durante el cual se fué reponiendo poco á poco madama de Clavieres de su turbacion. Todo cuanto habia pasado en Flambiers, su encuentro con el cazador verde, la imprudente credulidad con que su corazon le habia escuchado, y la cita dada junto al bosquecillo de laureles, se presentaba á su imaginacion como un sueño funesto, del cual acababa de despertar; pero muy luego una nueva impresion dominó sus amargos recuerdos, y la jóven sintió renacer lo pasado y reanimarse en lo íntimo de su corazon sus primeras emociones, como en aquellas flores marchitas, cuyo brillo, ajado por los ardientes calores del dia, se reanima por la influencia pura de la brisa de la tarde. Levantó la cabeza, y aspiró los perfumes que eshalaba la magnolia bajo la cual se hallaba sentada: el hermoso arbusto inclinaba hácia ella sus ramas, cargadas de flores de color blanco mate. Cojió una de ellas, que parecia ocultar en su

seno todos los aromas de la Flora americana, y dijo, poniéndosela en el pecho:

—¡Cuánto me agrada esta linda flor!.....

En seguida tomó el brazo del conde Luciano, y entró con él en el salon de baile.

Esta vasta pieza, en donde se ajitaban cien parejas, comunicaba con el salon de verano por una especie de pórticó, á través de cuyas columnas se divisaba la fuente de alabastro y el elegante adorno del palacio árabe. En aquel momento habia Serafina subido los escalones del estrado y sentándose en el diyan esmaltado de estrellas de oro, que dominaba como un trono toda la estension de los salones. Paseando en torno suyo una mirada sombría y animada, se asemejaba á una de las horribles hechiceras que reinan sobre el loco enjambre de los espíritus malignos.

M. de Altefaye la habia ido siguiendo, y sentado al lado suyo, jugaba con el abanico que servia de cetro á aquella triste soberana, á la que parecia prodigar los mas rendidos homenajes. Un mismo pensamiento asaltó á Felicia, al conde Luciano y á M. de Albys, que estaban parados bajo el pórtico del salon de verano.

—Dios mio!—se dijo á sí misma la jóven,—¿tratará acaso de casarse con Serafina?

Luciano miró á su tio, el cual, habiéndole comprendido, le dijo al oido:

—¡Capaz es de semejante bajeza!

Sin embargo, la señorita de Clavieres, admirada en un principio de las atenciones de aquel solícito caballero, principiaba á columbrar su intencion. Jamás le habia sucedido una cosa semejante, y debemos decir en elogio suyo que concibió por ello una secreta indignacion. Su mirada, penetrante y sagaz, sondeó aquella alma vil, y su primer movimiento fué el de un desdeñoso desprecio: despues le pareció mejor divertirse á costa de M. de Altefaye dejando que le hiciese la corte, y burlarse de sus designios y esperanzas. Sintióse con vena de hacerse la coqueta, y creyó muy oportuno dar una leccion á aquel amante interesado. A pesar de su sagacidad, no conoció Gaston el lazo que le tendian, y predominando su fatuidad sobre su desconfianza, empezó á desempeñar de lleno su papel.

—Ah, señorita!—dijo, recorriendo los salones con la vista,—mi corazon conservará por largo tiempo el recuerdo de esta fiesta. Puedo asegurar que no me he hallado en otra tan elegante y tan magnífica. La imaginacion de una mujer como vos puede únicamente crear y ordenar semejantes maravillas: estas son la inspiracion y el jenio de un arte encantador, y en el dia bastante raro, el arte de vivir con esplendidez.

—Es un don natural,—repuso con indiferencia Serafina.—Me gusta el lujo, y soy rica: ahí tenéis la inspiracion, el jenio... Muchas personas

hay que no están dotadas de ese jenio; pero es preciso convenir tambien en que no es por culpa suya. Vamos, —añadió, levantándose y dirijiendo una ojeada hácia el jardin:— esta noche celebraremos el festin á la luz de las antorchas, bajo un cenador de naranjos, mirtos y laureles, pues he tenido el capricho de haer creer á los convidados que se hayar trasportados á los jardines de la Grecia ó de Italia.

M. de Alfayre se habia levantado tambien, esperando que la señorita de Clavieres designase entre la multitud á la persona que la habia de conducir al salon campestre del festin, y como mirase aquella al rededor suyo con aire indeciso, le dijo en voz baja:

—Entre tantos caballeros, ¿quién será el dichoso que tenga el honor de dar la mano á la reina de la fiesta?

Volvióse hácia él Serafina, y le contestó con una sonrisa:

—Vos.

IX.

Las consecuencias de un baile de máscaras.

El baile dado en la casa de la señorita de Clavieres fué por ocho dias el objeto de las conver-

saciones en la sociedad; pero no era el esquisito gusto de los adornos, ni la suntuosidad del conjunto, ni la magnificencia sorprendente de aquella fiesta lo que mas ocupaba los ánimos: no se acordaba ya nadie apenas del opíparo banquete, ni de los caprichosos trajes, ni de la elegancia de las damas, ni de la sin par belleza de la dama veneciana, ni de la noble apostura del caballero veneciano, ni de la peluca hereditaria del viejo conde de Albys; lo que mas llamaba la atencion era el carácter de las atenciones que Gaston de Altefaye tuvo con Serafina, y la complacencia con que esta habia recibido sus obsequios durante y despues de aquel suntuoso festin, en que estuvo sentado al lado suyo.

La sorpresa, por no decir el escándalo, llegó á su colmo cuando dos dias despues los vieron en un mismo palco en la ópera.

Pasada una semana, encontrando un calavera al baron de Altefaye, le dijo, apretándole la mano:

—Gaston, ya sabes que soy amigo tuyo, y á fé mia que vas á ser causa de que tenga uno de estos dias un disgusto, porque se atreven á decir delante de mí cosas ridículas respecto de tu persona.

—Que me caso, ¿no es verdad?

—Ni mas ni ménos; pero eso al fin no te deshonraria, sinó añadiesen que te casas con la señorita de Clavieres.

—Bah! deja que digan cuanto quieran. Verdad es que le hago la corte; pero es solo para alucinar á mis acreedores.

Una noche, en que las dos cuñadas habian estado en la ópera no quiso Felicia acostarse al retirarse, sinó que despues de haberse hecho desnudar, despidió á la muda y se quedó velando por largo tiempo, ocupada en leer. Como eran los dias de canícula, aun enaquella hora avanzada un pesado calor reinaba en la atmósfera, y el dormitorio estaba impregnado de los perfumes dulces y fuertes de las flores con que se habia adornado la jóven. Eran muy cerca de las dos de la madrugada. La viuda entreabriò el balcon y asomó la cabeza para respirar las frescas emanaciones que despedia el jardin, y vió que habia luz en el cuarto de Serafina, distinguiendo un momento despues como una sombra que se agitaba con violencia detrás de las cortinas corridas. Entonces recordó lo que su cuñada le habia dicho acerca de los horribles insomnios que la tenian desvelada hasta el amanecer y de los tormentos que pasaba. Evidentemente Serafina se hallaba en aquel momento en uno de los tales parasismos.

La jóven tomó una bujía, abrió las puertas, y atravesando sin ruido la galería que separaba su cuarto del de la señorita de Clavieres, penetró hasta el salon que precedia al dormitorio de es-

ta; pero allí se detuvo atemorizada, pues se oían sollozos y gritos ahogados detrás de la cortina de terciopelo que separaba las dos habitaciones.

Felicia colocó la bujía en lo último del aposento, y acercándose con paso tímido, miró por la abertura que formaban los dos paños entreabiertos. Al ver lo que pasaba en el interior de aquella alcoba, semejante á la de una reina, la viuda se quedó inmóvil de terror y de espanto. La señorita de Clavieres estaba sola: sin duda acababa de abandonar aquel lecho cubierto de encajes y seda, que le debía parecer una cama tan dura como la del mas austero trapense. Su peinador desatado, flotaba sobre sus brazos largos y enjutos; habíase quitado la papalina, y su áspera cabellera caía á manera de crines sobre los músculos salientes de su cuello. Cuando Felicia, oculta detrás de las cortinas, se atrevió á observarla, se paseaba apresuradamente por la pieza, profiriendo palabras sin sentido y derramando lágrimas de desesperacion ó de furor. El alma mas impasible y el corazon mas empedernido no habrían podido oír sin enterneerse los jemidos y las quejas lastimeras que despedían aquellos labios lívidos. La desgraciada jóven anduvo largo tiempo por el aposento, golpeando con sus manos secas los muebles y profiriendo sordas imprecaciones; despues, apaciguándose repenti-

namente, bajó la cabeza y dejó caer sus brazos inertes á lo largo del cuerpo. De pie, inmóvil y con la mirada fija, parecia absorta en un dolor que no tenia fuerzas para manifestar. En medio de aquella sombría agitacion, levantó maquinalmente los ojos, y se vió retratada en un espejo colocado delante de ella. Sus facciones se contrajeron, y adelantándose amenazadora hácia su imájen, exclamó con acento inesplicable de rabia y de furor:

—Cuánto te aborrezco.

Su brazo levantado amenazaba romper el cristal; pero se detuvo repentinamente y se dejó caer en un sillón. Una tos seca y convulsiva parecia desgarrarle el pecho, y llevándose con un movimiento rápido el pañuelo á la boca, lo retiró al punto manchado de una sangre espumosa.

—Oh!—barbotó con voz ronca, contemplando el lienzo sembrado de rojas manchas,—¿estaré próxima á morir?

Felicia, trémula y consternada, no se atrevió á presentarse entonces: retiróse sin hacer ruido; pero en vez de ir á su cuarto, subió al de Doro-lea.

—Dios mio! ¿qué sucede?—exclamó el ama de gobierno, despertándose sobresaltada.—¿Qué turbada estais, señora!... ¿Se ha prendido fuego á la casa?

—Levantáos,—dijo la joven:—temo que mi

hermana se encuentre mala... Hace poco que me ha parecido oír jemidos, y el ruido venia de su cuarto.

—Bah! eso es que tiene alguna pesadilla!—repuso levantándose la sirvienta.

—Temo que la hemos de hallar peor de lo que pensais,—replicó Felicia con lágrimas en los ojos:—ya he notado en ella síntomas funestos.....

—Y yo tambien,—añadió con frialdad Dorotea;—pero todavia puede durar mucho tiempo, segun afirman los médicos.

—¿Los ha consultado mi hermana?—preguntó la jóven, sorprendida.

—No, señora; mas con la idea de tranquilizarme me ocurriò á mí el hacerlo. La señorita no tiene mas que veinticinco años, y segun todas las apariencias, vivirá tanto tiempo como mi pobre amo; pero á no dudarlo morirá de la misma enfermedad.

—Pobre Serafina!—esclamó suspirandola viuda.

—Pero vamos á ver de todos modos como se encuentra,—continuó diciendo el ama de llaves;—y á fin de que no se sorprenda de mi presencia, afirmaré que he creido oír la campanilla. podeis retiraros sin cuidado, que ya estoy lista.

—No me atrevo á acompañaros al cuarto de mi hermana; pero os ruego, buena Dorotea, que así que la dejéis, vayais á decirme como se halla.

—No tendréis que esperar mucho tiempo,—

respondió la criada, dirigiéndose al cuarto de su ama.

Retiróse Madama de Clayieres al suyo, y no haria dos minutos que habia llegado á él, cuando oyó sonar con fuerza la campanilla de la habitación de su cuñada.

Atravesó corriendo la galeria y los salones, y se detuvo con un grito de espanto en el umbral de la puerta del dormitorio. Serafina estaba recostada en los brazos del ama de gobierno, su cabeza, inerte, caia hácia atrás; sus facciones estaban lívidas, y sus párpados, medio abiertos, dejaban ver apenas sus pupilas apagadas.

—Ha muerto! ¡ha muerto!—esclamó Dorotea con acento de desesperacion, tan profundo y verdadero, que penetró el corazon de Felicia.—La noble jóven no se llegó á figurar que aquel dolor tuviese secretos motivos, y ayudando á la sirvienta á transportar á la cama el cuerpo inanimado de la señorita de Clayieres, le dijo:

—No os desesperéis, buena Dorotea, que no se muere así tan repentinamente... esto no es mas que un desmayo.

—Señor! ¡Dios mio! ¡es posible que me suceda dos veces una misma desgracia!—barbotó el ama de gobierno, sin prestar atencion á aquellos consuelos:—¡los médicos me han engañado!... ¡me han robado el dinero de la consulta!....,

En un momento todos los criados de la casa se

pusieron en pie. Corrióse á buscar un facultativo, Feñicia, arrodillada junto al lecho, sostenia la cabeza de su cuñada y rociaba con agua fresca su pálido semblante, mientras que Dorotea le hacia respirar sales. Estos cuidados fueron en un principio inútiles, pues aquel prolongado desmayo se asemejaba á la muerte; pero al fin Serafina arrojó un débil suspiro, movió los labios y cerró los párpados.

—Ha hecho un movimiento! ¡vive! ¡se ha salvado!—esclamó la viuda.

—Sí; por ahora al menos,—murmurò el ama de gobierno.—Pero vamos á lo mas urgente.

Hizo seña á una de las criadas para que ocupase su puesto á la cabecera de la cama, y llevándose á la jóven viuda al otro extremo de la habitacion, le dijo en voz baja y con tono resuelto:

—¿Queréis escucharme un momento, señora? Se trata de vuestros intereses como de los míos.

—De qué?—preguntó la jóven, que empezaba á comprenderla.

—Voy á decíroslo en dos palabras,—contestó Dorotea con acento cortado...—Es claro que la señorita está muy mala... esto es un rayo..... Su señor padre murió del mismo modo... bien es verdad que tenia mas edad... la juventud de la señorita era lo que mas tranquilizaba... pero veo que sigue los mismos pasos..... y quizá dentro de algunas horas esté muerta... Pues bien, estais

arruinada si no os aprovechais del momento en que vuelva en sí para inducir la á que haga sus últimas disposiciones. No me creéis... ¿Os tranquiliza el que seais su única y legítima heredera?... Así sería si no hubiese de por medio un testamento en que no se hace mencion siquiera de vos, ni de mí tampoco.

—Y cómo sabeis eso?

—Un dia, hace ya mucho tiempo, me lo declaró ella misma. Entonces estaba buena, y así no me inquieté, pues todo se puede conseguir cuando se tiene tiempo..... pero ahora tal vez no nos queden ni siquiera veinte y cuatro horas....

—Yo lo veréis!—respondió con frialdad madama de Clavieres.

—La señora se muere! ¡La señora ha muerto!

Verdad es que esta escena era mas ó menos lúgubre, segun la distancia de la alcoba á que se hallaba el espectador: en la sala todos estaban aflijidos; en la antesala, tristes; al pie de la escalera se hablaba con naturalidad, y en el patio se oian risotadas.

La señorita de Clavieres continuó el resto de la noche completamente privada del uso de sus potencias. Sus labios lívidos se bañaban á cada instante con oleadas de sangre. Vagando su alma en los límites que separan la vida y la muerte en la organizacion humana, estaba como pendiente del débil soplo que todavía ecshalaba su pecho.

La viuda, inclinada sobre la enferma, observaba con ansiedad aquel rostro, que parecia estar tocado por el trémulo y helado dedo de la muerte. Al otro lado del lecho esperaba el médico, atento é impassible, el efecto de sus recetas.

Por último, Serafina suspiró, abrió los párpados y miró á su alrededor con ojos torvos y asombrados. Al ver al facultativo de pie á un lado de la cama, y al otro á Felicia, pálida y consternada, dijo con voz casi intelijible:

—Qué! ¿tan mala estoy?

—No, hermana,—respondió madama de Clavieres, no,—gracias al cielo; pero has sufrido una crisis, y debes sentirte muy débil.

—No tengo dolores,—murmuró Serafina, haciendo por levantarse;—mas volvió á caer sin fuerzas sobre la almohada.

El médico tomó entonces la mano inerte y fria que estaba tendida sobre la colcha guarnecida de encajes, y acercó el oido á la enferma para escuchar la especie de estertor que hinchaba su pecho. Hubo un cuarto de hora de lúgubre silencio, al cabo del cual colocó el médico la mano de la señorita de Clavieres sobre la cama, y se alejó para recetar. La jóven viuda le siguió al gabinete contiguo á la alcoba.

—Qué hay, señor doctor?—le preguntó, hecha un mar de lágrimas.

—No queda esperanza de salvarla,—contestò

el médico:—está atacada de una enfermedad orgánica del corazón, que se ha complicado súbitamente con una aguda afección de pecho. La ciencia no tiene secretos para combatir semejantes causas de destrucción; todo lo que le es dado hacer es oponerse á sus progresos... La enferma puede vivir aun algunos días.

Poseída la jóven de horror y de compasión al oír esta terrible sentencia, sintió que desmayaba su valor; el pensamiento de que iba á asistir sola á aquella larga agonía, aterraba su alma. En tan cruel situación se acordó del amigo que le había dado ya tantas pruebas de afecto, y tomando la pluma escribió á M. de Ramsay lo siguiente:

«Mi buen doctor: Serafina está muy mala... Venid... Ay! acaso podrán salvarla vuestros cuidados... solo espero en vuestra ciencia... que ya ha hecho milagros... sois mi mejor amigo, y os aguardo animada con el último rayo de esperanza.

Luego que mandó echar al correo esta carta, se tranquilizó algo, pues era posible que Mr. de Ramsay llegase en el término de ocho días. Regresó junto á la enferma, que no había notado su ausencia, y cuyos vidriosos ojos empezaban á animarse con la influencia de un delirio interior.

—Ya vuelve,—dijo Dorotea al oído á Felicia.

—Mirad: ya no tiene tan mal color... Si recobra-

se el conocimiento, seria malo hablarle de sus asuntos...

—Basta, señora,—repuso interrumpiéndola y severamente madama de Clavieres:—suceda lo que suceda, no permitiré que se atormente á mi hermana en sus últimos momentos con sujesiones interesadas.

—¡Pero, señora, estais desheredada!—esclamó el ama de llaves, irritada hasta la ecsasperacion y perdiendo completamente los estribos.—Parece que os comp'aceis en consumir vuestra ruina una vez tras otra. ¡Mirad que se trata de doscientas mil libras de renta! Y si perdeis este caudal, Dios sabe quién será el heredero universal de la señorita... Yo por mí, os declaro que lo ignoro... pero lo cierto es que no lo somos ni vos, ni yo... En ese maldito testamento, escrito por la misma señorita, se designa á una sola persona; ella me lo ha afirmado... Digo la verdad... Ya veis el caso en que nos hallamos... Conque, ¿me dejais que lo gobierne?

—No!—contestó Felicia, volviendo a la cabecera de la enferma.

—Ya verémos!—barbotó Dorotea, rechinando los dientes y apartándose á un lado, para observar si tenia Serafina algun intérvalo lúcido.

Hácia el medio dia salió la enferma de la especie de somnolencia en que estaba sumerjida: sus ojos chispeaban, y de cuando en cuando se

coloraban sus mejillas con fugitivos matices, como bocanadas de una llama interior que la devoraba.

Se incorporó, ajitó las manos cual para asir á una vision que pasase ante sus ojos, y murmuró con voz ronca y entrecortada:

—M. de Ramsay!... ¿Conque le han dicho que yo queria verle?..... Pues qué ha vuelto con Felicia?..... Yo no lo sabia.... me lo habian ocultado.

—Empieza á delirar,—dijo para sí el ama de gobierno.—¡Dios del cielo! ¿quién sabe lo que vá á charlar ahora?

—Hermana,—dijo dulcemente Felicia, acercándose á la enferma,—¿quieres volver á ver á nuestro amigo? Yo me he anticipado á tu deseo, y he escrito á M. de Ramsay: no tardará en llegar.

Serafina no la comprendió, ni paró la atencion mas que en el nombre de M. de Ramsay.

—¡Mucho tiempo hace que nó le he visto!... —repuso con dolorosa voz...—Nunca me escribete!... ¡Ni siquiera se acuerda de que ecsisto!... Sin embargo, debe haber hablado de mí en Flam-bieres.

--M. de Ramsay es su idea fija en este momento,—se dijo la viuda con tristeza.—Qué desordenado está su espíritu! Mientras conservó la razon, no habló nunca de nuestro amigo, ni pensó en él.

Cambió de repente de objeto el delirio de la enferma: las alucinaciones de la fiebre presenta-

ron á sus ojos repugnantes visiones, y exclamó con horrorosa vehemencia:

—Oh! ¡oh! ¡monstruo en traje de baile! ¿Por qué no han ahogado en la cuna á todas esas mujeres?... Su rostro es un objeto de terror y de irrisión... al verlas se vuelve la cara... dá miedo... Já! ¡já! ¡todas las calaveras se parecen!

Representándola despues su imajinacion los bailes por entre cuyas alegres parejas discurría en otro tiempo, añadió:

--Hay mujeres bellas... inspiran admiracion, amor... su presencia deleita todas las miradas... ¡Cómo las aborrezco!

--Ha perdido enteramente la cabeza, --barbotò Dorotea, pues dice en voz alta lo que piensa.

La enferma volviò entonces hácia ella sus turbios y apagados ojos.

—Hermana, quiero que nos quedemos solas.

Estas palabras comunicaron una sensacion eléctrica á todos los circunstantes: ninguno dejó de conocer que era llegada la hora de las últimas disposiciones; y Dorotea, segura de la munificencia de su ama, dijo para sí, haciendo que se enjugaba los ojos:

—Por fin!

Luego que quedaron solas las dos cuñadas, se incorporó Serafina, y reuniendo todas sus fuerzas, dijo con voz solemne:

—Hermana, estoy muy mala... conozco que

voy á morir... Hace tiempo que tengo un proyecto... dame el gusto de que le vea cumplido en mis últimos momentos... He escojido un marido para tí, querida Felicia.

—Qué ecsijes de mí, hermana?—esclamó fuera de sí la jôven.

--Que des la mano á un hombre digno de tal alianza, que os prometais solemnemente en mi presencia vivir el uno para el otro.

—¿Pero puede ese hombre aceptar mi mano?—preguntò la viuda, llena de asombro.—¿Podré contar con su corazon? ¿formará esa union su felicidad y la mia?

—Sí,—respondió con enerjía la señorita de Clavieres,—sí, porque estoy segura de que el conde Luciano de Froidesaigues te ama.

—El conde Luciano!—esclamó Felicia, ocultando en la almohada su rostro, bañado de lágrimas de admiracion y de alegría.—¿Conque es él?... Pues bien, hermana, dispon de mí... però que no sea con la idea de una desgracia que no sucederá... Vivirás.....

--Me has dado tu palabra,—añadió Serafina con voz débil:--está bien... Haz que llamen al conde de Albys y á su sobrino... Pero antes, hermana, abre ese armario que está al pie de mi cama, y saca unos papeles que hay en el primer cajon: la llave está oculta en mi devocionario.

Madama de Clavieres cojió una llavecita de

plata, y entregó á su cuñada un papel plegado en cuatro dobleces.

--Es mi testamento,--dijo la enferma.

Y con sus trémulas manos le rasgó en mil pedazos, añadiendo con apagado acento:

--Ahora todo mi caudal es tuyo, pues eres mi única heredera legal.

--Oh, hermana! ¡Dios te salvará!... ¡vivirás!
--esclamó Felicia, elevando al cielo ambas manos.

--Pierdo las fuerzas,--prosiguió diciendo Serafina.--Mis ideas se confunden... Avisa al conde Luciano que venga... No vaciles, hermana... Créeme: puede hallarse la felicidad en un matrimonio por razon de estado.

— Dispon de mí, —barbotó la viuda, estrechando contra su corazon la mano que le tendia su cuñada.

Un cuarto de hora despues pasaba en aquel aposento mortuorio una tierna y lúgubre escena.

Serafina estaba sentada mas bien que acostada sobre el lecho, asiendo con su yerta mano la de su hermana política; el conde de Albys, sentado á la cabecera, lloraba como un niño, y M. de Froidesaigues, de pie enfrente de la jóven, la contemplaba con una mirada dichosa y melancólica.

--Hermana,--dijo la señorita de Clavieres, haciendo un esfuerzo,--el señor conde de Albys

nos habia hecho ya el honor de pensar en este casamiento: me le habia propuesto... pero entonces creí que no debia acceder á él... ahora mi postrer deseo es que se lleve á cabo. ¿Consientes?

Felicia respondió solo con un movimiento afirmativo de cabeza, pues las lágrimas ahogaban su voz.

--Señor conde de Froidesaigues, dadme vuestra mano,--continuò diciendo la enferma.

Unió sobre su lecho fúnebre aquellas dos trémulas manos, y luego murmuró con los ojos fijos y como si siguiese con el pensamiento alguna invisible imájen.

--Jamás! ¡jamás!

Los futuros esposos no se hablaron, y M. de Albys y su sobrino se retiraron muy pronto. Serafina estaba rendida; pero conservaba en entera plenitud sus facultades morales.

--Hermana,--dijo,--que no entre nadie aquí, que no hagan ruido..... siento un bienestar inexplicable.... me parece que voy á dormirme.....

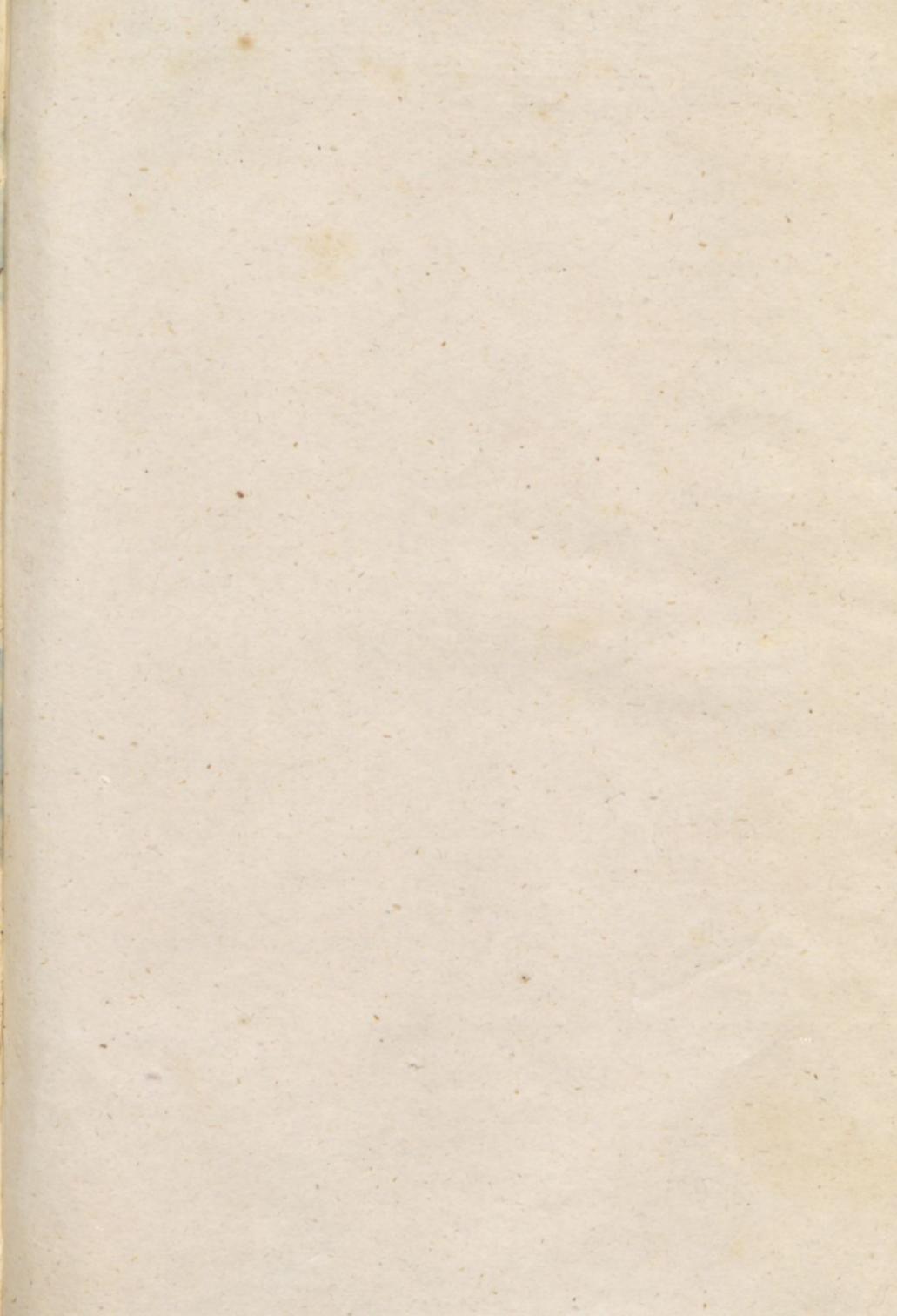
Madama de Clavieres prohibió que se pasase del umbral de la puerta de la alcoba sin òrden suya, y volvió á sentarse á la cabecera de la cama.

Serian entonces las nueve de la noche. Los concurrentes habituales de la casa iban llegando sucesivamente, y eran despedidos con la triste noticia. De media en media hora enviaba el conde de

Albys á saber del estado de la enferma. — Nadie se acostó en la casa. No habia afliccion, porque los criados no querian á Serafina; pero todos estaban en expectativa para saber el desenlace de aquellos graves acontecimientos. El médico y Felicia velaban junto al lecho de la moribunda: estaba esta muy débil, mas tranquila, y su cuñada tuvo un momento de esperanza. Sin embargo, no tardó el principio de destruccion en triunfar de la juventud y de la vida: empezó la agonía, ¡lucha horrible, en que el alma y el cuerpo se niegan á separarse!... Asi pasó toda la noche.

Al amanecer murió la señorita de Clavieres.

FIN.



51000
2 tens e 1 vol.

- AN

- LVI

- LXXIX

